

OBRA REUNIDA

Gabriela

4

POESÍA

*

Mistral

EDICIONES
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

OBRA REUNIDA

Gabriela Mistral

SELECCIÓN E INVESTIGACIÓN

Gustavo Barrera Calderón / Carlos Decap Fernández
Jaime Quezada Ruiz / Magda Sepúlveda Eriz



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CHILE



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CHILE

O B R A R E U N I D A D E G A B R I E L A M I S T R A L

© Ediciones Biblioteca Nacional de Chile, 2025

Primera edición: diciembre de 2019

Segunda edición: noviembre de 2025

ISBN Obra Reunida: 978-956-244-646-4

ISBN Tomo 4: 978-956-244-648-8

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Carolina Arredondo Marzán

Subsecretaria de las Culturas y de las Artes

Jimena Jara Quilodrán

Subsecretaria del Patrimonio Cultural

Carolina Pérez Dattari

Directora Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Nélida Pozo Kudo

Directora Biblioteca Nacional de Chile

Soledad Abarca de la Fuente

OBRA REUNIDA

Gabriela

4

POESÍA

*

Mistral

EDICIONES
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Í N D I C E

Prólogo	13
<i>Gabriel Boric Font</i>	
Palabras preliminares	16
<i>Carolina Arredondo Marzán</i>	
Recado ciudadano	18
<i>María Elena Wood Montt</i>	
P R I M E R O S P O E M A S	23
Nota introductoria de Carlos Decap	25
PERIODO DE COQUIMBO (1904-1909)	31
En la siesta de Graciela	33
Sonrisas del alba	35
La oración en el monte	36
Flores negras	37
Rimas	39
De mi diario	41
Delirios	43
Después de la lluvia	45
Hieles	46
Adiós	48
PERIODO DE ANTOFAGASTA (1911-1912)	49
Evocando el terruño	51
El saludo de las gaviotas	53
Soneto de la muerte	57
PERIODO DE LOS ANDES (1913-1917)	59
El ángel guardián	61
Dice el rosal florido	63
Ausente	65

El árbol dice	66
Tarde	67
Himno a la naturaleza	68
El encuentro hermoso	70
Para ir por el camino	72
Rutas ilusorias	73
Cómo lo vio mi espíritu	75
Himno al aire	76
Otoño	78
Primavera	79
Los versos viejos	80
Versos de álbum	81
La novia irremediable	82
El maestro rural	83
Al Padre	89
A la discípula	90
Las manos cobardes	93
Yo no sé cuáles manos	94
¿Sientes allá abajo?	95
De "Los sonetos de la muerte" IV	96
V	97
VI	98
VII	99
VIII	100
IX	101
X	102
XI	103
XII	104
 PERÍODO DE MAGALLANES (1918-1920)	
	105
Canción del destierro	107
El fiordo azul	109
Las nubes	110
Nieve	111
Soneto del ciprés	112
La escarcha	113
Hace ya dos septiembre	114

Los versos de noviembre	116
Al árbol del camino	117
Cristina Soro	118
Mar glacial	119
Lecturas polares	120
Cristal pasajero	121
Dulzura	122
La poesía de Magallanes Moure	124
P O E S Í A D E L L E G A D O	127
Nota introductoria de Gustavo Barrera Calderón	129
I. POEMAS DEL LEGADO	137
Hermano de Martí	139
El corazón	141
La noche (de Miguel Ángel)	142
Mediodía	143
La mano	144
Canción de marineros	145
Salutación	147
Canción de medianoche	150
La palabra	152
La niebla	153
El sueño	155
Las vírgenes de las rocas, de D'Annunzio	156
Entre el Ródano y la Camargá	159
Provenzal	162
Mar de entraña	164
Gruta de plata	168
Gruta de azabache	171
Fuentes de oro	175
Almendro	179
Canción de cuna de la sangre	182
La niña del pescadito	185
Recado nocturno	188
Pies errantes	191

El clavel del aire	194
Marcha nocturna	195
Mariblanca	198
Una mujer	199
Pasos	201
El hambriento	204
Memoria	207
Recado para Alfonso Reyes	210
II. POEMAS DEL LEGADO	213
Ahora	215
Al abra de las mil columnas	217
Alfonsina	221
Árbol californiano	222
Árbol de Guernica	225
Así no me quisieron antes	228
Azucena	230
Canción inútil	231
Casa catalana	233
Casa vacía	235
Casandra	237
Catedral que nunca se acaba	241
Cielo estrellado	243
Cita nocturna	244
Clitemnestra	246
Coloquio de Lolita Darío	249
Voz entera	252
Coral negro	253
Corazón otoñal	255
Cordillera	256
Cristo del Corcovado	259
Cuerdas	262
El cenote	263
El ovillo de lana	266
El rehusado	268
El séptimo	270
El traidor	273

Entre mares	275
Entre raíces	276
Eva	278
Fábula	280
Flor de almendro	281
Ganas tengo de hablar	282
Grúas	284
Hablen las cosas...	286
Historia loca	287
Imagen	289
Inutilidad	290
La aventura	292
Ladera	294
La calcinada	296
La casa del Señor	298
La convidada	301
La densa noche	306
La dudadora	307
La empecinada	309
La hermana	311
La noche	313
La otra madre	314
La solitaria	316
La tierra del aire leve	318
La tierra que flor parecía	320
Las cuatro	322
Las mismas	325
Las primeras violetas	327
Leche	328
Los calafates	330
Manos	331
Mi cuerpo	333
Mi hijo	335
Muertos	336
Mujer	337
Mujer de la proa	339
Mujer presa	341
Mujeres griegas	342

Nacimiento	345
Niña nueva	346
Niño de canciones	348
Niño siciliano	351
Ofertorio	354
Pacificación	356
Palmas	357
Paolo y Francesca	358
Piedades	359
Pino y espacío	360
Para Doris	361
Picapedrero	363
Región	366
Regreso de una patria	368
Ríos	370
Ríos de América	372
Ritmo	374
Ronda de los altos pinares	376
Rondas	377
Sangre de España	379
Sol	381
Suicidas	383
Tala	385
Tejedores	387
Tiempo del juego	390
Tierras altas	393
D E P U Ñ O Y L E T R A	397

PRÓLOGO

“A mí me gusta la historia de Chile como un oficio de creación de patria” escribió Gabriela Mistral, como previendo su permanente deseo de pertenecer, retornar a su valle natal y hacer del mundo un lugar al que humanizar. Entre montañas, estrellas y ríos, Montegrande fue su “patria chiquita” y uno de sus primeros y últimos amores. En parte por eso, llevará consigo una bolsita con un puñado de tierra del Valle del Elqui en su peregrinaje.

¿Se habrá imaginado esa pequeña Lucila entre cantos y huertas, que se transformaría en 1945 en la primera persona latinoamericana en recibir el Premio Nobel de Literatura y la novena mujer del mundo en ser reconocida en todas sus categorías?

En el aniversario de los 80 años del Premio Nobel de Gabriela Mistral queremos que sienta a su propia patria cerca, acompañándola en un viaje épico donde la Academia Sueca reconocerá que su poesía lírica está “inspirada en emociones poderosas” y “ha hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano”.

En esta ocasión, hemos querido reconocer la posibilidad que *Obra Reunida* abrió a la investigación, la creación artística y, especialmente, al cariño del pueblo de Chile por Gabriela Mistral. Esta reedición ciudadana incluye una nueva dimensión: la huella que la lectura de sus ocho tomos ha dejado en escuelas, bibliotecas, la cultura y las instituciones que custodian su legado, expresada en recados escritos por diferentes generaciones y lugares de Chile.

La *Obra Reunida* nunca será completa por su vastedad y multiplicidad enciclopédica. Recoge transcripciones, manuscritos de su puño y letra, mecanografiados, con notas en los bordes, borrones y otras marcas que trazaba Gabriela Mistral mientras escribía en una tabla de madera sobre sus rodillas. Estas son solo una muestra de los más de 18 mil documentos y objetos personales que fueron donados por Doris Atkinson el año 2007 a la Biblioteca Nacional de Chile y al Museo Gabriela Mistral de Vicuña.

Entre sus fondos, hay un borrador de lo que póstumamente se publicará como *Poema de Chile* en el que se lee “¿Qué será de Chile en el cielo?”, pregunta que inspira esta conmemoración. Desde la lejanía, su imaginación fraguaba una epifanía que nunca la dejó en paz y que siguió construyendo, porque, como ella decía, “nuestra obligación primogénita de escritores es entregar a los extraños el paisaje nativo”.

Su viaje no es solo a pie, en trenes, barcos o aviones, también es cantando a Chile. Rememora, estudia e inmortaliza el aroma de la manzanilla y el vuelo de los cisnes de cuello negro; los pueblos pequeños y las gradas de la catedral capitulina; los choapinos clásicos de la Araucanía y la gente que labra con sus manos, sobre todo, el pan, la greda y la tierra.

En cada poema, en cada recado, en cada ensayo, en cada decálogo o epístola, Mistral escribió sobre lo imprescindible: la libertad, la educación, los derechos humanos, los afectos, la paz, la cultura y la justicia. En su obra también dio voz al mundo campesino, la infancia, las mujeres, los pueblos originarios y otros protagonistas cuya historia aún no alcanzaban las portadas.

“Es sobria y simple, como un mármol clásico” declaraba sobre su Chile, como si escribiera de ella misma. Sencilla, soberana, alegre y triste, sus letras nos cuentan de un vuelo que emprendió más como huemul que cóndor, sin olvidar nunca que “La patria es el paisaje de la infancia”.

“Un Nobel al pueblo” escribió Gabriela Mistral en su testamento y en este aniversario, su patria se une de norte a sur, atravesando cordilleras, valles y costas para rendirle un homenaje y recordar que es la “Hija de la Democracia chilena”, como commovida declaró al recibir el Nobel un 10 de diciembre de 1945 y nos recuerda desde su dedicatoria de *Desolación* a Pedro Aguirre Cerda y Juana de Aguirre Luco, por “la hora de paz que vivo”.

¿De dónde viene Gabriela? ¿De Vicuña, Montegrande, Los Andes, Punta Arenas, Temuco? ¿De México, España, Italia, Brasil, Estados Unidos? ¿De los niños, de los indios, de los estudiantes? ¿De la Biblia, de la muerte, de la pena?

Gabriela Mistral viene de la tierra, y es humanidad. Seguir su recorrido físico es viajar a través de Chile y el mundo a través de la palabra y el amor, pero también de la preocupación por los destinos de una civilización con valores en disputa, de la que ella se hizo parte en su época desde el humanismo universal que siempre cultivó.

Esta edición de parte de su obra hasta ahora inédita nos trae al presente la fuerza de la ética, en tiempos en donde el viaje de Gabriela se vuelve una vez más refugio de esperanza frente los vaivenes del mundo.

Gabriel Boric Font
Presidente de la República de Chile

Con la reedición de esta obra reunida de Gabriela Mistral, celebramos un acontecimiento que vuelve a situar su palabra en el centro de nuestra vida social y cultural. Cada página aquí contenida, al ser nuevamente convocada en este volumen, confirma la vigencia de un pensamiento y de una sensibilidad que no se agotan en su tiempo, sino que continúan proyectándose hacia el futuro.

En la historia, los libros han sido siempre más que un objeto: han sido vehículos de identidad, de diálogo y de encuentro. Esta nueva edición se inscribe en esa tradición y la renueva, al ofrecer a la ciudadanía la posibilidad de reencontrarse con la obra reunida de Gabriela Mistral, cuya voz mantiene intacta su capacidad de iluminar los desafíos del presente y de abrir caminos hacia el futuro.

El año 2025 ha sido una oportunidad de celebrar nuevamente todo ese legado, en el contexto de la conmemoración de los 80 años de la obtención del Premio Nobel de Literatura. Un acontecimiento que la convirtió en la primera persona en Latinoamérica y en la única mujer hasta ahora de la región en recibir este importante reconocimiento.

Como Estado y Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio celebramos este hito no solo por nuestra convicción de que la instituciones y la sociedad debe reconocer a una de nuestras más grandes creadoras, sino también por la continuidad de nuestra memoria colectiva y la dignidad de quienes habrán de recibirla y enriquecerla con nuevas lecturas. Esta reedición no es únicamente una compilación de textos: es también un acto de reconocimiento y de con-

fianza en la capacidad de la cultura para transformar y dar sentido a la vida en común.

Espero que estas páginas de Gabriela Mistral puedan ser leídas hoy con el mismo espíritu con que fueron concebidas: como una invitación a pensar, a recordar y a proyectar, con la certeza de que en su palabra encontramos siempre la fuerza necesaria para enfrentar el presente y construir el porvenir.

Carolina Arredondo Marzán
Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

LUCILA EN SU JARDÍN

Encontrarse con Gabriela Mistral es siempre un viaje doble: hacia sus palabras y hacia la vida que las engendró. En mi caso, ese viaje se volvió íntimo y transformador durante la realización del documental *Locas mujeres*, cuando pude explorar sus cartas, papeles y huellas de su vida lejos de Chile. Entre esos hallazgos apareció un papel que, en sus dobleces, guardaba un puñado de tierra del Valle del Elqui. Esa tierra viajó con ella por el mundo, acompañándola y quizás instándola a escribir su *Poema de Chile*. Para mí, ese gesto resume una certeza: Gabriela nunca dejó de ser Lucila, hija del valle, y en esa raíz está el origen de su poesía y el germen de ese *Poema* que debiera ser nuestra obra literaria fundacional como país, un Chile forjado no en la guerra, como *La Araucana*, sino en el amor.

Este Tomo IV nos invita a escuchar a Lucila antes de ser Gabriela. Son los primeros poemas, escritos en Coquimbo, Antofagasta, Los Andes y Magallanes, en los que una joven campesina, mestiza y maestra provinciana tantea la palabra con intensidad y riesgo. Y, sin embargo, ya en ellos se cuela el Elqui, no solo como paisaje, sino como matriz afectiva y espiritual. Allí están la montaña, el río, la sequedad nortina, modelando una voz que, desde lo íntimo, empieza a dialogar con lo universal.

La segunda parte del volumen, “Poesía del legado”, nos conduce a otra Gabriela: la que escribía en borradores póstumos, tachando, corrigiendo, desbordando misterios. En esos versos aparecen sus pérdidas, la orfandad, la materni-

dad imaginada, la errancia por el mundo. Pero también la fidelidad a sus raíces y la mirada cósmica y americana que marcó toda su obra.

Leer este tomo es como sentarse junto a Gabriela en su jardín creativo: verla probar, dudar, recomenzar. Y al hacerlo, entender que su grandeza no está en la perfección, sino en la intensidad con que se atrevió a vivir y escribir.

Desde estas páginas primeras y póstumas, Gabriela Mistral nos recuerda que la poesía no es un monumento inmóvil, sino un cuerpo vivo que respira con nosotros, que nos piensa como país y como humanidad, y que nos sigue interpelando hoy con la misma urgencia y cercanía.

María Elena Wood Montt
Directora del documental “Locas mujeres” (2011)

LA POESÍA TEMPRANA
DE GABRIELA MISTRAL¹

No sé si se ha llamado la atención suficiente sobre lo precoz que fue la aparición de Lucila Godoy Alcayaga en las letras regionales de Chile y quien daría paso luego a Gabriela Mistral en la consagración de una obra, que pese a su vastedad solo llegaría a publicar en vida cuatro libros de su poesía: *Desolación*, *Ternura*, *Tala* y *Lagar*.

La poeta y maestra elquina supo percibir tempranamente en su labor la importancia y necesidad de comunicarse con sus pares en el país, en Latinoamérica y el mundo, y de publicar en distintos diarios y revistas. Así se verá como de sus primeras colaboraciones en diarios regionales, empieza a colaborar con revistas o diarios de Santiago, Valparaíso, Chillán y Concepción. O como en 1912 le escribió a Rubén Darío, quien dirigía en París la revista *Elegancias*, y le envía el poema “El ángel guardián” —el que incluimos en esta selección para que se vean las variaciones que hizo al publicarlo en *Desolación*— y el cuento “La defensa de la belleza”, los que aparecerían al año siguiente, el primero en marzo y el segundo en abril. Asimismo en París, se editan textos suyos en *Mundial Magazine* entre 1911 y 1914. Sus publicaciones continuarán luego acrecentándose en el exterior en las revistas *Nosotros*, en 1918, y con poste-

¹ Para la primera parte del tomo, seguimos los libros de Raúl Silva Castro, *Producción de Gabriela Mistral de 1912 a 1918* (Santiago: Ediciones de los Anales de Universidad de Chile, 1957); dos obras de Roque Esteban Scarpa: *La desterrada en su patria* (Santiago: Editorial Nascimento, 1978) y *Una mujer nada de tonta* (Santiago: Editorial Nascimento [2^a. ed.], 1978); y la más completa de Pedro Pablo Zegers, *Recopilación de la obra mistraliana 1902-1922* (Santiago: RIL Editores, 2002). (N. de los Eds.).

rioridad en *Atlántida* (1918-1922), ambas de Buenos Aires, en la revista *Cervantes*, de Madrid (1917) y en *Repertorio Americano*, de Costa Rica (desde 1919).

Aquí revisaremos sucintamente su deambular por el territorio nacional y las huellas que dejaron sus tránsitos locales, siguiendo en la selección de sus poemas un orden cronológico, comenzando por su etapa inicial en La Serena y Coquimbo (1904-1909), de la que elegimos diez poemas; su fugaz paso por Antofagasta (1911-1912), donde se rescatan tres textos publicados en el diario *El Mercurio* de dicha ciudad, y enseguida su etapa más prolongada y fructífera en Los Andes, donde estuvo entre 1913 y 1917, y escribió muchos de los poemas de *Desolación*. De este periodo, seleccionamos 31 poemas.

Terminamos este recorrido con sus años australes en Punta Arenas, adonde llegó el 18 de mayo de 1918, en el vapor *Chiloé*, para asumir como directora del Liceo de Niñas y donde creó la revista *Mireya*, que alcanzó a sacar seis números y que ella definió como “una construcción de belleza destinada a irradiar en el alma oscura de este pueblo mercantil”. Incluimos el soneto “La poesía de Magallanes Moure”, que hallamos en un cuaderno manuscrito, un texto de impecable factura, que suponemos escrito en torno a este tiempo y localidad. Fue aquí en Magallanes donde terminó de afinar los poemas que incluiría en su primer libro. De este periodo, seleccionamos 15 poemas.

Aunque los versos iniciales que se registran de ella los escribió a los 12 o 13 años: “A Lola” (“Me encontraba en la pradera/ pensativa, triste y sola/ vi un ángel hermoso y era/ la muy candorosa Lola”) y “Tus suspiros” (“El arroyuelo yo miro,/ oigo un alegre murmullo/ y creo que es un suspiro,/

un suspiro triste tuyo”), su primer poema, “En la siesta de Graciela”, aparece en el diario *El Coquimbo*, editado en La Serena, el 25 de octubre de 1904, cuando la novel poeta tenía 15 años. Antes de esto envió a ese mismo diario “El perdón de una víctima”, un cuento que se considera la primera publicación oficial conocida de la joven Lucila, fechado en La Serena, el 10 de agosto de 1904, y que fue publicado al día siguiente. Se firma como L. Godoy A. Así se constata que su debut literario en la prensa fueron prosas, entre las que intercalaba algunos poemas circunstanciales.

A él le seguiría otro cuento, “La muerte del poeta”, escrito en La Serena y publicado en el mismo diario, el 30 de agosto de 1904, y firmado como Lucila Godoy A., tal como los siguientes: “Las lágrimas de la huérfana” e “In memoriam”, publicados el 24 de septiembre de 1904.

El 25 de octubre de 1904, en *El Coquimbo*, aparece publicado su primer poema: “En la siesta de Graciela”. Graciela Barraza Molina era hija de su media hermana Emelina y a quien le escribió posteriormente “Canción de las muchachas muertas”, en su libro *Tala*, tras su temprana partida.

Las colaboraciones exclusivas para el diario *El Coquimbo* llegarían hasta el 21 de febrero de 1914, aunque desde diciembre de 1904 las firmaba en La Compañía, lo que duró hasta fines de 1905. A inicios de 1907, vuelve a firmar sus colaboraciones desde La Serena hasta diciembre de 1908, en que lo hace desde La Cantera. Entremedio escribe una desde Santiago y otra desde Coquimbo.

A pesar de que sus prosas y artículos sigue publicándolos con su nombre verdadero, variándolo en diferentes formas, el 23 de julio de 1908, aparece por primera vez un poema

firmado como Gabriela Mistral: “Del pasado”. A él lo seguirían dos poemas denominados ambos “Rimas”, publicados el 20 y 27 de octubre de 1908. En esta misma última fecha, le editan el poema “Después de la lluvia”. El ‘último’ poema en el diario *El Coquimbo* se llama “Tarde”, el 21 de febrero de 1914.

Paralelamente a sus textos enviados a *El Coquimbo*, Lucila Godoy Alcayaga colabora con *La Voz de Elqui*, de Vicuña, y el primer poema que aparece en este diario radical se llama “Flores negras (Para el álbum de Lolo)” [su amiga Dolores Molina], pero igualmente firmado como Lucila Godoy y Alcayaga, escrito en La Compañía, el 8 de agosto de 1905 y publicado dos días después.

Hay que mencionar también que en 1908, figuró en tiempos de la gramática de Andrés Bello como Lucila Godoi Alcayaga, en la antología *Literatura coquimbana*, de Luis Carlos Soto Ayala, con un breve estudio y tres de sus prosas poéticas: “Ensoñaciones”, “Junto al mar” y “Carta íntima”.

En su paso por Antofagasta, entre 1911 y 1912, lo poco que firma allí lo hace como Gabriela Mistral. Antes tuvo algunos intentos de poner una *y* al apellido: Mystral. Sin embargo, no hay que descartar que algunas de estas variantes sean erratas de las publicaciones, muy comunes en aquella época y que a nuestra poeta más universal lamentablemente la persiguieron siempre como otra de sus maldiciones.

Luego de alternar un par de poemas con esos cambios en su apellido, a partir de sus colaboraciones en el verano de 1912, en la revista *Sucesos*, que se editaba en Valparaíso, ya se hará habitual su rúbrica como Gabriela Mistral, la misma que la llevará a lo más alto en la gloria literaria

mundial. Su nombre civil, Lucila Godoy Alcayaga, lo seguirá usando por el mundo en su trabajo como diplomática, pues a diferencia de nuestro otro Nobel, nunca se cambió legalmente su nombre.

Pero sería el 22 de diciembre de 1914, cuando obtiene con “Los sonetos de la muerte” los Juegos Florales de Santiago, que su nombre literario comienza la consolidación que la llevará a lo más alto de lo que un escritor puede aspirar: la genialidad. Esos tres sonetos fueron publicados inicialmente en la revista *Ideales*, de Concepción, el 20 de febrero de 1915, y después en *Desolación*. En esta edición, incorporamos nueve de “Los sonetos de la muerte” que no consideró en su primer libro.

En Temuco, en 1920, como se sabe, fue directora del Liceo de Niñas, en el que estudiaban muchas muchachas judías, hijas de inmigrantes que llegaban a La Frontera, donde conoció a un jovencísimo estudiante, al que facilitó algunos libros para su formación: Neftalí Reyes, y el que haría fama mundial con el seudónimo de Pablo Neruda. Asimismo allí colaboró con el diario *La Mañana*, donde publicó la primera versión del “Poema de la madre”, de *Desolación*. En esta ciudad quedó igualmente un poema manuscrito que conservó la comunidad israelita de la ciudad: “Madre ya estoy aquí”.

No está demás señalar que su creciente afición epistolar fue la que la llevó un par de años más tarde a México, por recomendación de Amado Nervo, el que además de poeta, era diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, y a quien escribió varias cartas. También fue recomendada por otro poeta y diplomático mexicano que la contactó en Temuco: Enrique González Martínez. Ellos la presentaron a José Vasconcelos, quien no dudó un instan-

te en invitarla a su país en 1922 a colaborar con la reforma educacional que él lideraba.

Así, en este deambular por el territorio nacional de norte a sur, afinó su ojo y su pluma, y dejó atrás sus vinculaciones con el modernismo tardío. Esta tremenda evolución se verá consagrada a lo largo de la lectura de este volumen y será un gran aliciente para cualquier poeta joven.

Al final, ella misma pudo mirar en perspectiva su escritura en Chile: “Mientras fui criatura estable de mi raza y mi país, escribí lo que veía o tenía muy inmediato, sobre la carne caliente del asunto”.

Mucho tiempo después, de Nobel a Nobel, el mexicano Octavio Paz dijo sobre ella: “La poesía de Gabriela Mistral es un manantial que brota entre rocas adustas en un alto paisaje frío, pero caldeado por un sol poderoso”.

Carlos Decap
San Juan del Puerto,
Valparaíso, junio de 2020

P E R Í O D O

D E

C O Q U I M B O

(1 9 0 4 - 1 9 0 9)

Dejadla así que hermosa se está mostrando
allí su frente pálida y sombría,
bajo el albo pañal que está velando
su tranquilo dormir del mediodía.

Cuán dulce y pura es la sonrisa leve
que entreabre esos labios sonrosados,
con qué gracia en su sien como la nieve
caen sus rizos bellos y dorados.

El fresco aliento de su boca amada,
mil veces lo he aspirado con anhelo,
porque llega hasta mi alma desolada
y de ella ahuyenta la amargura, el duelo.

¡Edad feliz, cuyos recuerdos santos
se evocan y el pesar luego lo calma,
y consuelan después en el quebranto
cuando el dolor ha marchitado el alma!

¿Quién ver podrá allá en su hermosa frente
el porvenir que a su destino espera?
¿Quién sabrá los mil sueños de su mente
cuando sonríe dulce y hechicera?

¡Misterios y caprichos del destino,
quién comprendiera vuestro oculto arcano!
¿Por qué hoy sembráis la dicha en el camino
y mañana el pesar nos dais tirano?

¿Por qué las flores y dorados sueños,
que en la infancia rodean la existencia
los arrancáis después, ingrato dueño,
y nos dais el dolor por sola herencia?

Tal vez mañana aquella frente pura,
alba como la flor de la azucena,
hable el tenaz sufrir y la amargura
reemplace a la alegría que hoy la llena.

Por eso es que hoy, cuando este beso puro
he venido a dejar sobre tu frente,
pienso en tu porvenir si será oscuro
o claro cual las aguas de una fuente.

¡Oh, qué feliz seré si en el mañana,
cuando ya el tiempo mi existir aminore,
tú calmas el pesar que mi alma emana
y el llanto enjugas cuando triste llore!

¡Seré feliz cual la marchita planta
que a su lado una nueva ve que crece,
que le da vida y savia que le falta
hasta el momento cruel en que perece!

El Coquimbo, La Serena, 25 de octubre de 1904

Todo vuelve a vivir: el alba blonda
despierta al llano de su triste sueño
y canta el ave entre la espesa fronda,
y el día asoma lúcido y risueño.

Se abre la flor al rayo que fulgura,
la sombra alza su denso cortinaje
y palpita la vida en la natura...
Y se estremece el nido en el follaje.

Aléjase la noche del paisaje,
un nimbo de esplendor corona el monte,
se baña en luz la aldea aletargada.

¡Solo de mi alma el lúgubre paraje
no viene a iluminar sus horizontes
el risueño fulgor de una alborada!

El Coquimbo, La Serena, 18 de julio de 1905

LA ORACIÓN EN EL MONTE

Se borda el occidente de auricalco,
cubre la tierra un manto de lirismo,
el purpúreo arrebol se vuelve glauco,
la pradera se duerme en el mutismo.

Todo sueña y los plácidos rumores
aumentan el silencio engrandeciente,
la campana redobla sus clamores,
la tarde inclina su angustiada frente.

Venid, oremos, que la calma austera
de un misterio solemne se reviste
y reclama a los labios la plegaria.

Oremos por la pobre proletaria,
por nuestras yertas almas que no esperan,
por los hijos del llanto, por los tristes.

El Tamaya, Ovalle, 9 de agosto de 1905

F L O R E S N E G R A S
(P A R A E L Á L B U M D E L O L O)

Yo no puedo cantar porque no brota
el verso ya de mi alma entrustecida.
¿Quieres que vibre el arpa que está rota?
¿Quieres que cante el alma que está herida?

Ya no es el tiempo que al papel dejaba
un reguero de esencias y de amor,
cuando en mis pobres versos derramaba
las hojas de la flor de la ilusión.

Murió la inspiración, tan solo el llanto
lleva a mi alma la miel del sentimiento
y si llega a entonar un triste canto,
es aquel del sollozo y del lamento.

Si se hundieron las vanas alegrías,
si el ensueño en la mente se consume,
si escribo entre mi trétrica agonía,
sin ver praderas ni aspirar perfumes,

si la esperanza es una triste muerta
ante la cual no brota la sonrisa,
si avanzo por la vida, muda y yerta,
llamándole dolor hasta a la risa.

Dime, ¿por qué reclamas mis cantares?
¿No ves a mi alma que en la sombra mora?
¿No ves que pides flor a los eriales?
¿No ves que pides a la noche aurora?

No, yo no puedo murmurar canciones,
no puedo dar a tu álbum nada, nada...
Tarde es para soñar con ilusiones,
ya pasaron las ígneas alboradas.

No quieras que mis versos cual veneno
sobre las flores de este libro rueden,
porque ellos duelo son, que con su cieno
sus broncas hojas salpicarla puede.

Que otras almas más ricas de ventura
adoren estas páginas de rosas,
que las cubran de amores y ternuras,
que las llenen de estrofas cadenciosas.

Yo que tan solo sé llorar, no dejo
sino flores marchitas en mi senda
y mis canciones del dolor reflejo,
¿podrán, dime, formarte alguna ofrenda?

Otoño, ruinas, angustias y cenizas
son los sueños que viven en mi mente.
¿Los juncos mil? Se los llevó la brisa.
¿La idea? Se agotó como una fuente.

Por eso os pido que jamás repases
estas estrofas que son flores negras,
sin perfume y sin vida, porque nacen
en el valle otoñal de mi alma enferma.

No he muerto aún para que así me olvide
 tu ingrato corazón;
 a pesar de mis hondos sufrimientos
 tengo vida hasta hoy.

¿Tú lo sientes, verdad? ¡Oh, ya lo creo!
 Yo lo lamento más;
 yo que invoco a la muerte, cual amante
 que invoca a su deidad.

No he muerto aún para que tal silencio
 se extienda en torno a mí;
 ni allá en el camposanto, al vil osario
 se le abandona así.

Que una hora en tus días me consagres
 no es, no, mucho pedir;
 recuerda que hubo un tiempo en el que todas,
 todas, las absorbió.

Desde el balcón busca con la mirada
 de la playa el confín:
 descubrirás perdida entre los árboles
 una aldea infeliz.

En lo alto un blanco punto se destaca,
 fija la vista allí.
 Y detenla, quizá en ese instante
 te miro desde aquí.

Es mi hogar, sí, caverna de un asceta,
tugurio de pastor,
semeja de costado sobre rocas,
del mundo en un rincón.

Ven a mí, yo te aguardo día a día;
te llamo sin cesar:
los montes que me escuchan, ya tu nombre
aprendido tendrán.

Eres la dulce, incomparable amiga
que mi llanto enjugó;
la que en mis dolorosas postraciones
siempre me levantó.

La calumnia que quiso derribarte
dentro de mi corazón,
no ha logrado su intento. Soy la misma,
¡la misma de ayer, hoy!

La Constitución, Ovalle, 10 de junio de 1908

Si el dolor por sí solo envejeciera,
después de un día así sin precedentes,
copo de nieve mi cabeza fuera,
pergamino mi frente.

Pasó la tempestad, pero ha dejado
como solemne huella
una profunda y misteriosa calma
más pavorosa que ella.

Hoy, pensando en el mundo y en mi sino,
he dicho que a mi arribo a la otra vida,
encantador jardín diré al infierno,
noble querube al Satán mezquino
y al conjunto, la gloria prometida.
Yendo de aquí, ¿le juzgaré un Averno?

Ni un gran dolor, menos una alegría;
día de insulsa calma
que no merecerá el aniversario,
pues no ha sabido ni rasgar el alma
ni dejarle una flor sobre el sudario.

Son días esplendentes
de una ventura tal nunca sentida,
que alcanzarán sus rastros refulgentes
a alumbrar todo el resto de mi vida.

Una cruel nostalgia ha agujoneado
el pobre corazón, loca vehemente.

¿Quién ha dicho que un muerto es el pasado?
Yo lo siento más vivo que el presente.

Como epitafio a cada extinto día
una estrofa le dona el alma mía.

Julio de 1908

La Constitución, Ovalle, 5 de agosto de 1908

Acérquenme la luz a mi ventana,
quiero mirar el mar, mirar el sol,
contemplar el albor de la mañana,
ver cómo a su fulgor se abre la flor.

Quiero aspirar la brisa de la tarde
que viene a perfumarse en mi jardín,
sentir su beso en mi frente que arde,
llena por una inspiración sin fin.

Acérquenme hacia allá, quieren mis ojos,
mirar la noche, darle mi dolor,
contarle mis tristezas, mis enojos,
y que llore en su sombra mi corazón.

Quiero sentir el canto de las aves,
mirar los cielos con su manto azul
y en el silencio, engrandeciente y grave,
cantar mi desolada juventud.

Quiero escuchar las quejas de las olas,
ver la lívida tarde agonizar,
vagar como antes por la playa sola
y muchas cosas preguntarle al mar.

Si he de morir, quiero morir cantando
al campo y a sus flores, y al dolor.
¿No veis que junto al lecho está velando
la sublime y amante inspiración?

¡Quiero morir la lira contra el pecho,
el ensueño en la mente como flor
y que miren mis ojos desde el lecho
el alba, el mar, el campo, el cielo, el sol!

La Compañía

El Coquimbo, La Serena, 8 de septiembre de 1908

D E S P U É S D E L A L L U V I A

Cesó la lluvia de caer. La brisa
orea la humedad de la llanura:
la huella de mi llanto y mi amargura
en mi rostro no borra la sonrisa,

como si fuera un fardo de dolores,
dejan caer las rosas su rocío.
Y yo le digo al cielo: “El fardo mío
hacer pudiste cual de esas flores”.

El dios de invierno con su mano artera
luto dio al cielo azul y al alma mía:
ese, lo ha soportado solo un día,
¡ella, lo ha de llevar la vida entera!

El Coquimbo, La Serena, 27 de octubre de 1908

I

Solo una vez el alma se marchita
y ya no se alza más: de rosa altiva
se transforma en violeta oculta y triste
que a la brisa y al sol volverse esquiva.

Y ya no se alza más. En su egoísmo,
por no dar su perfume el cáliz cierra,
se inclina más y más. Hosca y callada,
termina su misión en la tierra.

II

Horada el suelo férreo macizo
y de los surcos entre la honda herida
germina la semilla, la flor nace,
rica en aromas, exuberante en vida.

Y del surco sangriento de mis males
no surge ni la lis de la esperanza
como en todas las llagas terrenales.

Solo como madrépora sombría
desarrollan sus brazos espéctrales
la terrífica y ruin misantropía.

El reseco arenal absorbe el llanto
que el cielo llora si su azul se mancha
y devuelve ese néctar transformado
en perfumadas azucenas blancas.

Yo quiero que las lágrimas que empapan
el extraño tejido de mis cantos
sobre las almas desoladas caiga.

Y dejen en su seno, ya escanciadas,
el germen del intenso sentimiento
y la ternura hondísima que encarnan.

La Constitución, Ovalle, 4 de noviembre de 1908

ADIOS

Démonos el adiós serenamente;
he de volverte a ver, mi alma lo siente.

Nada sabemos de la suerte arcana,
te roba hoy, te traerá mañana.

Bajo el impasible firmamento
todo va y viene en caprichoso viento.

En tal mudanza mi esperanza fundo:
viajeras somos y es pequeño el mundo.

Y aunque a esa luz volviera a verte,
dicen que hay otro mundo tras la muerte.

La Constitución, Ovalle, 11 de noviembre de 1909

P E R Í O D O

D E

A N T O F A G A S T A

(1 9 1 1 - 1 9 1 2)

E V O C A N D O E L T E R R U Ñ O

¿Y mi pueblo, y mi pueblo agreste, recostado
con gracia de mujer sobre la playa,
con frondazones verdes a la vista del viajero velado?

¿Ya nunca sus acacias, ya nunca sus rosales
deshojarán como caricia muda
sus hojas a mi paso, espantando el ensueño en sus nidales?

¿Y mi casita blanca, tras los álamos jóvenes sonriente,
su puerta humilde no abrirá a mi golpe,
al golpe tembloroso de mi mano, ni a mi ruego doliente?

¿Ya nunca su gran paz solemne y santa, ya nunca su materna
benignidad, cobijarán mi vida,
y mis naufragos sueños, y mi tristeza eterna?

¿Y las vidas propicias, y las vidas amadas
que aguardan silenciosas mi retorno; esas cabezas blancas,
nevadas de dolores, aguardarán en vano mi llegada?

¿Y el cementerio en donde aguárdame
alguien con espera de vivo
en donde hay madreselvas elegidas
para aromar mis huesos: no verá, no, mi prometido arribo?

¿Nunca regaré flores? ¿A mi oído la fuente
no mascullará historias?
Esas cabezas canas, ¿no podré yo sobre la eterna almohada?
¿Crecerán las ortigas sobre mi tumba, crueles e irritorias?

Este sol inclemente, ¿calcinará mis huesos
bajo este suelo estéril que ni aun para los muertos es amable,
para esos pobres muertos que dormir le suplican bajo flores
que el terruño, como un remedio, les hablen?

No, mi tierra florida, mi pueblo humilde y bueno,
mi oloroso terruño, dime que he de volver a ser muy tuya,
que mis cansados huesos, al polvo volverán, pero en tu seno.

El Mercurio, Antofagasta, 15 de octubre de 1911

EL SALUDO DE LAS GAVIOTAS

Sobre las olas azules
ágil se desliza el barco.
Amanece. Hay leve bruma,
pero el horizonte abarco.

Allá una macha sombría
delata el terruño agreste,
a la pupila que ansía
descubrirle, y que en el este
se fija, en tenaz porfía.

Álzate pronto, mañana,
déjame mi pueblo ver
a la luz rubia y lozana
de un glorioso amanecer.

Da el aviso a la montaña
materna, dalo al hogar.
¡Latirá su entraña helada,
perfume esta ha de exhalar!

Más diáfana la luz se hace.
¡Ya se muestra! ¡Ya está allí!
Y sus torres me saludan,
y algo de él viene hacia mí.

¿Qué? Es una forma indecisa;
el barco viene a encontrar.

Avanza. Es blanca y cambiante,
sube y baja sobre el mar.

¡Le diseña! Son las hijas
de la ola inquieta, de quien
locas, rientes, nunca fijas,
copian, eterno, el vaivén.

¡Las gaviotas! Son diez, veinte,
o ciento; es una legión
que envuelve atrevidamente
desde popa hasta timón.

(Son coquetas cual mujeres,
bellas como el padre mar,
su pico es de marfil viejo
y es osado su mirar).

(La hamaca verde de la onda
mece su fragilidad,
y sobre su arco espumoso
hasta adquieren majestad).

(Seres fútiles y bellos,
con futilidad de flor;
juguete que tener quiso
el gran monstro atronador).

Y vuela el barco. Y le siguen.
Y forman un quitasol
gigantesco, ondeante y vivo
que hace oscurecer el sol.

Su algarabía a los viejos
marinos hace reír.
¡Son mujeres parlanchinas,
nos vienen a recibir!

¡Benditas! Son las primeras
que su saludo me dan,
de los míos mensajeras,
emisarios de su afán.

¡Su saludo! ¿Cuál más raro?
Y más bullicioso, ¿cuál?
¿Lo ha tenido un rey más bello
o un poeta más ideal?

Aletean, graznan, gritan,
son felices, se ve bien.
Les sorprenden, les alegran,
los rostros que a bordo ven.

Caras bronceadas de gente
que fustigara el rigor
del sol allá en el desierto,
sin un toldo protector.

Los míos me las envían
la peregrina a encontrar,
la que trae el rostro oscuro
y el alma amarga cual más.

La que viene de una tierra
que no perfuma el clavel,

donde es más ruda la roca
y el suelo infecundo y cruel.

¡Su saludo! Más commueve
que la música triunfal
con que los pueblos reciben
a un glorioso general.

El Mercurio, Antofagasta, 4 de febrero de 1912

SONETO DE LA MUERTE²

Mis manos campesinas arañaron la peña
para clavar una cruz donde mi sueño cabe,
hecho amor a un suicida por cuya mano suave
sentí rodar la sangre rota que se despeña.

Sangre de mis delirios y de mi voz que sueña
gritando por las noches como el vuelo de un ave
doliente a jaramago o a la remota nave
en donde van los seres que la muerte desdeña.

Mis manos de labriega domeñaron el frío
por Montegrande arriba, bebiendo vino fuerte,
por Peralillo alegre, cogiendo luna amarga.

Pero mi voz de mujer lloró en el desafío
bestial e impenitente que le lanzó la muerte
sobre la carne herida como una eterna carga.

El Mercurio, Antofagasta, 1912

² Gabriela Mistral, como se sabe, solo publicó tres de “Los sonetos de la muerte” en *Desolación*, separándolos por numeración romana; los investigadores han alcanzado a identificar una docena de ellos, pero este fue publicado de modo independiente a los otros. (N. de los Eds.).

P E R Í O D O

D E L O S

A N D E S

(1 9 1 3 - 1 9 1 7)

EL ÁNGEL GUARDIÁN

Es verdad, no es un cuento.
Hay un ángel guardián
que ve tu acción y ve tu pensamiento,
que con los niños va doquiera van.

Tiene cabellos suaves
de seda desflocada,
ojos dulces y graves
que dan la paz con solo su mirada.
¡Ojos de alucinante claridad!
(No es un cuento, es verdad).

Tiene labio tan fino
como el borde de un pétalo de rosa,
hecho para el divino
desflorar de la plática amorosa.
¡Labios en que habla la divinidad!
(No es un cuento, es verdad).

Tiene pie vaporoso.
El aura hace más ruido
que su andar armonioso:
va sobre el suelo, pero no a él unido.
¡Andar de misteriosa vaguedad!
(No es un cuento, es verdad).

Bajo su ala de seda,
larga, fina y azul, curva y rizada,
todo tu cuerpo cuando duerme queda
y aspira una tibieza perfumada.
¡Ala que es como gesto de bondad!
(No es un cuento, es verdad).

Tiene manos hermosas
para proteger hechas;
en actitud de defender piadosas;
levantada, una acecha.
¡Mano grácil de suma idealidad!
(No es un cuento, es verdad).

Hace más dulce la pulpa madura
que entre tus labios golosos estrujas;
rompe a la nuez su tenaz envoltura
y es quien te libra de gnomos y brujas.

Gentil, te ayuda a que cortes las rosas.
Hace más pura la linfa en que bebes.
Te dice el modo de obrar de las cosas:
que unas atraigas y que otras repruebes.

Llora si acaso los nidos despojas
y si la testa del lirio mutilas,
y si la frase brutal que sonroja,
su acre veneno en tu boca destila.

Y aunque ese lazo que a ti te ha ligado
a aquél del cuerpo y el alma semeja,
cuando su estigma te pone el pecado,
¡presa de horror y llorando se aleja!

Es verdad, no es un cuento.
Hay un ángel guardián
que ve tu acción y ve tu pensamiento,
que con los niños va doquiera van.

A don Maximiliano Salas Marchán

Sé como yo, obediente al insigne mandato.
Bajo de una montaña de pétalos me abato.
He florecido entero, desde la tierra misma
al penacho de testa. ¿Mi esfuerzo no te abisma?

Entero, entero, entero florezco. Me ha tocado
ese soplo de génesis que pasó por el prado,
y a través de mis tallos las yemas se turbaron,
se irguyeron, sus puntillas aguzando... ¡brotaron!

¿Sabes? Es una fiebre, es una cosa enorme,
sed de dar en exceso, aunque el dar me deforme,
un deseo violento de entregarme en esencia
y de compenetrarlo todo con mi existencia.

Que la bestia me deje penetrar por su dura
fauce que no ha sabido de una presencia pura;
que el alma que me aspira se enloquezca de amor;
que me crean el hálito bajado del Señor.

Que todos me posean. Que me sientan los seres
penetrar por sus poros ávidos de placeres,
que queden, cuando por su boca he pasado,
puros como el cristiano después que ha comulgado.

¡Florecer!, ¡florecer! Quedar agonizante
por entregar al viento la primicia fragante.

¡No dejar en las ramas, ni la más sarmentosa,
sitio que no haya alzado la gloria de una rosa!

Se siente cómo crujen mis ramillas ligeras...
Sobre el suelo se tienden diez guirnaldas enteras.
Que tal fecundidad me mata, el hombre piensa,
¿no sabe que gritara toda mi dicha inmensa?

Pobre hermano, ¿tú crees que producir fatiga
para renovar fuerzas no está la tierra amiga?
¡Si somos un depósito sagrado e inmortal!
¿O ser hombre es acaso menos que ser rosal?

Sucesos, Valparaíso, 23 de octubre de 1913

Y evoco el paisaje: la alameda muy larga
hasta el pie de los cerros su esbelta línea alarga
y entre el follaje verde, inquieto y rumoroso,
la casa blanca asoma como un rostro curioso.

La campana solloza su vetustez sagrada.
La viejecita sobre su labor inclinada
los labios en plegaria melancólica agita;
después dobla su lienzo, mira al campo y medita.

Tal vez mi pensamiento sobre su frente pesa.
Por sus ojos hermosos una nube atraviesa.
¡Paz propicia al recuerdo! Una flor se despoja...
Lentamente una lágrima el blanco rostro moja.

Y piensa: “Ya me queda apenas del camino,
quizás muy pocas tardes me reserva el destino.
¡Si antes que ella volviera yo ya hubiera marchado
para el eterno viaje del que nadie ha tornado!”.
.

Otra lágrima rueda, silenciosa y amarga.
Es noche. Cada sombra se deforma y alarga.
La estrella más brillante la contempla y la besa,
¡y ella interroga al astro con qué muda tristeza!

La Aurora, Los Andes, 30 de octubre de 1913

EL ÁRBOL DICE

No alabes el rosado arrebol de mis flores,
ni mis jóvenes hojas, brillantes como espada,
ni mis leños potentes, del hogar constructores,
ni mi majestuosa cúpula abovedada.

Alábame al obrero sufrido que sostiene
mi macizo monstruoso que a Hércules fatigara.
Alaba aquello humilde y escondido que tiene
la abnegación de un nuevo Cristo que se inmolara.

La raíz parda alaba, que da nieve a mis flores
y esmeralda a mis hojas, y a mi madera olor,
y en la tierra desciende a siniestros hondores,
en busca de agua y sales que me hinchen de vigor.

Sucesos, Valparaíso, 5 de febrero de 1914

Muere el día con una dulzura de mujer
y al celeste y al rosa va ahogando el violeta.
El hervor del espíritu se siente decrecer:
como un estanque lleno, cada pasión se aquiesca.

La brisa misma mueve levemente sus sedas
y evita un golpe de alas sobre la faz sagrada
de la tierra seráfica. Van descendiendo quedas
unas ovejas de églogas por la loma azulada.

Y el día que vivimos se extingue como un bueno.
Al caos que le traga le arrebata del seno
fuerzas para la última pulsación de ocre intenso
que hace arder todo el cielo con un amor inmenso.
El corazón de bronce solloza en las esquinas
y las estrellas muestran sus lágrimas tranquilas.

Sucesos, Valparaíso, 5 de marzo de 1914

HIMNO A LA NATURALEZA

Madre naturaleza,
ya nunca más de ti han de separarnos
ni lo complejo ni lo artificioso.
¡Conforme a ti de nuevo han de formarnos!

Y nos haremos puros,
a la manera como tú eres pura,
con la pureza de la poma intacta,
y del dombo del Andes con la real blancura.

Y ser puro es ser fuerte,
así David pequeño. Y ser sencillo
es ser hermoso, así la hermana rosa;
ser alegre es ser bueno, así los pajarillos.

Madre naturaleza, ya no te olvidaremos
por la ciudad que huele mal, ni aun por
nuestros hogares tibios: estos los hizo el hombre
tan vulgares con él, ¡a ti te hizo el Señor!

Buscaremos tus árboles.
La vida sana fluirá bajo ellos,
de su fruto fragante seda y sándalo,
¡de sus follajes bellos!

Y se harán nuestros músculos
como sus troncos fuertes.
Tendremos el candor que ocultas tienen
con sus caras ingenuas las rosillas silvestres.

Y en los ojos tendremos
la frescura viviente de las hojas.
Y en lucha arderemos con el fuego
que incendia al sol las amapolas rojas.

Y seremos más libres,
que manda libertad el noble viento,
el maestro de audacias que odia la vejez quieta
y adora el movimiento.

Madre naturaleza,
ya nunca más de ti han de separarnos
ni lo complejo ni lo artificioso.
¡Conforme a ti de nuevo han de formarnos!

Sucesos, Valparaíso, 12 de marzo de 1914

EL ENCUENTRO HERMOSO

Madres, dejad que vengan hacia mí los pequeños;
que yo enrede mi mano en sus rizos sedeños.
No puede el suave Cristo, que la dulzura ejerce,
delante de los niños pasar sin conmoverse.

Ellos para acercarse no preguntan mi nombre
(¡me adivinan entero propicio para el hombre!)
ni les sabe a blasfemia que su rey esperado
trajga los pies desnudos y el manto desgarrado.

Aunque nunca me vinieron, miradlos en mis brazos
estarse confiados como en vuestros regazos;
que si a vivir entre ellos mandaran a Jesús,
como una rosa trágica no se abriera en la cruz.

No han llegado a turbarles las palabras insanas
que separan las razas de las razas humanas.
Como aún tienen ellos el alma melodiosa,
sin comprender mi verba la sienten armoniosa.

Ni la pompa del árbol ni el oro de la estrella
son en la tierra parda una vida tan bella.
Para ellos esa tierra crea con alegría
y la aurora rosada bautiza en gracia al día.

Si discutís problemas de la vida gravosa,
los apartáis con una actitud desdeñosa;
y en verdad os lo digo que la sabiduría
se ha refugiado en ellos que no odian todavía.

De una potencia oculta se halla dotado el puro
y es florecer insólito el suyo en el oscuro
légamo de miserias. Su corazón fragante
le ha formado en su torno una zona radiante.

¡Oh, manos que no blanden los hierros fratricidas!
¡Oh, frentes con un óleo de azucenas ungidas!
¡Formas en que no ha hincado su diente la luxuria;
bocas en las que no arden las brasas de la injuria!

Vuestro vaho invasor de impudicia y violencia
se detiene en la suave cima de su inocencia.
Mirado de la altura el humano paisaje,
sus almas solo albean como el lino de un traje.

Y el mundo está escudado por esa carne casta.
¡Ay de la mano de hombre que deforma en su pasta
los moldes divinales en los que la han ceñido!
¡Más le valiera al triste no haber nunca nacido!

Y he aquí que mis ojos lacerados y ardientes
de polvo de caminos y visión del vivir,
al posarse en sus rostros, como un frescor de fuentes
y una bondad de sedas han creído sentir.

Asombrado viandante que vas por el sendero,
lo estupendo que has visto ve a tu pueblo a contar:
¡entre un corro de niños platica placentero
el que entre dos ladrones van a crucificar!

PARA IR POR EL CAMINO³

¡Soñar, cantar! La carga se hace leve
si cantas por la senda, peregrino.
Se repleta de cielo como de un vino azul, el alma inmensa,
y cantando, sacude el lodo del camino.

El lodo del sendero al caminar salpica;
la frente, arca de ensueño, nos infama.
Cantemos, sacudiéndolo, nuestro amor a la estrella,
que como un ojo de mujer nos llama.

Levantemos los ojos,
soberbia y bellamente. Recibamos
la bendición dorada de las constelaciones.
Oro de ellas, prendido en la carne llevamos.

Cantemos, peregrino,
¡es tan hondo, tan áspero, tan largo el camino!

2 de enero de 1915

³ Reproducido en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 10 de septiembre de 1954.
(N. de los Eds.).

Estas rutas no tienen nada de otros senderos nuestros. Es sonrosada su tierra y en graciosas curvas cortan el campo y ascienden los oteros, divinamente suaves, dilectamente hermosas.

El ultraje no admiten en su tapiz sedeño de pies plebeyos: quien huella su cinta rosa ha de tener los ojos fatigados de ensueño, decir de selección y marcha melodiosa.

Tal como en otros tiempos, yo extranjero lo miro, huésped extraño dentro mi país de vigor; quizás no lo comprendo; sin embargo, lo admiro.

Suele a veces un rey de mano suave y fina dar mano y amistad a un agrio leñador. Así acepte el poeta mi amistad campesina.

II

El viandante dilecto de estas rutas rosadas está amasado en pasta fragante de azucenas, a la luz de la estrella de más clara mirada. Como es hijo de dioses, gusta cosas serenas.

⁴ Referencia al libro *Las rutas ilusorias*, del poeta elquino Julio Munizaga Ossandón, quien luego dirigiría la revista *Mireya* que Gabriela Mistral fundara en Punta Arenas y cuyo primer número apareció en mayo de 1919 y el último en noviembre de dicho año. (N. de los Eds.).

Ningún ardor le mancha las venas azuladas;
por el valle de su alma corre un río de mieles
y os diré que estas rutas de luna iluminada
llegan hasta una selva sonora de laureles.

Y os diré: desconfiad de este verso sereno
que no es verso dichoso. A veces como un seno
lo hinchan los caudalosos ríos de la amargura,

una amargura olímpica que ni aúlla ni grita,
que es callada y es noble tanto como infinita.
¡El verso sangra, sangra, con inmensa dulzura!

Sucesos, 18 de marzo de 1915

CÓMO LO VIO MI ESPÍRITU

El poeta avanzó hacia la florida
guirnalda de mujeres. Pagano, turbador,
el cerco lo envolvió en su aliento de amor.
Se hizo un vasto silencio y él nombró a la elegida.

Y fue lento hacia el ser melodioso y dilecto;
tomó su mano como si tomara una flor.
(En la diestra del bardo alguien notó un temblor...).
La mostró con orgullo, como un verso perfecto.

Cual un verso exquisito la mostró, satisfecho,
esbelta como un ala, suave como un alcor.
Afuera, de la noche horadaron el pecho

tres estrellas fugaces como rápidas saetas.
Yo recibí temblando el signo anunciatador,
y suspiré: “¡Ya tienen su reina los poetas!”.

Primerose, Chillán, 1 de mayo de 1915

H I M N O A L A I R E

Ábreme tu pecho, hombre, déjame a ti llegar
trayendo el alma múltiple de lo que he poseído.
Aún me mojan los élitros las lágrimas del mar
y en mi besar se aspira el rosal florido.

Ábrete entero. Así los lotos de cien hojas.
Y vive en mí como ellos viven sobre las aguas,
y me entre por tus venas como por brechas rojas
a encenderte la vida como se encienden fraguas.

Yo te doy una cita de amor junto a la mar
o en la umbría, si gustas de los templos cubiertos.
Deja para buscarme la huesa de tu hogar.
¡La techumbre mejor son los cielos abiertos!

Cuando en los claros álamos me sentiste cantar
y en el molino que abre sus pétalos cautivos,
cuando grité enflorando sus lomos a la mar,
era a ti a quien llamaba con mis pañuelos vivos...

Era a ti a quien clamaba que me abrieras tus puertas
selladas, cual las tapas de las tumbas eternas,
para pintarte encima de las pupilas muertas
la frescura que pinto sobre las hojas tiernas.

Por ti dejé la cumbre florida en maravillas
y escurriéndome por las azules cuchillas,
quebrándome los élitros, bajé a los llanos quedos,
y por palparte el rostro me perfumé los dedos!

Cuando a campo traviesa, invisible viandante,
voy de bocas humanas que me beban en pos,
¿no sientes en el toque de mis alas fragantes
el toque del enorme abanico de Dios?

Deja tu techo odioso que no me deja amarte,
deja la ciudad negra donde me encanallaron;
trae tu copa exhausta en donde renovarte
el gozo de vivir del que te despojaron.

Cree en mí con beato ardor, místicamente,
y déjame insuflarte nueva alma y nueva esencia;
que te cambie el espíritu, y la carne y la mente,
cuya triple fatiga mancille la existencia.

Llámame la pureza y llámame el amor,
porque es gesto de amor mi ancha ala estremecida;
dame los nombres fuertes que suenan a vigor
y los nombres excelsos que trascienden a vida.

Mío: tú como el cofre rosado de la flor;
mío como el pañuelo suelto de los follajes;
mío como la ola de irisados encajes;
mío: tú, criatura y yo, renovador.

Como el follaje,
como la flor,
como el oleaje,
soy tuyo, joh, perfumado viajero, aire señor!

OTONO

Una mano sutil decapita las hojas,
que van bajando muertas, pero todavía bellas;
unas manchadas el dorso de pinceladas rojas;
otras con el diluido oro de las estrellas.

Se apaga en el jardín el rumor de las rosas;
el sol desamorado nos besa tibiamente.
Porque han fugado todas las criaturas hermosas,
es el vivir humano como un doncel doliente.

Tras un otero suave surge la vela loca
de la primera nube que va a los cielos puros.
Corta el ambiente tibio una ráfaga fría,

si esa nube de lino en aguas se desfoca.
¡Y aunque el árbol se incendie con sus frutos maduros,
el alma por las hojas tiene melancolía!

Primerose, Chillán, 1 de junio de 1915

Sus pulidos cristales han lavado los cielos.
Envían aguas puras las vertientes andinas,
donde un sol amoroso va iniciando el deshielo.
Las rosas en las cercas cuelgan sus testas finas.

El duraznero mece su viviente percal
y la mancha rosada pinta la tierra negra.
Se diría que el mundo, libertado del mal,
como un gran niño puro con sus rosas se alegra.

Lleva un alado sello de dulzura y candor
cada semblante de hombre que encuentro en el sendero.
La vida es tan extensa, que ha rodado extenuada
una alondra en delirio, tras su canto de amor.
¡Y hasta una charca pútrida, copiando en su agujero
la turquesa de arriba, se está transfigurando!

Primerose, Chillán, 1 de junio de 1915

LOS VERSOS VIEJOS

Carta que nunca llegas,
que nunca has de llegar;
carta que se ama tanto
por eso: porque no se leerá.

Carta esperada en toda
tarde, mañana, noche y mediodía,
para esperarte vivo,
¡muriéndome de amor te leería!

Carta ingenua y dolida
de niño apasionado, carta llena
de amor y de destino.
Mano que has de escribirla, ¿por qué esperas?

Cada día te cobro,
cada día te aguardo.
Llena, exalta la vida
este esperarte largo y angustiado.

Carta que nunca llegas, dulce carta,
por ti se vive, ¡hasta por ti se canta!

Ideales, Concepción, 24 de julio de 1915

Maestro Jesús, cuida
de tapiarle el oído y nublar su mirada.
Bacante ebria, la vida
cantando va su estrofa encanallada.
La hiciste suave de índole y de semblante,
dale también tu boca sin ardor.
Pon tus linos helados entre ella y la bacante,
¡y acuéstala en la tierra ignorando el amor!

Ideales, Concepción, 31 de julio de 1915

L A N O V I A I R R E M E D I A B L E

¿Y para qué las albas, para qué los ocasos,
la esencia de las rosas, la miel de la canción,
si la novia indicada para vuestros abrazos
ni tiene oído fino, ni tiene corazón?

¿Para qué vuestra carne rosa y emocionada,
para qué el mirar hondo y el hondo suspirar
si por inútil suelta la carne desgajada,
si sus cuencas vacías no supieron mirar?

¡Nupcias negras! Desdeña el coloquio encendido
y la faz de la tierra, y la luz del buen Dios,
y una vez el racimo de carne sacudido,
huyendo el sol desciende al tajo removido
para el besar sin labios y el balbucear sin voz...

Ideales, Concepción, 24 de junio de 1916

El sol ha caído y la tarde, rosada
 de emoción, de estrellas empieza a latir.
 Arropa la aldea niebla temblorosa.
 La pobre no tiene alma y no solloza,
 no sabe, la triste, quién puso a dormir
 esta tarde sobre la tierra olorosa
 a romero y salvias de su panteón.
 Por mucho que sepa de rosas,
 de trigos espesos y de mariposas,
 crio lirios, nunca crio corazón.

Niebla temblorosa que el valle desciendes
 para echarle tu capucha a la faz,
 tú, que eres sutil y a todo te prendes,
 ¿ninguno echas de menos, ninguno comprendes,
 que cerrado el párpado no te mira más?

La niebla conoce toda jovenzuela
 y mozo y labriego, y tras inquirir,
 responde: ¡ah, sí! El pobre maestro de escuela
 siempre lo encontraba tras la cancela
 de su huerto, viendo la noche venir.

Esta mañanita ya cambió su banco
 de leño fragante por otro mejor,
 ya definitivo y de eterno flanco:
 un hoyo en la tierra junto a un jazmín blanco,
 que esta primavera va a esponjar más flor.

Y porque ninguno mojó su mantilla
 pardusca, con zumo de su corazón,

tú, de adulio torpe, sin una mancilla,
boca mía humilde, como él pobrecilla,
con sabor de lágrimas, dale tu canción.

¡Dulce viejo huérfano, quién pudo llorarle!
No dejaba un hijo, no tuvo mujer.
Era demasiado pobre para amarle,
y aunque fuera bueno, nadie iba a mirarle
pecho adentro, para su hechizo beber.

Joven, casi mozo, llegose a la aldea,
¿ha treinta años? Hace cuarenta tal vez.
Era hermoso, siempre que hermosura sea
carne cuya primavera llamea
de un fuego escondido que lascivia no es.

Tenía de llama viva el ojo oscuro
y la parla cálida; ancho el corazón
para el amor de los hombres maduro;
ingenua la índole y bajo del duro
pecho de hombre fuerte, niña la emoción.

En toda la sangre, ni una gota acerba
ni una marca hirsuta en toda la faz.
En mezquino cuerpo de brizna de hierba,
era el alma diosa y la pasión sierva,
ligero el quebranto y el querer tenaz.

Sabe Dios que al ver el poblado triste
no tuvo un reproche mojado en rencor.
Tú, sendero humilde, que lo condujiste
hasta su casita pobre, tú le viste
los ojos en éxtasis y el gesto en amor.

¡Si era el adversario de toda tristeza,
aunque fuera el hijo mayor de Jesús;
si cuando faltaba el sol en su mesa,
se iba con sus niños a campo traviesa
en busca de cielo, de viento y de luz!

¡A campo traviesa! La guirnalda ardiente
del sol en las sienes; ligero el andar
y el corazón sobre la grama naciente,
en la boca el sorbo de un cantar riente
y el amor del mundo a flor del mirar.

Bajo la olorosa, fresca trenzadura
de los boldos o las orillas del mar,
el labio esponjaban aguas de dulzura,
y entre el corro de tibia apretadura,
luengo era el contento y luengo el parlar.

El maestro entonces se sentía henchido,
cual en la marea los pechos del mar,
y el discurso hacíase trémulo, encendido,
como si Dios mismo se lo diera ungido
en el violento óleo que sabe cuajar.

Y tal en los días del dulce Francisco
tocados en la hora de su exaltación,
el árbol de blonda sensible, el arisco
pájaro del bosque, las fuentes, el risco
oían comprendiendo del hombre el parlar.

“Es buena la vida con las criaturas
que pintan al Padre su extraño solar:
los ríos profundos, de cuencas oscuras,

el buey tardo, las cautivas dulzuras,
que suelen el ojo del monstruo extasiar.

“Y todo hombre guarda, en limo sombrío,
un deslumbramiento de constelación.
El malo es tan solo el árbol de estío,
con fruto soleado y fruto tardío:
rezagada poma fue su corazón.

“Son benditos, niños, todos los oficios,
el abrir los suelos y el moldear el pan,
el besar con boca convulsa cilicios:
¡todos modos hondos, dulces ejercicios
por los que los hombres rumbo a Dios se van!

“Floreció en el viejo tiempo entre la plebe
y enseñó una ciencia ingenua de amor,
uno que a nombrar ni el santo se atreve.
Cuando tengáis sed, buscad que os abreve.
¡No deja otra linfa deleite mayor!

“Yo, bordada, uncida, prendida, tatuada,
su verba en la entraña os la dejo en don,
porque un día os gane pecho, alma incendiada;
deje cada llaga de luz ribeteada,
y al cerrar por fin la boca callada,
grite su promesa de resurrección”.

Así hablaba el hombre de la saya pobre,
la lengua celeste, la boca temblor,
mientras el poniente de oro, gualda y cobre,
fingías otro incendio como el suyo, sobre
el picacho andino de gloriosa flor.

Así habló de mozo, así en la pujanza
de viriles días, así viejo habló,
que la jaspeadura luminosa y mansa
de los años lo alcanzó en esta andanza
y al borde del surco la muerte lo hirió.

¡Ah!, el gesto cálido de esparcir, sin duda
ha debido abajo tenaz perdurar,
y en la huesa sobre su camilla ruda
de piedras madrastras, con la boca muda,
extendido el brazo, soñará en sembrar...

Este fue el mendigo del que en la mañana
un grupo de extraños cargó el ataúd,
sin fanfarrias, sin trapería grana
de estandartes, con una prisa insana
por tapiarlo de tierra e ingratitud.

¡Pobre aldea, de cándido semblante
nevado de almendros, río de cristal,
milagrosas albas y ocasos llameantes,
cerco de calladas montañas pensantes,
que das el ensueño y le eres fatal:

qué duro tus hombres bajo la mirada
materna del cielo, qué ruin el amar
al pie de la enorme montaña extasiada,
qué sueños mezquinos tu viva y sagrada
Vía Láctea ha siglos les mira soñar!

Cuando muere el sol y apunta el lucero
a flor de la mar, les oigo pedir,
al plañer del Angelus, grave y lastimero,

con el torpe labio sensual y embustero,
en brazos del Padre, sereno el dormir.

¡No! Vosotros que conocéis la hartura,
la blanda almohada y el blando soñar,
si mullisteis su garfio a la amargura,
no pidáis al brazo de Dios su dulzura
que es de este, que tuvo insomnio y pajar.

¡Para él en un beso largo, largo, largo,
un inacabable sorbo de dulzor;
tu untura de aljófar en su labio amargo,
tu plumón fragante para su letargo
y el más hondo arrullo que sabes, Señor!

Los Diez, Santiago, febrero de 1917

No te llamas roca de diente sombrío
ni plegado ceño, ni ademán avieso.
Te llamas mejor sorbo de rocío
y otra cosa: ¡beso!

No te llamas zarza de tallos torcidos
ni tampoco dardo, ni tampoco espada.
Quien lo dijo, nunca sobre ti ha dormido:
¡te llamas almohada!

No tienes los ojos de siniestros mares;
hogueras de ocaso no incendian tus vestes.
Florecen desde unas blancuras polares
tus ojos celestes.

Y tus manos, que hacia mi espera se tienden
desde el otro lado del caos seducen.
¡No venden, no venden!
¡Conducen!

La Silueta, Santiago, marzo de 1917

A LA DISCÍPULA

Aquel señor que es dueño de mis días
y cuyas hablas oyense de hinojos,
a mí te entrega por que te apaciente
muchos veranos bajo de sus ojos.

Toda me lleno de tribulaciones
y en vez de ruego solo fluye el llanto;
todo mi pecho quema la vergüenza:
¡ni aun en la muerte he de angustiarme tanto!

Mis pobres brazos la verdad buscaron
como a su madre, con ardor violento.
Aún no la gozo faz a faz temblando;
solo el aroma le bebí en el viento.

Por tanto, soy tan pobre como un huérfano
y la sed suele hacérseme alarido,
y en todo sol y en todo viento llevo
el corazón confuso y arrecido.

Yo rodé más que los torrentes blancos
que se despeñan como enloquecidos
y ya en el llano, al recoger mis carnes,
eran no más que un cuenco de gemidos.

Y si en las albas por el valle paso
buscando niños de los leñadores,
hasta que en corro gorjeador y vivo
en pos de mí trascienden los alcores,

no es que yo sienta mi bordón divino,
no es que yo sepa agavillar candores,
es que ellos van por quiebras y senderos
llenando el viento de su olor de flores,

y es, ¡oh, Dios mío!, que amo la fatiga
dulce que déjanme en el pecho amante,
¡y aun por las noches se me duerme alzada
la mano sobre un invisible infante!

Mas mi Señor me rige los momentos,
me alza y me rompe al brillo de sus hoces,
y he aquí mi amor, que es una mesa pobre.
Él me lo arome por que tú lo goces;

Él me renueve como sus fontanas;
me colme como río en primavera;
Él sople encima de mi pecho trémulo
su hálito inmenso hinchado en las praderas.

Por la montaña y por la playa iremos.
Sus ojos hondos con la luz te sigan;
yo no he de hablarte de ellos: las campánulas
azules es mejor que te lo digan;

ni he de allegarte en mis palabras todo
su verbo al labio, tal como una poma,
lo verás en la temblorosa flecha
con que se aleja un vuelo de palomas.

¡Oh, no me mires con los ojos húmedos,
que yo no soy más que una pobrecilla
que al espesar los trigos de febrero,
de rubor llena, espiga de rodillas.

Y que delante de las aguas cándidas
en donde están los cielos palpitando,
porque miró las fuentes de su pecho,
los segadores suelen ver llorando.

Los Diez, Santiago, abril de 1917

Manos leves como el celaje
e inútiles como las landas,
sobre cuyos dorsos sin musgos
los corderos no se solazan,
decidme, pobrecillas trémulas,
qué hicisteis por aquel que amabais.

Manos que el mundo llama puras,
sois peores que los que matan
los lindos infanticos rubios,
a media noche, en la montaña.
Si no contad a vuestro Padre
lo que hiciste por el que amabais.

Manos que en vuestras cuencas
entibiáis palomitas blancas
y sois madrinas de los lirios,
abajo, en la tierra mojada;
Cristo va a haceros dos menudas,
largas víboras encarnadas.

¡Oh, labrador, que por tu hijo
y por ese que te besara
sobre la dura boca virgen
matarás lobos, hombres, águilas!
Alárgame tus manos puras
en cambio de estas, condenadas,
¡o las desprendo de mi cuerpo
como el árbol suelta sus bayas!

Los Diez, Santiago, abril de 1917

Y O N O S É C U Á L E S M A N O S

Yo no sé cuáles manos aquel día menguado
sin terror recogieron con dulzura también
las esparcidas láminas de tu cráneo trizado,
los iris de los ojos, las astillas de la sien;

que lavaron la masa de cabellos, caliente
y mojada de grumos, y en goce de servir,
la untaron de perfumes e hicieron en la frente
la señal de la cruz como a un niño al dormir.

Pero esta tarde, cuando rezó la boca mía
por su pena, y la tuya que no puede rogar,
pidió por esas manos al que las vio aquel día,
porque antes que me muera me las deje besar.

Selva Lírica, Santiago, 1917

¿SIENTES ALLÁ ABAJO?

¿Sientes allá abajo
el ardor delicado de esta primavera?
A través de la tierra, ¿te pasa
el perfume agudo de las madreselvas?

¿Te acuerdas del cielo,
del surtidor claro con cimera fresca,
del sendero con hondos tapices,
de mi mano plácida en tu mano trémula?

Esta primavera perfuma y afina
el dulce licor de las venas,
¡si bajo la tierra, pegada la boca
bella no tuvieras!

Orillando el río, a esta apretadura
de fronda vinieras;
la tibiaza que tengo en la boca,
me gustaras, sutil y violenta.

Pero estás abajo,
bien desmenuzada de polvo la lengua;
no hay modo que cantes conmigo canciones
dulces y encendidas esta primavera.

Selva Lírica, Santiago, 1917

IV

Los muertos llaman. Los que allí pusimos
con los brazos en cruz y el labio frío,
suelen desperezarse; los quisimos,
nos ven vivir; ¡y les parece limpio!

Llaman, y a la sinistra algarabía
de nuestro carnaval de sangre y risa,
llega a entenebrecernos la alegría
ese loco gritar de la ceniza.

Él también clama, pide que en la senda
el paso apure y que mi cuerpo extienda
pronto en su huesa, angosta como herida.

Cierro el oído para no escucharlo;
quiero con carcajadas ahogarlo,
¡y el clamor crece hasta llenar la vida!

Selva Lírica, Santiago, 1917

V

Yo elegí entre los otros soberbios y gloriosos
este destino, aqueste oficio de ternura,
un poco temerario, un poco tenebroso,
de ser un jaramago sobre su sepultura.

Los hombres pasan, pasan, exprimiendo en la boca
una canción alegre y siempre renovada
que ahora es la lasciva y mañana la loca,
y más tarde la mística. Yo elegí esta invariada

canción con la que arrullo un muerto que fue ajeno
en toda realidad, y en todo ensueño, mío;
que gustó de otro labio, descansó en otro seno;

pero que en esta hora definitiva y larga
solo es del labio siervo, del jaramago pío
que le hace el dormir dulce sobre la tierra amarga.

Selva Lírica, 1917

VI

¿A dónde fuiste, a dónde, que ni albada ni tarde
te trajo, y en la espera ya nievan mis cabellos,
y por respuesta invítame para morir la tarde
sin pensar que otro mundo sin ti no fuera bello!

¿En qué zarzas de monte tu pecho se halla herido
que viene una fragancia de sangre sobre el viento
y desde las colinas oteo tu gemido,
y en las aguas te veo con rostro de tormento?

Pregunté a los caminos, pero su polvo ignora.
Cava lenta una azada en la paz de la hora
y yo no sé si cubre tu semblante y tu aliento.

¿En dónde están tus ojos y qué manan tus sienes?
Y como la respuesta a mi alarido viene,
¡tan solo una fragancia de sangre sobre el viento!

⁵ Los siguientes sonetos están tomados del libro *Una mujer nada de tonta*, de Roque Esteban Scarpa. Santiago: Editorial Nascimento (2^a. ed.), 1978. (N. de los Eds.).

Malditos esos ojos, cuya mirada oscura
se te pintó en la entraña como un tatuaje largo;
malditos esos senos, de doble ánfora dura,
 llenos de miel, cubriendole el corazón amargo.

Malditos esos labios, untados de impudicia,
siniestramente finos como aceros de oriente,
que aprendieron un modo de sangrar con delicia,
sabios en ciencia negra del cuervo y la serpiente.

Malditos esas manos que todo devastaron,
que todo desgajaron y a su dueño vendieron:
¡ningún río las lave de sus marcas sangrientas!

¡Malditas las entrañas sensuales que temblaron
todas en la lujuria y que no se sacudieron
delante de las tuyas, esparcidas y cruentas!

V I I I

Es tarde, aunque ya apenas empieza el mediodía.
Es tarde. Tengo el alma llena de frío y miedo.
Aunque ya no espigaba tu amor sobre mis días,
vivía por ti como viven por su dios los monjes santos,

por el Dios de los cielos al que no vemos nunca.
Pero ahora me gana la carne la tremenda
laxitud que te tiene mudo y desangrado
bajo todas las albas y ante todos los vientos.

Es tarde, aunque la vida no da toda su esencia
todavía; yo siento que con tus desgranados
huesos se me disuelve como un caduco fruto;

que se me disagrega frente a la indiferencia,
que se deshace en polvo el yunque de mis gritos,
¡todo el amor del mundo que cantaba en mi pecho!

Te hubiera defendido cual la loba al lobato
de la gran siniestra que te alargó la vida,
poniendo entre tú y ella, con místico arrebato,
mi cuerpo temerario, gozoso de la herida.

Si le hubiera encontrado en mis brazos dormido
la mala hembra que vive de estrujar corazones,
en sus lomos mis brazos látigo hubieran sido;
se me forjaron unas vísceras de leones.

Pero la ebria fue a hallarte aquel día, confiado
a la de brazos suaves y vísceras aleve
que le puso dormido en sus fauces ardidas,

y lejos de mis ojos todo fue consumado
de modo tan horrible que no hay agua de nieve
que enfríen mis palabras, zarpadas y encendidas.

Si ya no queda de él sino un copo liviano
de ceniza blancuzca; si es impío pensar
en contra de la vida que sustenta en la mano
un buen tirso más de cálido llamear.

Si la huesa de piedras apretadas le cierra
para que no le enturbie el gozo del vino su misión;
si ninguno se acuerda que floreció en la tierra
y tuvo en carne humana inquieto corazón.

Dicen: “Y yo”. Por eso, porque es un montoncillo
de tierra volandera, blancuzco tumorcillo
que el soplo de mi boca pudiera dispersar,

porque tras negarlo ya lo olvidaron esos
y solo mi ternura le custodia sus huesos,
¡lo único que le queda no se lo he de robar!

¡Oh, fuente de turquesa pálida,
oh, rosal de violenta flor,
cómo tronchar tu llama cálida
y hundir el labio en tu frescor!

Profunda fuente del amar,
rosal ardiente de los besos,
el muerto manda caminar
hacia su tálamo de huesos.

Llama la voz clara e implacable
en la honda noche y en el día,
desde su caja miserable.

¡Oh, fuente, el fresco labio cierra
que si bebiera se alzaría
aquel que está caído en tierra!

Yo no sé dónde lo pusieron
que no lo siento en mi regazo;
yo no sé con qué me lo ciñeron
que están inútiles mis brazos,

no sé cómo lo amortajaron
si está intacta mi cabellera.
En qué hoyo impuro lo guardaron
con su aroma de primavera.

¡Cómo quieren que no hurgue, loca,
todas las quiebras de las rocas
tanteando en la oscuridad,

si es menester sorber primero
como fuente su cuerpo entero
y liarlo con suavidad!

P E R Í O D O

D E

M A G A L L A N E S

(1 9 1 8 - 1 9 2 0)

C A N C I Ó N D E L D E S T I E R R O⁶

La tierra a la que me trajeron,
inmensa, letal y blanca,
a orillas de un mar de estaño,
se ha tendido desolada,
con la albura de los cristos
macerados en la cara,
bajo el zafiro del cielo
triste de una ancha lágrima.

Ya no veré más el sol
que regó hasta mis entrañas,
yo, que no tengo ni un hijo
que mirar en las mañanas.
La tierra sin sol, Señor,
que sea la de los parias,
que los mendigos se queden
sin tesoro, sin mirada.

Tuve una casa con álamos
que miraba a la montaña.
Todos los soles ponientes
la hacían ensangrentada
y el campo me la ceñía
en un cerco de fragancia,
y la de hoy está de nieves,
cuan de eternidad, cercada.

6 La mayoría de los poemas seleccionados aquí pertenecen al libro *La desterrada en su patria*. Recopilación de Roque Esteban Scarpa. Santiago: Editorial Nascimento, 1978. Cuando no sea así, está puesta la fuente al pie del poema. (N. de los Eds.).

El frío de los sepulcros
mi Dios lo ha puesto en mi casa
y afuera muerden los vientos
cual cuchillos la garganta.

El frío me va a romper
el canto dentro del alma,
¡ah!, pero el cantar, es cierto,
toda me cubrió de llagas.

La nieve como un amor
se tendió frente a mi casa.

Yo la he de mirar por siempre,
noche y nieve, así apegadas,
como el rostro de mi muerte
al cristal de mi ventana,
cual su mejilla sin sangre
a los vidrios asomada.

Y la hallaré al caminar
por los senderos fantástica,
y temblaré de romperla,
y temblaré de mirarla,
y volveré por herirla,
y estará frente a mi casa,
y aunque cerrara los ojos,
yo seguiré contemplándola.

Agua de los fiordos, dulce
y triste, ledo sollozo;
y mirada azul y humana
que sube desde su fondo.

Mirada de amor que nunca
hallé en los ojos humanos.
Dime si los muertos son
los que a tu fondo bajaron.

Este oleaje tiene alma
porque es el mar torturado
que en la quiebra de las rocas
se rompe fino y cansado.

Agua muda, pudorosa
de su dolor, yo te traigo
el mío, que entre los hombres
va como el tuyos, callado.

Han ensayado todas las formas conocidas
y como almas humanas quedan insatisfechas.
Trazan ríos rosados y praderas floridas,
quieto estaño de mares, cabelleras deshechas.

Es como si la vida de abajo impresionara
sus cuerpos blandos como cuerpos de niños
y el odio de los hombres en su arrebol sangrara,
y el candor de las vírgenes hinchara sus armiños.

El viento sus ejércitos enormes desbarata,
sus catedrales de oro todo espacio superan
y un ala de gaviota las pudiera horadar...

Y de sus lienzos trémulos que un céfiro maltrata,
tierra labrada y hombres toda la vida esperan,
y sus lágrimas colman las cuencas de la mar.

La nieve, sigilosa como un beso,
mortal, callada, pía;
la nieve, de un cojín mortal y espeso,
cerca mi casa desde el mediodía.

Con su extasiado azahar cubrió mi casa.
La va cercando como un grande amor.
Se va la luz, se va muriendo el día,
y ella sigue y no se ha de ir.

Yo tenía una tierra en que llagaba
el sol lo mismo que un terrible amor.
Ahora la nieve cercará mi casa,
mañana y siempre como un torvo amor.

Sigilosa, silente y sosegada,
era la muerte y pareció el amor.

SONETO DEL CIPRÉS

Sobre el cielo de añil, erige escueto
su llama fija como manos juntas
o flecha terca que endereza un reto.
No ha desflecado su follaje nunca.

Y lo ha ceñido como si apretara
un nido vergonzoso contra el tronco.
Ni un suspiro romántico siquiera
le nace al paso de los vientos roncos.

Mudo y quieto: enseñáronle las mansas
tumbas la vanidad de las mudanzas
y la inutilidad de los sollozos.

Oscuro: es el bostezo de tristeza
que echan las bocas breves de las huesas
en vaho espeso hacia el añil glorioso.

Noviembre de 1918

Sobre mis vidrios, mientras calla la noche en calma,
la escarcha espesa sus azahares con contornos de vida;
las caras que yo quiero borrarme sobre el alma,
porque es mirarlas como rasgarme las heridas.

Entibia el pino dulce la noche duradera
del polo y con un verso yo busco mis angustias,
y cuando voy hallando la calma verdadera,
al levantar los ojos al cristal me estremezco.

En azahares de escarcha la cara del que ha hecho
por seguirme y amarme gangrena de su pecho,
me mira largamente, me mira hasta dañarme.

Y el que yo quise y tiene tierra sobre la boca,
yo no sé lo que pide, yo no sé lo que evoca,
que la escarcha se llaga y se parten mis carnes.

29 de junio de 1919

Hace ya dos septiembre que no veo
florecer los almendros,
que no rompo una pulpa ensangrentada
ni quiebro el césped nuevo.

La claridad de las nieves extasiadas
se van entrando en mi pecho
y el estaño del mar y el hoy ignoto
van mis días cubriendo.

Para volver a amar y tener cantos
he de mirar florecer almendros.

Los que aman, ¿se acuerdan
tal vez de mí cuando el primer almendro?
Yo no tengo la hiedra ni la fruta,
ni el sol de Dios, ni los álamos sin viento.

Para mirar aún la primavera
los pobres ojos cierro
y busco el campo verde y el fino álamo
como miran los ciegos.

Se caerán mis ojos y mis carnes
si no ven florecer más los almendros,
si el río no va cantando y los lagares
no echan su olor violento.

Y olvido la gracia de las flores,
la hinchada yema bajo el dulce cielo,

cortar el jazmín necesito por mi mano
y el mirar de mi madre en el destierro.

Si vuelvo un día, iré por los caminos
con los ojos abiertos: pondré un beso
en las espigas que el ardor retuerce,
cual si fuera a morir junto a mi almendro.

Madre, ¿por qué en tu carta
no me pintas el césped de tu huerto?
Acuérdate de mí: yo soy aquella
que no ve más abrirse los almendros
y no doro mi carne como fruto
a los soles y al viento.

Vive entre la paz de mi huerto,
pensando que si blanquean mis sienes,
en la tierra blanquean los almendros.

1919

LOS VERSOS DE NOVIEMBRE

Y nunca, nunca más: ni en la medrosa
noche callada, ni en la aurora rosa,
ni en la tarde sagrada.

Se perdió en la compacta, en la asesina sombra,
en el país enorme que con temblor se nombra.

¿Sufre? ¿Goza? ¿Se ha vuelto duro o tierno
su corazón? Tal vez ni odia ni ama.
La nada, ¡más horrible que el infierno!

Encontrarle algún día,
no importa dónde, en cumbre o en hondor,
en la luz que deslumbra o en el revuelto horror.
¡Encontrarle algún día,
y ser con él por siempre,
en la exasperación o en la alegría.

Mireya, Punta Arenas, n° 4, agosto de 1919

AL ÁRBOL DEL CAMINO

El árbol del camino,
el árbol desolado por los vientos,
que mira con sus llagas al que pasa,
me contó su dolor, me dio su acento.

Yo tuve carne humana,
yo amé, besé, latí, yo tuve brazos,
con ansiedad un cuerpo entre mis hojas.
Entre las multitudes,
yo perdí un día el rostro que yo amaba.

Yo fui carne, yo tuve el labio ardiente
y el brazo ceñidor; yo fui extasiado
por las sendas entre árboles y fuentes,
mas perdí entre las turbas el amado.

Viene del sol esta mujer que canta
y el acre sol sobre sus labios vino.
Luz tiene sobre el cuello alabastrino,
temblor de angustia bajo su garganta.

Miel y ardor mana la canción que canta,
miel y embriaguez que vierte hacia el camino,
y el alma entera tiembla como un lino
de aquel temblor que hay bajo su garganta.

Todo el amor y la amargura canta,
todo lo humano y todo lo divino,
y al entregar la vida por un trino
su cuerpo tiembla como su garganta.

Ebria del cielo y de la tierra canta;
ningún destino como su destino.
Pero a pesar del labio purpurino,
lágrimas hay bajo su garganta.

La Unión, Punta Arenas, 3 de febrero de 1920

⁷ Consultamos primeramente la versión que aparece en el libro de Augusto Iglesias *Gabriela Mistral y el modernismo en Chile* (Santiago: Editorial Universitaria, 1950). También la que publicó Jorge Urrutia Blondel, en su artículo “Gabriela Mistral y los músicos chilenos”, en la *Revista Musical Chilena* nº 52, de 1957, donde viene una versión de este poema que le facilitó Enrique Soro. (N. de los Eds.).

Sobre el mar glacial del que nadie sabe,
un témpano pasa como un lirio inmenso,
pasa más callado que las grandes naves
y el mar se ilumina de un blancor intenso.

Yo he muerto y mi cuerpo va en él extendido,
mi boca de hiel ya es dulce y serena,
mis ojos lo eterno dejó engrandecido,
y el cielo me es veste, la espuma azucena.

A la tierra, madre de las primaveras,
la tierra que hace con pechos rosales,
que para sus lirios mis senos espera,
no quiero entregar mis carnes fatales.

La ola amarga lleva mi bloque dormido,
las aves marinas su vuelo rindieron
y voy en silencio sobre el mar florido
de témpanos mudos, de Dios y de cielo.

El cielo estrellado mi bosque florece,
la espuma sube en lirio un costado,
la Cruz del Sur sobre mi semblante crece
lejos de las playas en que he sollozado,
y sobre los témpanos avanza y se mece
mi Dios como ensueño que avanza extasiado.

⁸ Este poema y los dos siguientes fueron recopilados por Scarpa, pero no tenían título. Le pusimos uno sacado del propio poema. (N. de los Eds.).

La túnica del cisne de Mantua todavía
va por el mundo y a su sombra perdura
lo latino: D'Annunzio crea con alegría
y Dante, el gibelino, creó con amargura.

En el cerco de nieves del polo, donde es menos
luz la luz y ambrosía la vida, sol esquivo,
como de yermo atroz surge al manantial vivo
en una hebra azul, vuestra alma sale al paso.

Y es la visión del cielo de Italia y la sonrisa
de los dioses y el verbo suave como la brisa
de Virgilio, y sobre esta divina aristocracia
el corazón de Cayo Graco de pasión sacudido.

Sois tal como el laurel y el mirto entrelazados,
toda la luz y un ardor de trueno de Espartaco,
libertad cabalgando esposa de la gracia.

Para dar belleza cantando
me hiciera salvia florida,
retuvieran mis aientos
las amapolas violentas
y las espigas solares.

Yo no conozco los musgos,
yo no merezco la brisa.
Mis plantas están sangrientas,
mi alma turbia y violenta,
y mi labio es de ceniza.

Con mi mano amarillenta
mancho las hojas del otoño;
mi mano, lodo ligero,
mancha la hierba de seda;
mis ojos, cristal pasajero,

si se acuerdan de cantar,
se olvidan de que no hay sol
y no ven caer la nieve
muda, fría vida y su balcón,
de su patio y su vivir.

Señor, estoy en paz con la tierra del monte:
ya me son terciopelos todos los horizontes
y todo rostro amigo, luna llena, guirnaldas inocentes.
Señor, ya soy aliada nueva del pájaro y la fuente.

En alguna noche honda, tus estrellas esquivas,
con ansia inmensa de semblante que aviva
un grande amor, me han dicho cosas inesperadas,
cosas que no sabía mi carne magullada,

de Ti, de mí, de las esfinges tercas.
Desde que las conozco, Señor, siento que te acercas
a mi boca. Bendita la estrella lejana
que una noche bajó a parlar a su hermana.

Te amo, zarza greñosa que has probado mis plantas;
te amo, lengua que ruge; te amo, lengua que cantas.
Rastrearé las serpientes por las quiebras profundas,
sustentaré los pájaros y las cosas inmundas.

Que ya supe el secreto que no saben los sabios.
Dios peina el ala del cuervo y refresca los labios
a los tigres con sed. Dios sustenta la ortiga
y abriga el pecho a Judas cuando es noche y nieva.

Yo ya no quiero ser la que por el camino
en la boca amarga críe el verso divino.
Quiero ser la que ame más que el sol del estío,
el zumo de la poma y la lengua del río.

Voy a campo traviesa por la llanura verde.
Ninguna ansia, ningún odio me muerde.
Soy la madre del árbol y la madre del viento.
Se me han vuelto de cielo deseo y pensamiento.

Se me ha tornado grande como mar mi regazo
y he aquí que se me quedan trascendiendo mi abrazo
el árbol de camino y el fruto del estío,
la víbora del yermo y el suspiro del río.

Yo no levanto ruido ni polvo caminando.
pudiera herir al árbol verde que está soñando
en la siesta profunda. Ni canto ni suspiro.
Miro tu campo verde. ¿Qué más? Comprendo y miro.

Una fuente que mana, una fuente que mana,
herida del amor a la melancolía
y refleja la muerte tarde y mediodía:
tiene un calofrío vivo de carne humana.

No rugió como el mar ni como los torrentes,
fue fina en el placer y muda en la agonía.
Quien la miró de lejos tal vez la creyó fría,
pero al hundir la mano en ella la halló ardiente.

Fuente tan sosegada que es el ensueño mismo;
su círculo tan leve es hondo como abismo
y bebe del misterio por un labio invisible.

Sobre su cristal pasan semblantes de mujeres,
sombras de nubes y árboles: todo un temblor de seres,
pero en su hondura está la tristeza indecible...

⁹ Hallado en un cuaderno manuscrito del poeta Omar Cáceres en Biblioteca Nacional Digital de Chile, con copias de poemas de diversos escritores, una costumbre de la época. Ver BN Código AE0022658. (N. de los Eds.).

La poesía de Gabriela Mistral es el núcleo del legado que Doris Atkinson, sobrina de Doris Dana, donó a la Biblioteca Nacional de Chile, en 2007. Es la mitad que faltaba a Chile para acceder al conocimiento cabal de su obra. Gran parte del material lo componen poemas en proceso de escritura y abarca un largo periodo que se inicia en el momento en que Gabriela Mistral partió de Chile rumbo a México, Italia, Francia, España, Portugal, Brasil, Estados Unidos y otros países.

Varios textos de este legado fueron publicados tras su muerte en *Poema de Chile, Lagar II* y distintos libros, gracias al trabajo de investigadores, antologadores y compiladores, quienes mucho antes de que este material llegara a la Biblioteca Nacional, habían dado muestras y señales de su existencia. Sin embargo, es necesario aclarar que ninguna publicación, y esta no es la excepción, puede proponerse el objetivo de ser la más completa o la definitiva. Incluso en los poemas que quedaron guardados como borradores, que fueron descartados de *Tala* o *Lagar*, o que se encuentran en su mayor parte tachados por la autora, queda aún un extenso territorio por explorar.

La difusión de este legado es un acto de justicia. Nuestra cultura cayó en el error de canonizar a la autora. No es la persona de Gabriela Mistral la que convoca y reúne: es su pensamiento y su poesía, eso que llamamos espíritu. Al pensarla, acuden junto a su nombre los símbolos y claves, imágenes asociadas a su obra: el amor por las expresiones de la naturaleza, la maternidad, la educación, la conexión con la divinidad, la sintonía cósmica e íntima del territorio

americano y sus gentes, el esplendor de la fuerza femenina en la potencia de la materia. Equiparable a los arcanos, a la figura de los santos o a dioses del panteón griego, su figura encarna conceptos que se le hacen inseparables porque ella permitió una nueva comprensión y reveló conexiones esenciales con la acción de su palabra. En medio de lo transitorio, y pese a su inmenso amor por la tierra, por su valle de Elqui, dejó testimonio de la errancia, de esa única certeza que es el cambio.

Para resguardar su poesía, estableció distancias y creó un nombre para que la atención, el foco, permaneciera en la palabra creadora que nombra y designa las cosas, y no se extraviara el rumbo hacia Lucila Godoy Alcayaga en su lectura.

En una entrevista realizada en el país en 1978,¹⁰ Doris Dana, intentando explicarse a sí misma el desconocimiento que había aquí de esta otra Mistral, declaró: “Ciertos críticos truncaron la totalidad de la obra de Gabriela, quizá dolidos de que no viviera en Chile”.

Por primera vez podemos acceder al espacio íntimo de creación, profundo y sencillo, gracias al testimonio de Doris Dana y al legado que conservó, ordenó y honró. Tenemos la fortuna de ver y oír a la Gabriela Mistral de todos los días, la que se encerraba en su habitación, acompañada por las figurillas de ciervos que colecciónaba junto a sus libros, o sentada en el jardín frente a los árboles con un modesto tablón de madera sobre sus rodillas y un lápiz de madera y grafito en su mano. En ese pequeño espacio se

¹⁰ Entrevista de María Pallais a Doris Dana, revista *Fascinación*, Santiago, n° 6, 22 de junio de 1978.

replegaba y expandía sobre una hoja de papel, sobre una libreta o sobre un pequeño cuaderno.

“Cuando se encerraba en su estudio, se concentraba hasta tal punto de que estoy segura de que no hubiera sentido ni un terremoto. Pero no era esclava del trabajo, escribía cuando tenía ganas [...]. Cuando escribía dos horas, se pasaba veinte corrigiendo. Como buena budista, siempre buscaba lo mejor, tratando de editar su creatividad inicial apasionada. Recuerdo poemas que después de corregirlos, parecían ser otros completamente distintos. Siempre trataba de mejorarlos, perfeccionarlos”, señalaba la albacea.

Corregía poemas mecanografiados, las versiones definitivas nunca eran definitivas, incluso corregía poemas que ya habían sido publicados una y diez veces, pero nunca deseaba sus escritos.

Esta segunda parte del volumen reúne los poemas del legado de Gabriela Mistral y sus poemas dispersos que fueron publicados en periódicos, revistas y antologías. Rescata aquellos textos que permiten ahondar en su percepción más íntima y observar desde dentro las profundidades de su pensamiento poético.

La selección se concentró en textos elaborados y corregidos, en algo que se podría llamar versiones finales de los poemas. Pero, como ya es sabido, en el proceso creativo de Gabriela Mistral, nunca había poemas acabados y siempre obras en proceso de cambio. Algunos poemas de la selección son transcripciones de textos mecanografiados y sin correcciones; otros provienen de documentos mecanografiados con enmiendas, y muchos otros son manuscritos de su puño y letra.

Este conjunto constituye una primera aproximación para el lector. No pretende ser más que una muestra, una invitación a explorar e indagar en la fuente original que es la herencia poética de Gabriela Mistral que se conserva en la Biblioteca Nacional de Chile y está disponible para todos tras un largo proceso de catalogación y digitalización.

Al contrario de lo que se podría considerar un material de descarte o sobrantes, cada borrador y poema del legado es la semilla de una obra que se mantuvo a la espera de un mejor momento. Cientos de textos inconclusos, y hasta diez versiones paralelas de un mismo poema, dan cuenta de esto. Son manifestaciones de la mente creadora en pleno proceso, acción del pensamiento mistraliano en toda su vastedad y variedad. Los poemas inconclusos son vástagos, los cuadernos con ejercicios de rimas son profundas aproximaciones al lenguaje y sus posibilidades. Aparecen múltiples anotaciones, estudios sobre temas que le eran fundamentales. Todos estos registros son materia poética y como tales, materia viva.

Con respecto al procedimiento de trabajo de esta selección, es necesario aclarar que toda transcripción es una interpretación y siempre es imprescindible volver a la fuente original, los manuscritos. Estas versiones intentan ser fieles a los originales, pero pese a toda intención no dejan de ser interpretaciones. En algunos de los poemas del legado, recogidos con anterioridad en antologías, surgieron interpretaciones erradas o alteraciones que se arrastraron de una publicación a otra. Cada intervención en el proceso genera nuevas alteraciones. Es decisión de quien transcribe el incluir o no los versos tachados por la autora. La decisión de excluir esos versos aportaría con una versión más cercana a la voluntad de la poeta, pero

esos versos eliminados podrían resultar relevantes en la lectura y comprensión del poema.

Otro asunto significativo son los detalles. La poesía reside en los detalles. No es lo mismo una palabra en singular o en plural, en masculino o en femenino. Resultan cuestionables aquellas transcripciones que operan una censura velada, al cambiar una palabra por su sinónimo, al eliminar una palabra que se reitera, o al desechar versos o estrofas completas porque el compilador, investigador, intérprete, se siente incómodo por un contenido demasiado explícito o por versos que le resultan incoherentes por acercarse a un misterio inefable. Algunas versiones publicadas parecieran escritas por la estatua de Gabriela Mistral y distan bastante del espíritu original de los poemas. Mantener la fuente inalterada es respetar y valorar.

El orden no es temático, rescata un flujo poético cadencioso, en tránsito por los distintos asuntos del imaginario mistraliano. Dentro de ese flujo, destacan textos que son singularidades, como el poema “Para Doris”, que refleja el espíritu de este conjunto: “Me pasa que cuando llego/ al cuarto de Doris Dana,/ el cuarto está que rebosa/ de juguetes, niños y algas”. Da cuenta de un diálogo creativo y cotidiano, una escritura que convive con la de Dana: “y son los cuentos de Doris/ cinco niñas fabuladas,/ tan vivas que de lo vivas/ se echan a andar, alocadas”.

En este conjunto, Gabriela Mistral se adentra en las profundidades de Lucila, en los fantasmas que van a su lado por el mundo. En diferentes poemas percibimos la importancia de estas presencias, la ausencia del padre, de la madre, de la matriarca que aparece en el poema “Las cuatro”: “Si te fallásemos, matriarca,/ no volveremos hacia tu

piedra/ y no cruzaremos la guardia/ que hace tu bosque de abetos”. En el poema “Mi cuerpo”, Gabriela se vuelve una con el cuerpo de su abuela y se deja guiar por ella: “El eucalipto de su cuerpo/ y de su alma me dio mi abuela [...]. Pero mejor si no lo tengo/ y si es tu cuerpo quien me lleva,/ como el dejo de tu lengua, /vieja santa, boca de salmo,/ estampa buena para eterna,/ metal hermoso de Atacama,/ Isabel mía Villanueva”.

La figura del hijo se asoma una y otra vez, y deja su eco en varios poemas que quedaron sin publicar. Un caso especial es el poema “Nacimiento”. Da luces claras sobre el hijo, la maternidad y el parto: “Hay una carne nueva y el nuevo/ vagido parte en la madrugada./ Hay unos lienzos agitados,/ en la humedad de la mañana./ Blanca el alba que oye el vapor/ y la madre más que ella blanca”. En “Tiempo del juego”, surge la historia asociada al niño, las posibles respuestas a las hipotéticas preguntas acerca de su origen: “Como la egipcia/ recogeré al niño/ y será su nombre:/ hijo de la sangre./ Jugará a mis pies/ con piedras y arena,/ y a los que le encuentren/ algún parecido,/ les diré: a nadie/ se parece el niño,/ hijo perdido y hallado/ en oscuro río./ Con hojitas secas/ jugará a mis pies/ mientras murmura mi sangre”.

En estos poemas hay mucho de sueño y de revelación, de la Gabriela Mistral que se ocultaba por temor a ser incomprendida, acusada de loca o de bruja, y volverse objeto de burlas, o que se guardaba por proteger algo que le era muy valioso. “Su ideología fue tachada de pagana por los católicos y de beata por los masones”, señaló Doris Dana en aquella entrevista. Muchas veces se encontraba sola allí. Habitaba con frecuencia en ese territorio, un plano de la existencia más sutil, donde los límites entre vigilia

y sueño, cordura y locura, no están marcados. No es posible habitar en ellos sin anular esas fronteras y, como bien reflejan las impresiones de su albacea, Gabriela “no tenía noción ni del espacio ni del tiempo”.

En cualquier caso, la llegada del Legado de Gabriela Mistral a Chile cumple con el anhelo de la extranjera de retornar a su tierra. “Salgo de alba por los caminos./ bato la enseña de mi cuerpo./ Grito mi nombre, dardo rápido,/ piedra hondeada, nombre extranjero [...]. Pies míos, lealtad mía,/ vamos bajando a valles nuestros,/ y en las tierras que son felices/ llevad mi cuerpo vivo o muerto”.

Gustavo Barrera Calderón

I

P O E M A S

D E L

L E G A D O

Hermano de Martí, gran viejo doloroso,
al que escuché una tarde honda e inolvidable:
Miro mi mar Pacífico —de azul inacabable—
y siento que sobre él me viene tu sollozo.

Y te digo: en tu frente, de dolor tajeada,
vimos sufrir tu pueblo, y en tu voz escuchamos
correr sus anchas lágrimas; para siempre lo amamos,
y aquel que le tortura ve nuestra alma irritada.

Aquel que te acuchilla, con nostalgia y destierro,
tiene que comprender que la hora del tirano
no es esta hora divina de las unidas manos
quemantes, que derriten el más tremendo hierro.

Es hora de amor para la América española,
donde Martí, hecho polvo, aún exhala ambrosía
y tiene aún resplandor para encender el día
sobre sus islas o darles lecho de olas.

Te vimos de dolor la cabeza vencida;
te vimos de amargura los ojos anegados;
y estamos contra el fuerte, que hiere los costados
de tu isla —y gotear vemos su mano enrojecida.

¹¹ Carta a Federico Henríquez y Carvajal, rector de la Universidad de Santo Domingo, presidente de la Academia Dominicana de Historia, amigo testamentario de José Martí y director durante años de la revista *Clío*. (N. de los Eds.).

Pasarán sus ejércitos y crecerá la hierba
por las sendas, e irán sobre ellas tus canciones,
oreando largamente sangre de corazones,
y lavando a la tierra que un minuto fue sierva...

Santiago de Chile, 15 de julio de 1921

EL CORAZÓN

Viña fresca y metálica,
la de racimos rojos,
tengo mejor racimo
que me adensa los ojos.

En l'áspera hora ardiente
mi corazón de sangre
se exprime, fresco y vivo,
debajo de mi carne.

Tuvo lagar infame
y cruel exprimidura:
mi racimo profundo
es más roja hermosura.

Ve si tu negra cepa
de fuego retorcido
me da un racimo nuevo
para que arda mi vida.

Un racimo de fuego
que queme mi garganta.
Mi sangre como copa
del ansia se levanta.

LA NOCHE (DE MIGUEL ÁNGEL)

Vencida la cabeza como un fruto
duerme la noche en apaciguamiento.
Delante el derramado firmamento,
todo el cuerpo ofrecido en un tributo.

Repone el seno en dos granadas fuertes
y son las trenzas un derramamiento.
Tienen los párpados el vencimiento:
de las duras violetas de la muerte.

El mundo duerme en clara paz, regido
del ritmo lento de sus grandes venas.
Y está la carne abandonada llena
de resplandor, de eternidad y olvido.

Florencia, 1924

M E D I O D Í A¹²

Hincho mi corazón para que entre
como cascada ardiente el universo.
Y entre la creación y su hendidura
me deja sin aliento.
Me quejo como larga ruta henchida,
gimo de contenerlo.

Y el universo se suaviza todo
en mí, tal como el aire prisionero
en la paloma, debajo del cuello.

La comunión me quema;
blanca estoy sustentando lo tremendo.
Los crisoles se funden
sin tener este fuego.

Florencia, 1924

¹² Parte del inicio de este poema, apareció en *Lagar* (1954) como “Amanecer”, abriendo la sección Tiempo. (N. de los Eds.).

Se ha secado mi mano como
en la áspera siesta la resina
y la aceituna negra en el verano.

Yo no sostuve en ella
la guirnalda goteante de la dicha
ni la horadó el amor como una estrella.

Un día al despertar yo la he mirado
seca como la uva en el otoño,
como el lagar vaciado.

Y la dejo caer dura e inerte.
No alzaré en ella frutos coloreados.
(Recójanla los cestos de la muerte).

No sostendré la copa luminosa
ni la frente de un hijo.
(Recójanla los cestos de la muerte).

Florencia, 1924

¹³ En enero de 1925, Gabriela Mistral fue invitada a La Coruña por el escritor uruguayo Julio J. Casal, director de la revista coruñesa *Alfar*, que difundió a poetas o prosistas latinoamericanos. Mistral pronunció su conferencia “Los motivos de San Francisco” y luego leyó tres poemas escritos en Florencia, en 1924, que se publicarían en la revista *Alfar* (nº 16, de enero de 1925) en sus primeras versiones con los títulos de “La rosa”, “Doble tesoro”, ambos recogidos en *Tala*, aunque el segundo como “Riqueza”, y “La mano”, inédito en libro. Julio J. Casal, *Antología Prosa y poesía*. Selección de Julio Casal Muñoz. Montevideo: Biblioteca Alfar, 1966. (N. de los Eds.).

C A N C I Ó N D E M A R I N E R O S¹⁴

Al mar arroja, como el rey su copa,
lo que la vida te haya dado:
tesoro de memoria pudre el pecho,
pone grávido tu costado.

Todos los marineros tienen rostro
de proas duras y dichosas:
arrojaron al mar como una copa
setenta vidas dolorosas...

Cae la copa de oro como un pétalo,
y no se quiebra ni la estela.
¡Ah, qué lejos quedaste en una hora!
¡Qué desnudo tu barco vuela!

Se envenene el tritón con su amargura,
la muerda la sirena loca.
La sal del viento que hace heroicas velas,
endurece también tu boca.

¡Hay el mar, hay los mares cantadores!
—dulces, canos o fieros—.
¡Los que trizaron copas en la tierra
se vuelvan marineros!

Los duros hacen un chocar de escudos.
Sube un olor de belfos luchadores.

¹⁴ Publicado en el diario *El Mercurio*, el 20 de julio de 1924. También en *Gabriela anda por el mundo...* Selección y prólogo Roque Esteban Scarpa. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1978. (N. de los Eds.).

Los mares verdes tienen las praderas
de las salobres flores.

Y los glaciales, mudos te apacentan
en prados de témpanos vivos,
y alguna noche en la blancura unánime,
¡con palidez de amor te hacen cautivo!

Ni las canciones siguen por los mares,
como gritar de alciones.

Las arrebata el viento de las bocas,
cual las islas atrás se quedan rotas,
¡y otras suben del mar como tritones!

Nápoles, junio de 1924

Os traigo en voz cansada repecho de montaña
andina, la que deja quemadas las entrañas
y mexicana luz en el ojo agrandado
de maravilla sobre mi Anáhuac dorado.

Hombres que trabajáis con el verso y la prosa,
cual trabaja el silencio en la profunda rosa
y mis mineros en el cobre apasionado,
tengo una gracia para estar a vuestro lado:

He enseñado a leer a gente americana,
amasando verdad en lengua castellana.
Dije mi Garcilaso y mi Santa Teresa,
sacando de Castilla la norma de belleza.

Y he dicho al descastado que destiñe lo nuestro
que en español es más profundo el Padre Nuestro.
Pero eso fue faena fácil de criatura:
carrera de venado por la propia llanura.

No ha sido hazaña amar el habla de Castilla,
para que yo reciba siesta de maravilla
partiendo vuestro pan de migas generosa,
gozando vuestra fruta como la azteca diosa.

¹⁵ Poema leído por Gabriela Mistral en el homenaje que el PEN Club de Madrid le dedicó, con ocasión de la visita que ella hizo a España a finales del invierno europeo de 1924, y publicado en el diario *El Sol*, el 17 de diciembre de 1924. (N. de los Eds.).

Ronda de amigos cíñeme en un cinturón fresco;
no tengo que contarles cuento miliunachesco,
sino este de mi América cual Gengis Kan lejano,
que cuando se despierta tiene la cotidiana
invitación del norte, y que se acuesta hispana!

Sigue hispana mi América, que mira indiferente
vaciarse los navíos sobre su continente,
porque en la carne derramada por sus villas
continuara cuajando inéditas Castillas;
hispana por su aliento puro de pestilencia
de feria, y porque es lenta, cargada de conciencia.

Yo traigo hacia vosotros los atentos sentidos,
el ojo mira, lento; el empinado oído
escucha y como nunca son vivas las potencias
que van palpando a España, grave de reverencia.

Ya vi los olivares hondos de Valldemossa
poner meditación en la mar jubilosa,
y entendí que es la norma de vosotros la mía:
platearnos la dicha con la melancolía.

Y cruzando Castilla la miré tajeada
de sed como mi lengua; como la volteadura
de mis entrañas era su ancha desolladura.
Soy vuestra, y ardo dentro de la España apasionada
como el diente en el rojo millón de la granada.

Os fue dada por Dios una virtud tremenda:
el ganar el botín y abandonar la tienda;
perder supieron solo España y Jesucristo,
y el mundo todavía no aprende lo que ha visto.

Sobre la tierra dura yo os amo, perdedores,
que nos miráis con limpios ojos perdonadores.
¡Qué dignas son las manos en desposeimiento!
¡Qué tranquilo costado sin épico erguimiento!

Serenos escucháis en la gruta ceñida
del corazón, caer la gota de la vida.
En esta hora espesa de los violentadores,
fétida de codicia, yo amo a los perdedores.

Palabra de mujer dijo de mi existencia,
garganta vasca donde conozco mi ascendencia.
Yo alabo, respondiendo, la anchura de su casa
que tiene el buen calor de la profunda brasa,
la luz para gozar la cara de la amiga
y el gran silencio para que duerma la fatiga.

Su casa es la virtud del aceite precioso,
potente por la esencia y al tacto bondadoso.
La dueña abrió la casa sin preguntarme nada:
¡como el aceite, que es la piedad, sea loada!

C A N C I Ó N D E M E D I A N O C H E¹⁶

Insigne silencio, y el alma más tensa que el arco crujiente:
perfecto silencio de gruta que espera a la marejada;
más perfecto: como el primer minuto que sigue a la muerte;
silencio de fuego, madura la vida lo mismo que fruta.

Yo espero con ojo clavado en la entraña densa de la noche,
con ojo de búho que tiene de piedra los párpados,
el signo, el que traza sobre las estrellas de la gran medianoche,
la mueca que vieron Ana e Isaías, “los otros sin sueño”.

Yo oiré cantar la vieja palabra, de pesada gota,
que cae del cielo como una gran lágrima a la medianoche;
es callada y quema lo mismo que la callada escarcha;
cae al corazón, calcina la carne lo mismo que el rayo.

Pastores la vieron, la llaman desde entonces monstruoso
rocío;
al caer dejó sobre la pradera una ancha calvicie,
y cuando en el campo cayó sobre un hombre que manso
dormía,
volteó sus entrañas y mudó sus huesos por la eternidad.

Madre medianoche, madre mía grande, mayor que la muerte,
dentro de tu gruta profunda yo espero la cita temblando,
la tremenda cita con Dios, que me ha dicho que le miraría;
de su ansia palpito como los venados chocando mis huesos.

Cara a las estrellas que tiemblan fundiéndose como una
gran tienda,
la señal aguardo para incorporarme cuando Dios pase,
y yo, cual Moisés, mire sus espaldas, las de rojo blanco,
y caiga en mi boca la escarcha de fuego que troncha y mata.
Alta medianoche, madre mía, escúchame: ¡ay, deja que sea!

Desdeñarás tu habla que nunca te ha aplacado;
 no amarás como a un hijo el canto que entregaste.
 En cada uno de ellos, hombre, te traicionaste
 entregando un mensaje que no era el esperado.

Mejor expresa al alma del granado su fruta
 de frenesí; mejor la pluma azafranada
 del faisán rojo dice Persias desesperadas
 y mejor dice el polvo la gran sed de la ruta.

Y mejor todavía la madreperla dura,
 tornasolada como los ojos de Proteo,
 y la medusa que muda como el deseo
 dicen al mar y son filiales criaturas.

Hiciste tu palabra con tu carne más roja
 y te dolió arrancar la almendra ensangrentada
 como vaciar la médula de los huesos volteada.
 Pero fuera de ti tu canción fue tu mofa.

No tiembla como tiembla tu boca con jadeos
 y no entrega la rima tu entrechocar de dientes.
 Se muere el canto como la salamandra ardiente
 saliendo de tu entraña torcida de deseo.

Bruselas, 1926

¹⁷ Versión completa de este poema escrito en Bélgica en 1926. (N. de los Eds.).

Manos sueltas en la niebla,
largas manos tanteadoras,
quisieron coger el mundo
por su mejilla que es redonda,
pero era duro el mundo y ellas
cayeron como manos rotas.

Brazos largos de la niebla,
brazos de una danzadora,
se abandonan sobre las catedrales
como sobre madres hermosas
y resbalan por las agujas
las quimeras dolorosas.

Cabelleras de la niebla,
Melisandas silenciosas,
quisieron vestir las montañas
brutales, inmensas y sobrias,
y resbalaron como aceites,
y otra vez las dejaron solas.

Manos mías como la niebla,
brazos míos como la niebla,
vida mía como la niebla,
todo lo tocasteis, piadosas,
tuvistéis el mundo una hora,
pero abandonasteis las torres
y las cordilleras heroicas,

porque solo las vagabundas
y las mendigas son hermosas.

Bruselas, marzo de 1926

Como una leche densa va el sueño por mis venas.
Mi frente cae en una gran alga amodorrada
y cada sien es como una esponja pesada.
Mi cuerpo no conoce otro más dueño que este.

Como si nunca hubiera subido las pendientes
con las cabras vivaces, como si nunca hubiera
quebrado el impetuoso cerezo en primavera
ni trenzado la danza con tobillos ardientes.

Si desciende la cobra en mis oídos juega
su lengua sonrosada de madreselva abierta,
lame el oído absorta como la concha muerta
y perderá mi alma el mensaje que entrega.

Y perderé, si cae el glacial suspendido
sobre mí como un párpado su blanco vencimiento,
y no oiré en su cuarzo mi propio envolvimiento
que como Sara, soy blancura, sal y olvido.

1926

LAS VÍRGENES DE LAS ROCAS, DE D'ANNUNZIO¹⁸

I. DICE ANATOLIA

Yo traje tanta sangre en mis anchas arterias
que a veces todo cántame tal como un mar glorioso.
Sobre mi forma nada recuerda la miseria
de la Eva maldecida, de flanco doloroso.

Cuando miro los árboles sus savias alígero
y se me vuelven como vivos los paisajes
al pasar. Si el morir del crepúsculo espero,
se demora en el cielo más sangriento el celaje.

Yo volteo en los nidos huevecillos pintados
y azules, y apresura el calor de mi mano
el impulso dormido: a mi pecho apegados,
un mirlo y una tórtola nacieron “más temprano”...

Los ríos de los trópicos van a la mar llevando
las islas como flores, los árboles cual lianas,
y en extraño silencio la selva van pasando:
así cruzo magnífica las llanuras humanas.

Yo pintaría al mundo cual lomo de leopardo,
con rojas y sombrías pinceladas ardientes,
si el mundo se quisiera inclinar como frente
sobre mi corazón, cuando de sueños ardo.

¹⁸ Publicado inicialmente en *El Nuevo Tiempo Literario*, Bogotá, 7 de enero de 1927. (N. de los Eds.).

Pero toda mi vida se me esponjó en un nudo
sobre mi boca, para el beso que daría;
y el beso está en mis labios, fijo, quemante y mudo,
como el sol está al centro del cielo al mediodía.

Y muero de la vida que se hace dolorosa
en mí como la savia se hace en la rosa herida.
Tres mil años la tierra preparó en mí a la esposa,
¡y pasa sin tocarme el río de la vida!

III. DICE MASSIMILIA

Yo tengo el alma dulce de aquellas que nacieron
para ser el tapiz en que un sueño reposa:
todas las cosas dóciles el alma me tejieron,
la fontana y el árbol, el lucero y la rosa.

Están los musgos hondos en mi pecho extendidos,
y el pétalo redondo de la magnolia toma
su forma en mis rodillas. El mundo en mis sentidos
se dulcifica como los ojos en la loma.

Mi parentesco se halla entre las criaturas
que son como guirnaldas y aguardan una frente:
yo soy como la grama quemada de ternura
o los juncos tendidos de amor sobre la fuente.
Gusto de aquellas tardes más humildes, que acaban
como una lamedura violeta en la colina
y de esos manantiales que eternamente alaban
a un genio cruel que nunca a sus labios se inclina.

Cargada de ternura desciende mi mirada
a un regazo baldío, que en las noches de luna
bebe un rayo como hijo para fingirse cuna;
en mis sueños soy madre, pero es pura mi almohada.

Les envidio a las hiedras su desmayo en el muro,
porque mi cuerpo sufre de caminar erguido
y envidio a los nenúfares su reposar seguro
sobre el lago en que solo son un níveo latido.

En mi rostro inclinado la voluntad no tiene
su endurecimiento, y es mi sueño dichoso
ser el trigo rendido, que forma no retiene,
para que como el viento en mí juegue el esposo.

Yo he vivido en un mundo que no entiende la ofrenda,
las manos sobre el pecho, el párpado caído
y el oído expectante al borde de la senda:
¡y mi dueño ha pasado y no me ha conocido!

Y yo para ser suya mirada no tuviera;
él “me dijese el mundo”, “la tierra me contase”:
su suspiro más leve que mi amor no le fuera,
la sangre por su cuerpo más dulce no pasase.

Mi actitud es de copa hacia un labio inclinada
que tiene el agua sobre su borde suspendida;
con un aliento solo puede ser derramada,
¡mas retienen su soplo los labios de la vida!

Aquí en un olivar de la Provenza
saltó a mi ojo la anciana sentada,
vieja de la tarde que lame su cara,
vieja de la mano con que ha mondado
frutos y frutos,
vieja del olivar que es vieja de un año.
Y yo le dije: ¿es bueno envejecer?
Tú no tienes pena tendida en la boca.
Caen tus brazos como cansados
de un abrazo muy largo.
Y el aceite te gana
la canción, que ni mueve tu cara.
¿Te llamaste María como las que son puras?
¿Te llamaste Alejandra como las fuertes?
Sigues sentada cantando
no sé si de costumbre o de dulzura.
Y yo ignoro si nombras cantando
lo que tuviste o lo que no alcanzaste.
¿Es bueno envejecer bajo un olivo?
Cantas indiferente, cantas
sin aupadura de frenesí ni látigo de gozo;
no sé si dices otro país o este país,
el Ródano que baja de pie como un rey
o el cuadro de tu sepultura
en que recortas el césped tú misma
con los que haces tus palmas perfectas.

¹⁹ Publicado en *El Tiempo*, Lecturas Dominicales, Bogotá, 15 de julio de 1928. (N. de los Eds.).

Ella seguía cantando
entre el Ródano vivo y la Camarga muerta.
Volvió la cara y me miró sin verme:
—Canto palabras, digo palabras
porque he olvidado lo que he vivido.
No sé dónde estuve, no sé lo que hice,
no sé qué vuelos de faisanes rojos
se ha quedado en mis ojos parado,
ni por qué estoy entre el Ródano con la Camarga.
Sigue mellando su cantilena
como el diente del forzado
su canción ni vence ni acaba.
Le ayudo y le nombro países;
me siento y le cuento sucesos;
junto y le entrego nombres de mujeres.
—Así no era —dice su cuello.
Y cuando todos han pasado, dígole
el nombre mío. Me mira y grita:
—¡Así me llamaban, así me llamaban!
Y yo le hablo de ella y con los olivos se va despertando,
despierta la boca, el seno y la rodilla;
la voluntad el cuello endereza
y se le llenan de pueblos los ojos.
Después que sabe se queda cantando
lo mismo que antes, sin nombre en el canto,
de país, de mar ni de criatura.
Y suelta una a una las cosas
que yo le fui poniendo en el regazo:
semblantes, cerros y ríos...
Así cantará de nuevo treinta años
hasta que olvide cuánto le he entregado
debajo de un olivo cargado de nudos de aceite

que entra en su canción que por él lamida
ni mueve su pecho ni mueve su cara.
Entre el Ródano vivo y la Camarga muerta.

París, 1928

Noble es el grave aceite provenzal
 que corre por el aire y por el suelo.
 Vivir me mira lento con su ojo caliente
 y dorado de halcón, me está diciendo
 que el mundo es rico, permanente y suave:
 dorada enjundia del Dios sempiterno.

Bueno es el vino del lagar profundo
 a donde caen los ocasos muertos.
 El vino de Booz, rosado tuétano,
 que para Ruth volvió sus ojos bellos
 y el de Mistral que lo bebía como
 leche de Arlés tomada por el fuego.

Bueno es el pan, los panes conocidos,
 el quemado como indio oaxaqueño;
 el breve y el oscuro como almeja,
 y el sin color, que siendo así es más tierno,
 y cuyo sabor enternece al violento.
 Pienso en todos los panes que he comido
 y yo me fundo de agradecimiento.
 He segado y tenido trigo de otros
 en mesa ajena como un dios su diezmo
 y el recuerdo vetea mis entrañas
 en veta larga de una miel de fuego.

Buenas son las naranjas de los siete soles gozados:
 naranja de Elqui que es mi misma piel;
 naranja de Uruapán cuyo aliento
 si lo recuerdo me rejuvenece;

naranja de Arlés que yo acuesto en lienzo
y da un olor de Sulamita vieja,
en que me duermo y en el que despierto.

Aceite, vino y pan y fruta.
También yo con el viejo quechua quiero
ser tocada en las sienes y en los pies
de las materias sacramentales,
y que ellas pesen en mis huesos todos
como el perro leal que yo no tengo,
y el hermano viril que no me dieron,
y el amante leal que se me ha muerto.

Hacia 1928

M A R D E E N T R A Ñ A

Mar de entraña azotada,
padre de mi pasión,
en juegos de blancura,
lazo y enlazador.

En mi cuerpo tus olas
sacan tu resplandor.
Tu aleluya en mi oreja,
tu sal en mi sabor.

Junto a ti diez años,
pero contigo no,
mientras no me entregues
toda tu confesión.

Si has de acabarte
y sabes tu consumación,
si en la oreja te echaron
la misma maldición.

Mar soplado del mismo
creador, mi creador,
mar sin pecado
o como nosotros pecador.

Yo te canto y te canto
gozo y exultación,
pero yo no te abrazo
con abrazo de unión.

Mientras no me digas
en una contorsión
si tú estás condenado
de mi condenación.

Mar hermoso de ver
como el perfecto amor,
mar mejor que este mundo,
mar joven y en sazón,
mar que comprende hambre,
embriaguez y estupor.

Mar que lo mucho sabes,
yo te lo enseño, yo.
Hermanos son los hijos
de la misma aflicción,
los que prestadas tienen
la forma con la voz,
los que duermen un día
en el mismo sopor
y su garganta pierden
antes de su canción.

Cuando cierra la noche
y quedamos los dos
como la loba muda
y el lobo aullador.

Cuéntame si tú sabes
aquellos que yo sé:
corrupción de mi boca
y de mi corazón,
corrupción de mi madre
y del que me besó.

Mar que echas testimonio
de la red y del arpón,
yo junto tus semblantes
en medusa y alción,
te junto los colores
en valva y caracol.

Pero no me has echado nunca
la última confesión
en un ángel marino
o en pulpo fiador:
si vas a quedarte quieto
como tu pescador,
como tu luna blanca
y tu hombre alabador.

Alianza de nosotros
y nudo de aflicción,
cuando sepa tu suerte
mi propio corazón
y entienda que la tuya
es mi flagelación,
y aullemos a lo eterno
con igual maldición.

Ni la Antígona fuerte
ni tu Cordelia soy
mientras no me confieses
mi misma humillación
de que un poco de ti
se pudre bajo el sol,
de que la entraña tuya
será disolución

como la madre mía,
como el que me besó.

Yo busco en la hora lívida
para consolador
al otro que está herido
por la misma traición,
al que va a evaporarse
bajo un mismo sol,
al llamado del silbo engañador,
al que será robado de su lecho
sin bulto de ladrón,
que odian al mar sin muerte,
al mar sin corrupción,
al mar que de los muertos
es el echador,
el hijo sin derrotas
de los hijos de Dios.

Junto a ti diez años,
pero contigo no,
mientras no me entregues
al fin tu confesión.

Cavi, julio de 1930

Del plenilunio me arrancaron
y bajé a la gruta de plata,
sin pedirla ni quererla,
y sin verle la cara al ladrón.

La gruta era blanca, blanca
mejor que la luna y mejor
que el lino de su lino absorto.
Tan blanca que me ennegrecía
cuanto blanco yo dejé afuera:
claros niños de amigos,
jazmín de mayo
y mayólicas familiares.

Tan bella que estaba pasmada
de ella misma y que no podría
si saltase y subiese al mundo,
amar las cosas sus hermanas
que tienen color y de él viven,
y se mueren de su color.

Mi cuerpo se volvió de plata
y yo me lo vi en ella misma
que era ella y era mi espejo,
y me di gozo y me di miedo
de aprenderme blanca y cabal.
como en los mares de mi Dios
antes de ser varada en esta orilla.

La gruta había todo el cuerpo
hecho la mirada de un búho blanco

y yo hurtándome al búho quieto
me hallaba en tapiz de ojos blancos.
Mirándome en los cien azogues,
blanca como la escarcha pura,
siendo yo misma mi ceniza,
pensando mi viejo cuerpo
por no olvidarlo y retenerlo.
Olvidándose él se sumía
en la mar blanca sin dejarme
cuerpo con que salvarme y huir.

La blancura quieta avanzaba
en mí como ola de olvido
y yo iba entregándolo todo:
cerros rojos, mares verdes
y grecas pintadas del mundo.
Las cosas que me hacen dichosa,
montón morado de la piedra,
mejilla viva de mi fruta,
sangría de fucsia y corales.
Y después ya no hubo más.
Mis ojos fueron blanqueando
y mis ojos con mi memoria
fueron de Sara, yeso o sal.

Entonces en blancura única,
sin bordes de ningún color
y con mi vida concedida,
ella y yo una como la mano
sobre la mano, me dormí,
medalla comida del cobre,
flecha muerta dentro de su aljaba.

Quién me sacó yo no lo sé.
Alguien del mundo que me amaba,
que pensó en mi cara roja de antes,
en mi cabellera quemada
y que me levantó de mi muerte.

Pero me duele ahora el ocaso
con su punzada de Longinos
y no amo ver saltar el sol.
Me gusta ahora el plenilunio
como el pecado cometido
y como patria abandonada.
Y los que muerta me lloraron
me levantan cuando miro
esta luna que me raptó.
Toman mi cuerpo, abren mi casa
y echan detrás de mí siete cerrojos.

Nueva York, 9 de enero de 1931

Estuve en gruta de azabache
y por qué entré yo no lo sé,
si fui beoda de algún vino
o mi Dios me abandonó.

En la ancha gruta de azabache
perdí la cara de mi madre
y mis gestos hijos de Cristo,
y no fui más, y no fui más.

Más negra era de lo que ha sido
nunca la almendra de la noche
y más que el último sarcófago
del rey fajado en diez sarcófagos.

Tan sombría que me costaba
pensar su perfecta negrura
y pensarla más me dolía
que caminar dentro de ella
y sufrir su puño sellado.

Cosas tocaba, verdaderas,
facciones de la piedra, musgos
piadosos y vegetaciones.
Pero ninguna me miraba
y como no podían verme
ni me odiaban ni me querían.
Y siendo mías eran sin dueño.

²⁰ Transcribimos igualmente del Legado esta otra versión del mismo tema.

Mi apetito de ver el mundo
en el que resbaló mi vida,
era tan grande como mi hambre
de mirar a mi madre muerta
y de volver a ver a mi amante.

Alguna que no sé nombrar,
porque es la luz la nombradora,
negra como ella me guiaba
con su mano y su brazo negros.

Y con nuestros cuerpos de tinta
abríamos el mar sombrío
sin llegar al semillón negro
donde lo negro se vencía.

Me puse a cantar la negrura
como quien paga barca o puente
para pasar a la otra orilla
a hacer sonar rescate mío
con mi voz de Débora esclava,
por si quería ser cantada
la infeliz como las felices
aman que las cante un cantor.

Me puse a hacer sus letanías,
letanías nunca cantadas
por boca que ama el sol
como a su padre y a su madre,
y está amasada de bronce
desde su sien a su última médula.

Canté dulce y perdidamente,
mi propia voz me conmovía
y me devolvía mi pena
como un disco que vuelve al pecho
haciéndome llorar cantando.

Canté la última negrura,
la destilada de las otras:
aceituna, fierro y betún,
afrentas de mirlo y cuervo,
como si ella fuera mi patria
y nunca hubiese habido el sol.
Como si odiase peras de oro
y olvidara piel de los niños,
y trigos de estío vencidos.

La gruta fue como fundiéndose
lo mismo que si madurara
y entregase su hueso intruso,
materna, madura y vencida.

La que del brazo me llevaba
se fue quedando a mis espaldas.
Vi mi piel saltar como pez,
vi mis rodillas, vi mis manos.

Y al salir desmayé en el sol
como en el hombro de un amante,
cegada y loca de su belleza
y la dicha mía abrazadas juntas.

Pagaré el diezmo de la muerte
como la hija de Jairo y Lázaro,
pero ya sé perder mi cuerpo
y perder conmigo este mundo.

Nueva York, 1931

No era tampoco la fuente
piel de oro y arena de oro,
vientre de oro y ceja de oro.

Y dijo que era la fuente;
dijo brillando, dijo cantando,
dijo estando sobre el camino,
a cuatro pasos de la sed
y a ningún paso de mi vista.

Dijo que era la verdadera
fuente a cada uno prometida,
al hocico de la gacela
como a los belfos del zorrillo.

Y en la fábula de mi infancia
era la misma, era la misma,
piel de oro y fondo de oro,
vientre de oro y ceja de oro.

Con tanto oro que no vi más,
cuerpo mío de viejo esparto,
cara mía de vieja lava
y mis ropas de algas rotas.

²¹ Aunque la primera versión de este poema apareció en la revista *Atenea*, de Concepción, nº 101, de septiembre de 1933, la versión que copiamos, más completa, fue hallada en el Legado de GM, escrita en máquina de escribir. También se encuentra en *Reino*. Gastón von dem Busche (rec.). Valparaíso: EUV/UCV, 1983; y en *Gabriela Mistral en verso y prosa. Antología*. Lima, Perú: RAE y Asociación de Academias de la Lengua Española/Santillana Ediciones, 2010. (N. de los Eds.).

Sino el cenit lloviendo oro
y el oro rindiendo mis párpados,
azogue de oro tiritando
en el légamo de mis entrañas,
y mi cara bebiendo el oro,
y las hebras rayando el pecho.

Yo sé que las fuentes de oro
siguen y cantan en otra parte,
también por mí, también por mí,
hija de Dios y su heredera;
que son tantas como los hombres
las fuentes de oro, las fuentes de oro,
y yo tengo mi sorbo de oro,
como el ciervo y como el zorrillo.

Y sé que la mía está lejos
en esta misma hora cantando:
“Soy la fuente de oro de aquella
suya desde la eternidad”.

Mas antes de llegar a ella
yo me cansé de gran cansancio,
me relajé por el engaño,
tomé el odio de su color
y su color ya me es injuria.

Oro épico, oro brutal,
oro de las cosas eternas,
ofensor de mis ojos tristes,
cuya ofensa no más olvido.

Siguen las fuentes, siguen las fuentes,
muy combadas y muy divinas,
muy gayas y muy ofrecidas.

Pero lo que iba ya no va,
porque es raza de un solo engaño
y una sola loca jornada,
y no más que de una derrota.

La última, que era la mía
—vientre de oro y guiño de oro,
sonar de oro y tacto de oro—,
que no me espere inútilmente
—estíos rápidos, inviernos lentos—
y sepa que quebré mis pies,
y me arranqué también la boca.

Fiesta de fuentes, irrupción
de fuentes en toda la tierra.
Oigo las voces de aleluya,
la carrera como el reparto.

Fuentes de oro, todas son duras,
todas son soberbias y heladas,
no cabe el cuerpo adentro de ellas,
no mojan el pecho como las otras,
no reciben la luz, la tienen,
no agradecen a su guardián
y lo avergüenzan con su esplendor.

Dios no las hizo, que hace lo tierno,
lo mortal y lo jadeante,
Dios no ha hecho nunca a las fuentes
porque solo ha hecho al sediento.

Fuentes de oro, cíngulo de oro,
guiño de oro y tumba de oro.

Nueva York, enero de 1931

Dicen que están floridos
ya los almendros
sobre la cuesta
donde es su reino.

Cien días los llamamos
y se vinieron.
Florecen bruscos,
llegan violentos.

Caminar rápido,
arribar presto.
Ansia de amante
el ansia del almendro.

Prisa de marcha,
cuerpo ligero.
Mientras se tarde
la gracia nos perdemos.

Ya casi huelen
—se vienen en el viento—
y aparece la cuesta
viva de almendros.

Almendros en la tierra
y en el aire almendros,
y el resto de las casas
de sobra dieron.

Toco, miro y respiro
a ojos y alientos,
y corro entre troncos
o paro, y gozo lento.

Me quedo fija.
Te quedas quieto,
clavado de temor
y de deseo.

Tan blanco el sonrosado,
bultos tan tiernos
que unas semanas
nos queman este sueño.

Corta, no cortes.
Toma con ruego.
Tener querría
sin cogerlo el almendro.

Yo me lo corto.
O no, lo dejo.
O iré cortando
a brazadas de ciego.

En tanto blanco
ni sé si puedo.
Va a parecerme
que estoy abriendo el cielo.

Ya los cortamos
y volvemos cubierto.
Y bajaremos
cargando este misterio.

Misterio blanco,
peor secreto:
tanta luz ha caído
que ya no vemos.

Tierra, mi madre,
cuarenta vecesuento,
cuarenta veces
de cortar el almendro.

Lisboa, 1931

CANCIÓN DE CUNA DE LA SANGRE

Duerme, mi sangre única
que así te doblaste,
sangre mía, la partida
en ramas de sangre.

Esponja de mi entraña
retinta en mi sangre
coral mío de cuarenta
semanas de sangre.

Liquen duro y liquen blando
que te ensangrentaste.
Duerme así, con tus sabores
de leche y de sangre.

Hijo mío todavía
sin piñas ni ágapes,
volteando en este pecho
granadas de sangre.

Aun sin la sangre tuya
con prestadas sangres,
durmiendo así tan completo
con solo una sangre.

Cristal dando unos traslúces
y luces, de sangre.
Fanal que alumbría y me alumbría
con mi propia sangre.

Mi semillón soterrado
que te incorporaste.
Estandarte en que se para
y cae mi sangre.

Camina, se aleja y vuelve
a recuperarme.
Juega en la duna, atraviesa
río, y es mi sangre.

Los tributos y los dones
pagarás con sangre,
los soles atribuidos
y que son tu parte.

Soñarás riendo y llorando
sueños con mi sangre,
bailarás y exultarás
con pecho de sangre.

Servirás la tierra tuya
y mía con sangre,
y hasta al Dios que no se nombra
llegarás con sangre.

Duerme sobre tu raíz
sagrada y salvaje,
duerme profundo, que es vieja
mi profunda sangre.

Duerme sin llantos, que fueron
pagados de antes,
cubre el mundo que labraron
tus hombres de sangre.

Bajo el Dios al que adoraron
rodillas de sangre
y espaldas rojas de padres,
y madres de sangre.

El Tiempo, Bogotá, 15 de junio de 1935

La niñita Esther de Oribe
vino de la playa, corriendo vino,
trayendo en la mano apretada
un pescadito.

Abrió la mano y lo dio al padre,
y a cada uno de los amigos.
Su mano estaba llena de escamas,
de salmuera, relumbres y brillos.

La miró la biblioteca,
la miraron los umbrales fijos
y ella corría y ella le daba
a cada cosa el pescadito.

Se llenó de escamas el cuarto
y de un golpe de ola frío.
Emilio habló de los dos mundos;
yo del barco que me ha traído.

La madre pensó en las dunas,
yo en los puertos donde he dormido.
Iba y venía de mesa en mesa
la mano loca y el pececillo.

²² En *Proyecto Preservación y difusión del Legado literario de Gabriela Mistral*, de Magda Arce y Gastón von dem Bussche. Santiago: Editora Zig-Zag, 1993. (N. de los Eds.).

Y era tan azul y blanco,
y tenía tanto frío
que tiritamos y pescamos,
y vimos redes y vimos niños.

Tuvimos los ojos azules
y las manos color cuchillo,
y los costados con aletas;
perdimos pies y cuello erguido.

La locuela salió corriendo
con un pescado color vidrio
y con sus dedos asalmuerados,
y de falda en falda se lo tuvimos.

Después se durmió de golpe
con su donaire cogido,
con su novedad, con sus albricias,
con el océano vuelto hijito.

Las escamas taparon sus ojos,
su almohada, su pecho vivo
y su cama pareció un pez
gris y muerto, en la noche perdido.

A la locuela nadie le hurte
el pez en la ola cogido.
Así dormiría yo alguna noche
que en el mar todavía vivo.

Así me daría a las olas
que en la tierra me ha desprendido,

así yo comía sal,
abismo del mar y destino.

Montevideo, febrero de 1938

Ahora veo de lejos
la vieja piedra de mi casa:
piedra vertical, blanca y morada.
Ya no me cortan esas puertas
ni tengo siesta en el patio,
ni desgrano sus mazorcas,
ni hago el vino y los arropes.

Ya no me llaman los de esa casa
dulce y ácida como el espino,
ni me golpean amándome
y odiándome en igual sopló.

Desde aquí y de cualquier parte
miro y palpo a la casa,
las piedras, el humo, el bulto...
Toda la tengo palpada,
dicha, rezada y cantada.

Tengo conmigo sus ángulos
violetas y su luz cruda,
el olor de lagar abierto
y el manojo de cedrón.
Bendigo sus alimentos
con mi alimento al mediodía
y en la noche de Noel
acompaño lo que ellos cantan,
rezo su golpeado rezo
y llorados tengo sus llantos.

Pero no les llevo mi cara
que hizo la misma leche
ni la curva de mis espaldas
que hizo la misma colina,
ni el columpio de mis rodillas
que florecieron para sus hijos.

Me cansé de que me quisieran
y me odiaran con igual gesto,
de que echasen y me llamasen
y de que sus propios pastos
me lamiesen y magullasen.

Por el humo de su casa,
por el color de los follajes,
por el viento suroeste,
sé cuándo ellos se levantan,
cuándo siembran, cuándo cosechan
y cuándo su carne se duerme.

A veces por la dulce noche
voy a verlos, voy a contarlos
y a oírlos dormir. Voy, voy,
voy no solo con el ansia,
que voy con mi cuerpo entero.
Media noche yo los miro
y oigo sus muchos alientos.
Volteo y beso a sus hijos,
ando por los corredores,
palpo los muros, digo sus nombres:
María, Juana, Alejandro.
Todo lo tomo, nada recojo
y me vuelvo como salí.

Solo que con más memoria,
más tiempo y más eternidad.

Mi casa ya no es mi casa,
pero a la de ellos voy siempre
cuando la noche es muy ciega.
Y no pregunto el camino,
me lo sé al sol y a la luna.
Y no hay cosa que resuene
de mis pisadas nocturnas:
polvo, puente, cristal, hierro,
materia alguna, viento alguno.
Ojeo el cielo ni calofrío de ráfaga.

No sabrán de qué me muero,
cuándo me muero, dónde me muero.
No les voy a hacer velar
las vigilias de mi agonía.
Tampoco juntar mis ojos
con el salmo de mi David
ni cargar mi carne fría.

4 de marzo de 1939

He andado la tierra, la tierra,
tal vez la andaré todavía.
Vine a verla o a encontrarla,
y de andarla no estoy cansada.

Tenía que palparla toda
con las raíces de mis pies
y los brotes de mis hombros
que mandaron a caminarla.

Ah, tierras de higuera y viña,
el olor áspero de esa leche
y el de las uvas restregadas.
En mi alma hay leche de mi madre.
Entre mis dedos gotean de higueras.

Una higuera me cubre siempre,
matriarca y encenizada.
A veces parece ella sola,
a veces ella soy yo misma,
media íntegra y desgarrada,
llena de ímpetu y de derrota.

Me acuerdo en cuanto estoy sola
de esa tierra y de las otras,
de costa pura y salvaje
que me tapaba con líquenes
y me dejó esta empapadura
de agua amarga y de concha de perlas.
Junto los ojos, apuño el alma
y veo las dos mil islas.

No me duelen los pies errantes.
Yodos y gomas los curtieron.
Son más fuertes que toda mi alma
estos pies largos y delgados
de india muda trotadora
que han seguido al alma mía
sin gemir ni devolverse,
blancos, heroicos y mansos.

Les dejo mis pies a los niños,
que les cuenten mis viajes.
Cuenten todo lo que saben
y los hagan dormir con sueños.

No pasé río sin bendecirlo
y no lo pasé por los vados.
Tomada el agua de mis dedos
se me hizo aliada, me miró
y nunca más quiso ahogarme.

Todos los ríos no saben lo mismo,
el más helado es el más santo
y el que no me echó su espuma
me dejó el gesto más turbado.
El cielo será como un río,
pasará por mí eternamente,
me lavará siglos y siglos.

No te he olvidado, hombre de barca
que pasabas a todas las gentes,
y al que pagaban con fruto,
con tabaco o brazada de cañas.

Me cargaste al ponerme en la barca
y mi padre te sonreía.
Hombros duros, habla perdida,
la barca luciendo de peces
y él callado como Jesucristo.
¡Qué me dirías solo mirándome
que yo todavía te veo
y que aún navego en tu barco!

Lleguemos al fin, lleguemos,
que si esto es morir, blanda es la muerte.

8 de noviembre de 1939

EL CLAVEL DEL AIRE

En Brasil lo dan
al que llega o parte,
y le dan su nombre loco
de clavel del aire.

No toca orillas de agua,
la tierra no sabe
y no se seca en sequía
el clavel del aire.

El hortelano no riega
la estrella afable
y arruga ni polvo lleva
el clavel del aire.

Los amantes se lo cortan
con mano de carne
y va volando sobre ellos
en pájaro ángel.

Yo me quiero llevar
commigo en el viaje,
pero en el mar se me muere
mi clavel del aire.

Lo cuento por recogerlo
en hálitos de amor,
pero no se deja y se eleva
el clavel del aire.

Por la pampa de la hierba
y del viento de la fe,
los padres nuestros caminan
cargados de amanecer.
San Martín con O'Higgins
pasan como Abel y Seth;
uno quemado de sales,
el otro abrasado en mies.
Y cuando se les escucha
preguntar o responder,
se les juntan los costados
como a laurel y laurel.
El pampero ni la hierba
triturada de sus pies
saben decir de sus padres
cuál más herido y más fiel.

La vieja pampa sabuesa
obedece su querer
y no les para ni ataja
con monte ni con mies.
Van pasando tan ligeros
como el que no quiere ser
y a más apuran el paso
hierven como el hidromiel.
Hierven la noche y el Plata,
hierve de quererlos ver,

23 Publicado en *La Nación*, Buenos Aires, 1 de noviembre de 1942. (N. de los Eds.).

y los muertos en su jarro
de arcilla hierven también.

Cuando detienen la marcha
en lugar de dos se ve
un solo flanco que ciega
y un agua bajando de él.
Agua con ojos de padre
que hace llorar al beber
y se bebe y más se bebe
en la tremenda embriaguez.

Y retomando la marcha
se van dejando caer
por los quiebros de la noche
orugas de amanecer,
y bayas, y prietas y valvas
que echan luces de través,
y caracoles volteados
a mar que aún no se ve.
La costa se abre en granada
de rutas, al comprender,
y no detiene a sus padres
con duna ni olas de hiel.

Ninguno los vio venir
ni les ve desaparecer
y tejerse y destejerse
a la señal de Miguel.
Suben rayados del alba
cuando el sol les da en la sien
y la tierra se nos queda
como tienda de Ismael.

Carne y carne, puerta y puerta
que vieron y ya no ven
otra vez ahora esperan
en la costa de la sed.

Vueltos a noche y a dunas
aguardan oír y ver
la remada y el despeño
de un petrel y de un petrel.

Petrópolis, octubre de 1942

Mariblanca, tienes razón
y no la tienes, como la santa,
diciendo mejor la pelea
para la hija del que peleaba;
mejor la noche de agua y viento
que la pobre noche guardada;
mejor la ampolla de los yodos
que una hierba sobre la llaga
y Martí ya sin sol ni mar
bajo la palma liberada,
con su pecho huero de canto
cuando la palma ya cantaba.

Petrópolis, 1944

²⁴ Mariblanca Sabas Alomá fue una periodista, feminista y poeta cubana (1901-1983). (N. de los Eds.).

Donde estaba su casa sigue
como si no hubiera ardiido.
Hace lo mismo que hacía
como si nada supiera.
Habla solo la lengua de su alma
y con los que cruzan, ninguna.

Cuando dice pino de Alepo
no dice un árbol que dice un niño
y cuando dice regato
y espejo de oro, dice lo mismo.

Cuando llega la noche cuenta
los tizones de su casa
o enderezando la cabeza
ve en las quiebras del cielo
erguido su pino de Alepo.

(El día vive por su noche
y la noche por su milagro).

Tirada en la tierra parda,
pura como los animales,
entre los tizones que eran
su casa come tiznadas
del incendio sus naranjas.

²⁵ Este poema apareció originalmente en la antología que preparó en francés Roger Caillois para Gallimard: *Poèmes* (1946) y luego traducido para *Lagar* (1954). En el Legado, hallamos esta versión más completa, fechada, y por eso la incluimos aquí. (N. de los Eds.).

En cada árbol endereza
al que acostaron en tierra
y en el fuego de su pecho
lo calienta, lo enrolla, lo estrecha.

16 de octubre de 1944

Los pies de Cristo van por la tierra,
todavía van y no están rendidos.

Van por salinas, van por dunas,
y por peñascales andinos,
y la hoja doble de las huellas
todos alguna vez la han visto.

Van los primeros pies que le dieron
valvas mellizas, caracolillos.
Se oyen y se huelen frescos,
y ponen el aire más vivo.

Los pobres pies del desierto
van de ninguno seguidos,
crepitando calenturientos
como en el horno y los ladrillos.

Los pies ligeros que lo llevaron
como sin sangre y sin vestidos
a dar las bienaventuranzas
pasan también, y los cuenta el oído.

Y los que pasan y suben siempre
y no llegan, según los pinos,
y no pueden más, pero pueden,
ovillos de sangre y porfiados carrizos,
son los pies del sexto día
hechos y deshechos... fallidos.

Los he oído cincuenta años,
los oí con dolor y sin grito.
Ahora, ahora, ya no puedo
escucharlos ni seguirlos.
Alfabeto de sangre que sube
y a sus espaldas Sion sin sentidos.

Ahora envejezco y con la ceniza
cayendo a mi cara como el granizo,
pido seguirle en la noche
sus pasos blancos y locos niños.

Y a lo largo del lento día
y de la noche más lenta que el pino,
quiero oír que pasen y repasen
solo sus pasos de Dios y de niño.

Y entre los dos pasos que yo le cuente,
pase uno del muerto mío,
en turno que nunca se acaba
así con su marcha tejidos.

Quiero oír solo esa marcha,
esa cascada y ese molino,
cuando amanece y tomo el mundo,
y cuando lo dejo como un hatillo.

Pido cuatro pies de niños,
dos que pecaron, dos divinos.
No quiero oír campanadas
ni pecho mío, ni pulsos míos.

Solo pasos que atrás dejara
para mí también Jesucristo
y los otros que le siguen,
sin final y sin principio.

Petrópolis, 25 de noviembre de 1944

Pasó la puerta el vagabundo,
ojeo en el vano, escogió asiento.
Tres rutas lo atravesaban
de la frente oscura a los pies,
cosquilleaban en su nuca.
Sin peso o bulto,
la flaca nuca repasaban.

Entraron en lo cerrado,
pelambre de cabras y galgos
le corrían las rodillas.
Chisporroteó agitado el fuego
saltando con manos altas.
Nada decía y lo decían
tanto polvo como castor,
más polvo que la jornada.

Y lo liso y lo manido,
y acostumbrado, muros y mesas,
de turbadas quebraban el gesto,
y sus ángulos descomponían.
Él seguía aún rayado
y revuelto de hojazones
de nubes y cosas movedizas.

Esperábamos, esperábamos
para hablarle que él sacudiese
cuanto traía a la espalda
y en los zapatos de costras secas.

Por no lanzarle la agujilla
de una pregunta, calladas
y quietas como tres madres.

Y él sin ver la sala soltaba
motas vagas o abejorros,
ramillas y bayas secas,
y conchillas de costa,
y piedrecillas y pedruscos.

Vino la bandeja llena
de café negro y clara nata,
se le alargó y fue tomada,
y todavía esperamos
el relato de la ruta,
el que los brazos se movieran
en ademanes que contasen
y que las piernas recogidas
con alivio se descansasen.

El fuego que a llamas impertinentes
casi hablaba lenguetéandole
las rodillas ariscas y heladas,
en lebrel que festeja a su amo.

Yo no quería que él nos dijese
ni su verdad ni su mentira,
y ellas volviéndose en los cielos
querían oír, sí querían.

Se quedó allí sin pedir lecho,
no más mirando los alimentos
como si leche, nata y azúcar
fuesen discos o pellas de plata,

y el sollamo de carne un poniente,
y las fresas mejillas del hijo.

Santa Bárbara, California, 1948

A Palma Guillén

Desde que me recuerdo en esta carne
 y esta caña de sangre, yo te busco,
 y camino arropada por la niebla
 de una memoria que nunca me deja,
 y que por densa acicatea y salva,
 pero que si se funde me derrumba,
 y entonces valgo menos que el carrizo
 y que la fofa larva pisoteada.

Cuando te olvido, ayuna de memoria,
 de signo que me alcance hasta mi playa
 salobre y de rendida marejada,
 la niebla soy de las rodillas rotas
 goteando las dunas que no aúpan,
 y soy aquel racimo desgajado
 que sin vendimiador dura en el polvo,
 y como el niño que cortó la leche
 maternal y la busca sin sentido.

Quiero acordarme más para entenderme,
 coger como península suspensa
 la vaga patria de bruma amorosa

26 Manuscrito en máquina de escribir del Legado de Gabriela Mistral. Hay varias versiones y en una de ella el título cambia a “Memoria divina” o “La remembranza”. También se publicó una versión en *Gabriela Mistral en verso y prosa. Antología*. Lima: RAE y Asociación de Academias de la Lengua Española/Santillana Ediciones, 2010. (N. de los Eds.).

que me rasa los sueños de dormida
y que pierdo sin culpa al despertarme.

Créceme, no retires este vaho
bendito de memoria que me nutre,
este silbo delgado hecho y deshecho
de la orilla paterna que baja y llega.
Bate mi pesadez como de bestia
adormilada o de panal reseco.
Manda un silbo largo para oírte,
un relámpago corto, una nonada.

Me acuerdo, sí, cuando el día y la hora
benditos son y llenos de presagios;
cuando youento en un torzal los nudos
que dicen el final del cautiverio,
y el bulto de mi hogar apercibido
albea como banda de albatros,
y acudidos, mis muertos ya me llevan
con ímpetu de río poderoso.

Digo: ¡Estoy pronta! Digo: ¡Voy, mi padre!
y quiero que la red me aúpe rápida.
Y de pronto se rompe mi memoria,
y otra vez caigo hacia la duna ciega.

Y es otra vez el costado en la arena
terrestre y la salina innumerable,
el duro sol y el dogal de horizonte,
y mi pobre ventura arrebatada
como por tajo cruel o mofa oscura.

208
Memoria, más memoria sostenida,
nada más que acordarse con recuerdo

cabal, íntegro y vivo,
y ya como el petrel subo sin sesgo,
y rudo la peña como el gamo
que vuelve en sí con el costado en sangre.

1 de diciembre de 1950

R E C A D O P A R A A L F O N S O R E Y E S²⁷

Peña mía esta mañana
no llegar hasta mi hermano
y en cuanto su puerta se abra
llevarle a Chile en mis manos,
darle la fruta, el arrope,
¡y mi saludo araucano!
Darle el durazno maduro
y el damasco y pera juntos.

Más pena, más, no llevarle
entre mis dos brazos fieles,
el amor de los poetas,
la canción de mis mujeres,
y la danza de mis niños,
y el fruto de madre Ceres.

Pero va vivo en el viento
mi abrazo de araucana
para que cumpla en llegar
con danza y abrazo, y aria.

Vivamos más, mucho más
el cantor que enseña el canto
a los que estábamos mudos
o cantando nuestro llanto.

²⁷ Transcrito de un manuscrito en máquina de escribir encontrado en el Legado, con leve variación en relación a lo publicado en revista *Atenea*, Concepción, nº 387, enero-marzo de 1960, y en *Reino Gabriela Mistral*. Recopilación y prólogo de Gastón von dem Bussche. Valparaíso: EUV/UCV, 1983. (N. de los Eds.).

Asístenos sin olvido
con tu verbo, Alfonso amado,
y vivas como en los cuentos
unos mil años contados...

Gabriela manda este voto
y lo entrega confiada
al mis tral que la obedece,
y a la gran noche estrellada.

Gracias, Alfonso, que enseñas
con el mismo fuego que amas.
No te cansen, no te cansen
ni tu verbo, ni tu llama
y madure nuestra América
bajo el sol de tu palabra.

Vive más, nunca te mueras
y asístenos desde lejos.
Maestro de juventudes
y deleite de los viejos.

Marzo de 1955

I I

P O E M A S

D E L

L E G A D O

A H O R A

El padre no marcha ahora
con helada o con ventisca.
Antes por juntar los hijos
por las dunas blanquecinas.
Ahora a sus ojos caen
de una vez como él quería.

Ahora no lleva sangre
que quema o que calofría,
ni el corazón que se rompe
a mitad de la alegría.
Sobre el país que le dieron
siempre es blanco mediodía
y como él llama en siesta
ni jadea ni tiritá.

Ahora ve nuestros ojos
oscuros como las minas
y nos toca el corazón
de granada empedernida,
y en lo muerto se demora
su llama de lengua vívida.

Ahora vuelve a cantar
viejas canciones queridas.
Le devolvieron de golpe
su memoria empobrecida
y sin la balsa del indio
en especie salina;
otro y el mismo
como la letanía.

Y ahora solamente
sin lejanía,
ola empinada
con canto y sin orillas,
y solo ahora
sabe el que no sabía.
Ahora apena tan solo
que gimiendo lo sigan,
dándolo por ciervo herido
en la noche y la neblina,
y que lo busquen rompiendo
el tropel de las espigas,
y el tránsito pecho a pecho
a la patria cristalina.

Al abra de las mil columnas,
a la escalera de mil pisadas,
ya voy llegando y camino
desde los días de mi infancia.
¿En dónde están que no los oigo
y que los veo solo con mi alma?

Caminé niña, caminé moza.
Toda mi memoria es marcha,
marcha el ritmo de los brazos
de las rodillas y las palabras,
marcha el habla y el aliento,
y marchas mis sienes blancas.

Pasé las patrias del pino,
alerces y araucarias,
el reino denso del caucho
y el abrasado de la naranja,
después se me vino el quebracho,
ahora la milpa empenachada.
¿Dónde están los que daban voces
y me trajeron como en andas?

II

Al abra de las columnas
a la escalera labrada,
a la casa de las vírgenes
llegué con las sienes blancas,
rastreando y deletreando

en cal y creta pálidas.
Preguntando al viejo mar,
después al polvo, a las nubes
y al viento Quetzalcoatl.
¿A dónde ellos se fueron,
a dónde están o no están?

Desde la primera infancia
caminé con amor y ansia,
y he llegado a templo y patria
para aprender que no están.

Dicen que al sur y que al este.
Lo balbucean, lo apuntan,
pero nadie hay que me lleve
y hay rutas y no me la hallan.
Estoy sobre estas piedras dulces
que eran de la cita exacta,
fiel a mi bien o a mi mal como siempre,
oyendo viento en milpas afiladas.
Si ellos huyeron, ¿cómo es que los siento
pasar mi rostro como largas sabanadas?

III

Ahora que estoy tendida y lacia,
vayan soltando lengua y palabra,
que es hora de sin oír, hablar,
y escucho así de alerta y dormida
con temblor de helechos y de venada
el caracol del maya a mis oídos.

Estoy en la piedra exacta
de la cita y la llamada,
fiel a mi bien como a mi mal.
Se huyeron como la nubada
y las milpas aventadas.
Pero si huyeron, ¿cómo es que están
y cómo es que me toman las palmas?

Suben tan fuertes en el alba,
acuden precisos, saltan
como una pista hacia el Mayab.
Al mediodía doran y arden,
y a la noche más vienen, más.

No quemé en vano mi rostro
de sol y viento, y jornadas.
Cuando paraba a descansar,
más premiosos ellos llamaban.
A veces troqué el Mayab
por villorrios y posadas.
Serví a oscuras extranjerías,
me llamé Isabel y Sara.
Hilvané y deshilvané
cinco rutas, y estoy cansada.

Cuando saltó una península
y entré en cretas y cales pálidas,
y el *henequén* punzó los ojos,
y el *huipil* comenzó su danza,
ya entendí maduro mi arribo,
y di la tierra por sobrada.

Las voces que ellos voceaban,
blanquiacero y rojidoradas,

aupaban y conducían,
sorteaban valles y quebradas.
Llego, paro, echo mis vistas,
doy voces, llamo desvariada,
las manos puestas en la pirámide
y en las palmas la sangre entregada.
Suben tan fuertes en cuanto amanece,
acuden tan precisos, llegan, saltan
como los pelotaris a la pista.

Al mediodía la masa me abraza
y esta noche de doble Casiopea
y de calenturienta Vía Láctea
baja a espirales de sílabas dulces
a una gracia que casi es la Gracia.
Hablen más lento y más claro los míos,
y hablen sin parar hasta que sea el alba.

Todo, todo les doy en obediencia,
padres, abuelos de voz susurrada,
menos la frente que di a mi bautismo
y este punto en el pecho que es nonada
en que rojea la gota de sangre
de mi Señor Jesucristo quedada.

El delgado pez del Plata
azulea en el estuario.
Las mujeres le desprenden
la arena al ahogado
y enjutan los pies desnudos
que se escurren azogados.

Lindo pez lleno de luces
como el nácar machacado.
Del río cabellos indios
siguieron a la crin del Atlántico.
Y nada más todavía
buscando no ser salvado.

Como un canto de arco iris
en el Mar del Plata quebrado
dulcemente se deshace
el pez de colores zarcos,
dejando en la duna apenas
un zumo tornasolado.

Las piedras, el hierro, las cales,
los cánticos, las baladas,
nuestro bajo, nuestras bocas
y la fe con la esperanza.
Por eso estamos apiñados
con la tristeza de la manada
que en vano trepó las cuestas
sin hallar las montañas.

ÁRBOLE CALIFORNIANO

Este árbol que me cubre,
cubre dunas, cubre campos,
cubre cuatro mil caminos,
cubre a gentiles y paganos,
Dios lo hizo el octavo día,
duro y blando, esbelto y ancho.

De los cuatro cantos del mundo
se ve el árbol de dos mil gajos.
El que me busque me halla
por gracia del árbol santo.
¡Qué sombra tan grande y ligera,
y qué ambrosía en sus costados!

A sus pies juegan, gestean
los gentiles y los cristianos.
Él oye todas las lenguas
y canta todos los cantos.
Cuando yo no me lo había visto
lo soñaba enarbolado.
Aquí vine de muy lejos;
aquí alcancé, aquí descanso,
el costado contra el tronco,
la cara bajo sus ramos.

Quien duerme aquí no se acuesta
ni se levanta con llanto.
En las fábulas lo cantaban
sin nombre, y sin contorno,
los que creyeron lo hallaron
y lo hallaron para gozo.

Es verdad que no se acaba,
ni muere de hacha ni rayo.
Los frutos no se le cuentan
y nunca para su canto.

No vivo ahora en país.
No tengo suelo ni cielos,
casa no tengo, tengo un árbol.

En el árbol de California
cantan y cantan sin descanso
mis profetas y mis amantes,
mis versolaris y mis santos.

Árbol sequoia me hace la noche,
pintan el día sus pájaros.
Él me duerme y me despierta,
me cura con goma y bálsamo.
De su copa gotea el rocío.

A veces suena como el mar,
como la guerra o el rodado,
y es cárdeno, dorado y rojo,
y en la noche está de estrellas cribado.

La sombra del árbol
hace los ojos verdidorados.
Los brazos pone en barbecho
y el habla cruza los vados.

Criaturas sin pena ni quebranto
duran en la verde infancia
mecidos por la sombra de su manto.

Yo plantaba árboles y árboles.
Ahora, ¿para qué planto?
Antes segaba y vendimiaba.
Ahora, vieja, no más gozo y alabo.
Aunque camine y camine,
me refresca con su vaho.
Sobre mi frente dura el árbol.

ÁRBOLE DE GUERNICA

Volverá a ser verde y ancho
el roble, el roble nuestro.
Mordido de la metralla,
no del rayo de los cielos,
volverá a brotar contadas
una hoja por cada éuskaro
y será a la semejanza
nuestra y tierno.

Mientras andamos errantes
sin criar roble en otros suelos,
con un gajo sollamado
que se aprieta contra el pecho.

Volverá a ser en Euskadi
el abra, el árbol y el ruedo
del corro de manos dadas,
y el himno al Dios verdadero,
confesado y silencioso
como la encina sin viento.

Los heridos y aventados,
y los que a mitad de ruta
dizque se quedaron muertos,
todos volveremos, todos,
al árbol, al ruedo.

Mientras tanto parecemos
casa en noche de saqueo.
Y desvariados que dicen
en refrán Guernica y fuego.

Sigue entero y da, mascado
en un brote verde,
un sabor de salmuera que resbala
si lo muerden niño o viejo.
Y con él, caído el sol,
comulgan y esperan ellos.

Mientras tanto caminamos
tocando a puertas de acero
de los que han la libertad
y siguen sordos y ciegos.

Crece con nuestras fes
y voluntades y tuétanos.
Crece al día y a la noche,
aunque le den pez y fuego,
y aunque zumben su despojo
alguaciles y patán ebrio.

Mientras tanto le rezamos
sobre el jergón a dos leños:
el de Cristo y el de Ignacio
entre cruzados y ardiendo.

Por islas, por archipiélagos,
al asar pez y catar
vino bárbaro, tenemos
sobre nosotros la sombra
del buen roble que da silbo y oreo.

Cortados como la sarta
y la madeja,
escupidos en la noche tártara
partida del bombardeo,

cada uno caminó
cargando flor y madero
cortado de él, y llevándolo.

Mientras que cortamos el aire,
en la lengua sin orígenes
decimos el Padrenuestro
y el roble allá lo corea,
fiel, hirviendo y recto.

ASÍ NO ME QUISIERON ANTES²⁸

Así no me quisieron antes
y ando por eso desatendada.
Sería que era otro el valle
y que se vería menos mi alma,
y que eran otras las montañas.
Me miraban de otro mirar
y me hablaban con otras hablas.
Me quemaban con vista y tacto.
Siempre era fuego, nunca era agua.
Por eso vivo en este azoro
y estoy así tan asombrada.

Serían aquellos colores
cobre y hierro en las montañas.
Serían otros alimentos:
limón, no piña; cactus, no palmas;
y me amaban como se odia,
y el amor mismo se asombraba.

Ahora no sé si esto es amor
y con ese nombre se le llama.

Grillo en muñecas no me pesa,
hierro en la marcha no me cansa
y se levantan como juncos
pisoteados mis espaldas.

²⁸ Este poema tiene casi el mismo inicio y final que "La trocada", de *Lagar II*, aunque su desarrollo toma otro camino, y por eso lo incluimos aquí.

Por eso ando así como ando
y a gentes y aire preguntara
si no temiese a lo que mira,
a lo que toca y a lo que habla.
Porque así no era lo que fue
ni los mirares ni las hablas,
y hay que aprenderse sin morir
ahora mesa y almohada,
y hay que ensayar como los niños
sin que se rompa en cuerpo el alma,
con gemido como de herido
y miedos de resucitada.

Alta y más alta la copa,
y ni en lo alto derramada,
y una sola en el plantío,
y en oro y blanco desvariada.

Una sola en el plantío
y de sola como quedada.
Ocurrencia de azucena
que no relaja su brazo
y sigue en la noche ciega
vela y vela como una dádiva.

Hasta que al fin del verano
fue que la hallamos tumbada,
soltadas y en tierra las manos,
y con la dádiva entregada,
y del Dueño que vino por ella
no queda huella declarada.

Ni sé por qué le canto
si él no está aquí
en cuna, en aire
ni en país.

Si ya no se le oye
llorar y reír.

Y de noche y de día
lo hago dormir.

No me mueve la boca
cantando ahora así.

Ya me sobran garganta,
hálito y frenesí.

Será que por mi sangre
se quiso huir
y se tendió en mí misma
para dormir.

Ningún pecho lo siente
contra de sí
y ninguno lo oye,
¡yo sí, yo sí!

29 Tomado del libro *Yin Yin, El sobrino de Gabriela Mistral*. Investigación, compilación y prólogo Pedro Pablo Zegers B. (N. de los Eds.).

Si ya no se endereza
y no echa sombra vil,
ha de ser que no quiso
vivir ni morir.

La casa por la que entré me tomó mi cuerpo.
 Llegué como bestezuela deshecha y cansada.
 Me miraron a los ojos y no me preguntaron
 señalándome el lugar con la mano blanda.
 Tiene los muros profundos y ligeros.
 El pinar cuando entra,
 ¿tendió su leño para oír los cristales?
 La hicieron sin saber que hacían morada.

Me retengo los dientes que le dejo enteros,
 la medida de mi cuerpo y las de mis palmas.
 Se puede con la canción que sopló en su ámbito
 y por la canción aquí le penen mis entrañas.
 Sin saber que fuera para gente de andar
 esparcida en rutas blancas de Agar,
 por donde se van en ventisca, en sol o en tornada,
 y volvió a los errantes la parada casa.

Tiene cortados del día las puertas latinas,
 cuece bien el pan y logra acérrima el agua.
 Pone florida la mesa y de Abraham me acuerdo
 que sin saber a hombres y ángeles metía en su casa.
 Cruzan por ella las voces como lanzaderas,
 cantan al caer el día y a primera mañana.
 Lo demás es silencio contra mi costado,
 el silencio que se llama mi madre y mi patria.

³⁰ Este poema dialoga con uno ya publicado en *Tala*: "Recado para la Residencia de Pedralbes en Cataluña". (N. de los Eds.).

Casa delante del mar que no hice y tengo,
casa de griego y de latino, y que es catalana.
Otros la tuvieron; yo debía tenerla después
que la he visto, y ciega podría encontrarla.
Por el mar de los errantes y de los amargos
se vuelve a todas las costas con barca y sin barca.
A Cataluña se vuelve por lo marinera,
por peña en Monserrat y por olivadas.
Me acordaré de su sombra que cae a mis hombros,
de mesa que habla y conversa, de aroma y naranja.
Me acordaré bien del pan, la miel y el aceite.
Para andar se hizo leño y para cantar, bronce.
La hizo uno que sabía ciencia de morada.

C A S A V A C Í A

Regresé a hallar
la casa nuestra
como sin muros,
lecho ni estera.

Andan los ángeles
ebrios por ella
y van y vienen
como hojas secas.

Tocan los ángeles,
rasan las mesas
y conmigo pasando
se encuentran.

Parece loca,
parece ciega,
se ha quedado parada
dura y a tientas.

Como descabezada
ví una palmera;
como era sin miel
panal de cera.

Burla de bulto
lo mismo cuenta
abierta o cerrada,
con puerta o sin puerta.

Mofa de techo
sobre la huérfana,
encima
de mi cabeza.

Pero en un golpe
se quedó seca,
caracola de cal
la farisea.

A las puertas estoy de mis señores,
 blanca de polvo y roja de jornadas,
 yo, Casandra de Ilión, a la que amaron
 en su patria los cerros y los ríos,
 la higuera oscura y el sauce pálido,
 el cordero del mes y el cabritillo,
 el huérfano y también lo inanimado.

También la hora y el día me amaron,
 menos el día yerto del exilio.
 Al primer carro de los vencedores
 subí temblando de amor y destino
 en brazos del que amé contra mí misma
 y contra Ilión, la que hizo mis sentidos,
 y cuando ya mis pies no la tocaron
 mi patria enderezada dio un vagido
 como de madre o hembra despojada:
 voz de ciervo o leoncillo,
 ternerillo o viento herido.
 Miré el tendal oscuro de mi raza
 y tales rostros no me vi en los bárbaros.

Todo me amaba dentro de mi casta
 y sobre el rostro de Ilión todo fue mío:
 dátil de oro y semblantes de oro
 las islas avisadas, los riachuelos.
 Pero yo para ser la hembra eterna

³¹ Este poema y un par más fueron cotejados con las versiones que aparecieron en el libro *Almácigo. Poemas inéditos de Gabriela Mistral*. Compilación de Luis Vargas Saavedra. Santiago: Ediciones UC (3a ed.), 2015.

no amé el amor y he amado al enemigo.
El vencedor cuyo rostro da frío
en su carro me trajo y en su pecho,
y he cruzado arenales y bajíos,
y las aldeas arremolinadas
al eco de mi nombre ya maldito,
y yo no las he visto ni escuchado
de traer en mi bien los ojos fijos,
y de venir recitando mi muerte
como un refrán desde niña sabido.

Escucho tras de las puertas de bronce
los pasos de la hembra que se acerca
y que me odia antes de haberme visto.
Tampoco en la Tebas le valen puertas
de bronce a la mujer apercibida
para no oír la hora que camina
sin sesgo hacia Casandra y Clitemnestra.

Yo soy aquella a quien dejara Apolo
en pago de su amor los ojos lúcidos
para ver en el día y en la noche,
y ver lo mismo arribar su ventura
que su condenación. Así Él lo quiso.
Todo lo supe y vine a mi destino
sabiendo día y hora de mi muerte.
Vine siguiendo a mi enemigo y dueño,
rehén y amante, suya y extranjera,
sabiendo de su muerte y de mi muerte,
y de la eternidad de ambos hechos.
A las puertas estoy oyendo el paso
de la hembra que me odia antes de verme,
escuchando los pasos presurosos

de la que ya apuró su vaso rojo
y viene en busca del segundo sorbo.

¡Voy, voy! Ya sé mi rumbo por la sangre
de Agamenón que en su coral me llama.
Tampoco la mujer apercibida
que está golpeando a las puertas extranjeras
dejó de oír la hora que venía y venía
recta hacia ella y Clitemnestra.

Todo lo supe y vine a mi destino
recta hacia el sitio de mi acabamiento.

Sin llanto navegué por mar de llanto.
Yo vine, aunque bien sabía,
y bajé de mi carro de cautiva
sin rehúsa, entendiendo y consintiendo.

No vale, ¡guay!, el bronce de la puerta
para que yo no vea a la que viene
por camino de mirtos a buscarme,
ebria de odio y recta de destino.

La mujer sanguinosa me detestaba,
pero es la sangre de él la que me ciñe
y el hilo del coral quien lleva
consigo a aquella que es rehén y amada,
y las puertas se cierran sobre aquella
que de veinte años lo tuvo sin amarlo,
y a quien yo amé y seguí por mar, islas, penínsulas,
y aspirando en el viento del ábreo
la bocanada de la patria suya.

Vi Atenas antes de tocar su polvo
y veo la chacala de ojos bizcos,

le veo la señal apresurada
y el botín de mi cuerpo en sangre tinto.

Ya abre las puertas para recibirnos
según recibe el cántaro reseco
el chorro de su cidra o de su vino,
con tu cuerpo gastado cual las rutas
deseada fui como la azul cascada
que ataranta los ojos del sediento.

Ya estamos ya, los dos, ricos de púrpura
y de pasión, ganados y perdidos,
todo entendiendo y todo agradeciendo
al Hado que sabe y me salva.

Ya me tumban tus sanguinarios siervos
y ya me levantan en faisán cazado,
pero el alto faisán de tu deseo
después de su rapiña y de su hartazgo
te dejará en las manos de sus siervos,
y volarás conmigo los espacios
ricos de éter y de constelaciones.

Antes del alba habré recuperado
yo al Agamenón, al rey de hombres;
en él voy de vuelo, ya voy de vuelo.

Comenzamos hace mil años
la catedral, hermanos, la catedral.
Gracias a Dios por esta obra sin término.
¡Nunca se acabe! ¡Nunca se acabe!
Todo lo tiene y todo necesita
igual que el niño recién nacido.
Soltando los bronces suelta gozo de vida.
Pero en la noche, por sus naves
anda llorando de lo que le falta.

La levantamos cerca y lejos del mar,
la catedral, la catedral,
y sobre las montañas nuestras
su nombre terrestre es nombre de patria;
el que le den los ángeles no lo sabemos.

Su costado poniente son algas, sal y conchas,
y le vuelan y le corren y le juegan en torno
la chinchilla, las nutrias, los albatros.
La madre catedral
tiene torres redondas que navegan nubes;
tiene la piedra, el leño y los metales.
Y la vuelan de alto abajo,
y la vuelan de este a oeste
arcángeles de amianto y de cobalto.
Y en el salitre la asentamos,
el salitre de Atacama que come a la muerte,
para que no la pudran marisma, lluvia y hongos.

241
Pero a la catedral no se la acaba, hermanos.
Acarread hierro, pórfito y roble,

igual que si comenzáramos,
igual que si estuviese a ras de tierra,
sea de alba, sea de noche.

Acarread cantando en carros y en barcos
lo mismo que los primeros acarrearon,
hijos de catedral, siervos de catedral,
santos albañiles, santos herreros,
santos peones, los picapedreros.

Ardámosle el copal en los altares,
soltémosle la música en los órganos
y cuando llame a coro lleguemos todos,
de los cerros y de las islas,
los que cazan y los que pescan,
y los que atizan los altos hornos.

¡Gracias de que nunca se acaba
y nos toma la leche y la sangre!

Padece toda mi carne
bajo el cielo estrellado.
Escondida entre la noche
se abre la fuente del llanto.
Este dolor tiene madre
en la noche recostado;
desnuda cuenta sus llagas
bajo el cielo estrellado.

A nadie yo robé el brazo
en que dormía confiado;
mas rosas le dejé a cada
huerto en el que he descansado
sobre su labio extasiado,
esta noche en que estoy sola
delante del cielo estrellado.

Vivo ahora entre los gentiles
 donde albean Sidón y Tiro.
 Muertos míos, bosque copioso:
 que ya es la hora de estar conmigo.
 También hoy entrad por mi casa:
 caed a las puertas y al pecho mío,
 y allegaos y abrigadme,
 llegando con noche y sin calor frío.

Otra vez por ladrillo y leño
 circularéis tan sorprendidos
 de volver a oír el viento
 y la noche desaprendidos.

No lleguéis los que llegáis
 como venados furtivos
 con tientos, pudores y miedos
 de azorar puertas y lirios.
 Ni deslicéis por el muro
 en peces asustadizos
 y estos colores blanquecinos.
 Mi casa está más vacía
 que cisterna y que odre de vino.

Todos estamos y parecemos
 amontonamiento de olivos:
 vosotros olivos suspensos;
 yo olivo a piedra sometido.
 Me miráis con el asombro
 del arribado para el perdido

y yo tengo vergüenza de ver
mi piedra dura, mi oscuro limo.

No tengo frío, no tengo,
olivos juntos y mecidos,
olivar sagrado y denso.

Ya no tiritó, ya no me abrigan
los dos mil ramos entretejidos
para decir ¡aleluya!
y llamar y obtener a Cristo.

Ya puedo adorar y cantar Sion,
y no fuese Egipto, Sidón y Tiro.

Suben las bestezuelas por el aire
 y las diez fuentes por el gran grito
 que Agamenón echó sobre la hoguera
 como pino ciprés o vil mastuerzo
 a la cordera que durmió en mis brazos,
 que mi leche mamó como el cervato
 y por mi leche, blanca fue y ligera.

Vino el rasgado grito de la plebe
 falto de brisas hacia estas mil puertas,
 cuando su espalda de color de los mirtos
 cayó a la llama y la tomó la llama.
 La plebe aúlla contra el cielo
 como ebria, azuzada por el fuego,
 el nombre de su rey y no el de mi cordera,
 danza y eructa gritos de victoria,
 hormiguea sorda de tambores,
 eructa, baila, berreando a sus dioses,
 y la Ifigenia cae, cae, cae,
 mientras yo, enmurallada en torno de la hoguera,
 me rasguño las puertas atoradas del palacio.

Pero yo veo, veo, veo, veo,
 a despecho de leguas y humaredas,
 veo brincar las llamas de la hoguera
 que cabritos la trepan o la bajan,

³² Consultamos la versión del libro *La desterrada en su patria*. Recopilación de Roque Esteban Scarpa, y también la del *Legado literario de Gabriela Mistral*, de Magda Arce y Gastón von dem Bussche. Santiago: Empresa Editora Zig-Zag, 1993. (N. de los Eds.).

o en lienzos retorcidos de humo y fuego
que esconden y me dan a la cordera,
y son sus brazos de gaviota al vuelo,
son sus cabellos de suspiro ardiente,
y veo hombros y el cuello de su gracia.
Y el oso helado que me llevó al lecho
mira el cielo respirando la alta llama.

La plebe en hebra oscura pespuntea
toda la costa, más saciada, con la cara al viento,
babeante, hipando el nombre de sus dioses.
Pero yo aquí detrás de mis cerrojos
reniego con mi cuerpo y mis potencias
de los dioses que dan y que arrebatan,
y del leopardo real que engendra y mata.

Las fuentes grávidas más que él entienden.
Solo me oyen los siervos apiñados.
Pero el grito he de dar que oigan los dioses
si no son sus oídos conchas muertas
y no es su pecho escudo como escarcha,
y no son celos polvo del camino.
Mi Ifigenia, partida y devastada,
hecha y deshecha, camina con llama
pura, volteando azules y dorados,
y el rey leopardo, Agamenón, vuelta la cara
congestionada de soberbia de su loco triunfo,
ahora se vuelve al viento y los veleros,
a la vez vencedor y ya vencido.

No te vea ya más, no más yo duerma
tocándote las sienes; no más abras
estas mis puertas y arranques de los brazos
a Electra y Orestes para otra hoguera.

Siento como que va de mí subiendo
otra alma y que me viene como al árbol
otra carne, y que las llamas
de Ifigenia me alcanzan y me visten.

Ya no te vuelvo a ver, rey de los hombres,
no subas más las escaleras donde
en triángulo de luz jugaban nuestros hijos.
No me traigas tu gloria de timbales
ni tus carros crujiendo de trofeos,
ni llegarás a llevarme de rodillas
hacia tus dioses que aúllan cobrando
con el belfo de lobos carne de hijos.

La llama de Ifigenia ya se aleja,
ralea, lame sus propias cenizas.
Yo andaré sin saberlo mi camino
hacia el mar, cargando en estas manos,
en pez encenizado, la hija mía,
ahora más ligera que sus trenzas,
y de esta brasa todos arderemos,
Agamenón, hasta el último día:
tu palacio, tus mirtos, tus palomas,
con un rey de hombres y una reina loca.

COLOQUIO DE LOLITA DARÍO

En la luz de San Salvador
entre el bálsamo y el café,
y mirando cerros de fuego
y el San Miguel,
de Rubén hablábamos ambas
o callábamos de Rubén,
deslumbradas si lo decíamos,
si lo callábamos también.

Vivió como viven los niños
maravillosos, para ver
dónde la tierra está más viva,
en el dorado y la rojez,
para ver próceres ocasos
y albas de miel.

Pero también para la noche
solapada, para temer
la larva que pasa
y el silbo que cruza también.

O será que cruzó dormido
por la tierra en que sangra Abel,
sin aprenderse al mal amigo,
sin entender a la mujer,
en su propio éxtasis dormido
como el rubí,
ya que sus ojos entornados
miraban sin mirarnos bien.

A pesar de la tierra andada,
del mal alcohol y el mal placer,
de los latinos que se supo
y de los griegos y maya quichés,
vivió niño y se murió niño,
y en los cielos niño es también.

Caminando encontró a los hombres,
halló a Poe y amó a Verlaine,
en las Indias entendió...
y en las Chinas su Lao Tsé.

Y era y no era de sus gentes
porque su raza era tan vieja
que toda raza estaba en él,
y fue extranjero entre nosotros
como el Eneas o el Israel.

A pesar de los panes ácimos
y la ceniza del mantel,
vivió del tuétano de oro
del mundo, y la excelencia fue,
y la nobleza, su costumbre,
y su hallada Jerusalén.

Cuando la luz en Nicaragua
llueve gracia como en Belén,
es el trópico de la América,
el país del hombre Rubén:
cielo mejor que el de Caldea,
la Osa, líquida de beber,
la piña con la poma rosa
al ciervo hacen desvanecer,
y la tierra ignora la muerte

como los limos del edén,
y sabemos entonces que era
el hombre Rubén.

Y después de haberlo tenido
mano a mano, sien en la sien,
el mundo era rico como el arca,
o es pobre reino sin su rey.

Se murió cansado de rutas
provechosas y vanas,
de haber cantado abajo todo
sin reinar como Apolo,
sin coronarse del ahora
porque le dieron los después.

En mis hijos suelo palpar
ardor secreto de su piel;
en mis nietos suele mirarme
con su mirada de hidromiel.

Y si la estrofa es la del coro
y si tenemos de volver,
en el fulgor de Nicaragua
otra vez sea lo que fue,
y yo florezca de las rodillas de mi Rubén
y nazcamos del mismo vientre
que me hizo a mí, que lo hizo a él.

V O Z E N T E R A

Con voz entera o con grito
nunca, nunca vencida,
su grito o susurro llegaba
pasando montes, mares e islas;
segura o atribulada,
con grito amante respondía.

Raquel o Sara.
Se ha llamado
hermosa, nunca de hijos negada.
Se la aprendieron los caminos
como el himno o las baladas.
Un solo nombre le saben
y caminaron y caminaron,
bellos y locos de esperanza.

Aprendieron todas las lenguas,
sirvieron a todas las patrias,
pero una sola patria soñaban.

Coral feo de la tristeza
recogido en pesado mar,
concha negra de la tristeza
que no sabe a su misma sal.

Sucia piedra de antiguo mar
y criada en callada arena
donde no comen peces rojos
y no empolla la primavera.

Aborrecible a quien lo ha visto
goteando su sangre negra
de que ninguno se ha nutrido
entre las leches de la tierra.

Tan guardado que no lo ve
ojo que en mi ojo se acuesta,
tan callado que no me lo oye
cosa que a mi costado duerma.

Como aguijón que sigue vivo
sacado de una abeja muerta,
bastón dándome la miel
y alaceándome la cera.

Piedra enfundada a la que no alcanza
lluvia sierva que la disuelva,
que hizo triste a Marcela
y que a Cristina la hizo acerva.

Cosa ligera que se aguaba
alimentada de horas muertas
y que al venir la noche toma
el santo peso de la estrella.

Si retiro mi pobre sangre
me vivirá de la pura alma
para vivirme en carne eterna.³³

33 Como se ve, falta al final un verso para hacer el cuarteto en que se escribió todo el poema. (N. de los Eds.).

C O R A Z Ó N O T O Ñ A L

Todas las rosas del otoño
descansan en mi corazón.

Ya estoy madura para el polvo.
Ya estoy madura para Dios.

¡Y qué dulzura era la muerte
que yo creí que era dolor!

Ningún ardor bajo mi carne
y ningún ansia en el mirar.

Este camino no me turba.
Nadie a mi puerta llamará.

Por los que pasan y me miran
mi frente no levantaré.

Yo olvidé a los que quise
y aun a los que quería odiar.

Son como muertos: se disuelven
calladamente en la gran paz.

C O R D I L L E R A

Por tus cumbres van los caminos
en las señales olvidadas.
Va el camino sacro del inca
y las vicuñas bolivianas.
Por los valles que no los busquen,
por los bajíos no los hallan.
Van por la línea del sol blanco
los caminos de nuestra raza.
Subiremos por fin un día
en un tropel blanco de llamas
e iremos de Ancud a Orinoco
y de Aconcagua a Santa Marta.

Patrias andinas del silencio
fiel y delicada patria.
Son torrentes y torreneras
y son glaciares y avalanchas,
pero en lo alto está el silencio
riguroso como la espada.

Cordillera, duro secreto,
intacto enigma, entera hazaña
que al quechua echaba de rodillas
y a la quena soplaban el alma,
iremos a donde tú quieras,
callaremos diez mil mañanas,
seremos como musgo y liquen
aferrados a tu peana
hasta que caiga tu secreto
a nuestra lengua atribulada.

Cordillera horadada como
terrible reino subterráneo
que a veces como padre llama.
Granada de hierro y de cobre
que tal vez guardas nuestras almas,
si sobre el sol no están mis muertos,
guárdalos tú, divina cápsula,
callado puño de metales,
guárdamelos, terca y callada.

II

Cordillera de los Andes,
madre mía, madre lejana
más allá de mares atlánticos,
más allá de las muchas aguas,
que no se logró con los brazos,
con el amor ni con la esperanza.
Tan lejana que ya se vuelve
la carne y bulto del fantasma.

Madre con lomos y regazos,
y sin pestañas y sin cara;
corazón sacro y recóndito
que sin semblante nos mirara;
angustiada madre sin brazos,
extraña madre sin palabra,
perdidamente te adoramos,
perdidamente, la adorada,
persiguiéndote en peñascales
y en las faldas, brazos y cara.

Cordillera de los Andes,
más leal que Vías Lácteas,
oleaje de eternidades,
guárdanos al Adán pálido y rojo,
guarda la carne americana
despeñada de tus costados
y desgajada de tus faldas.

No salí de tus laberintos.
No salvé tus encrucijadas,
vadeé en vano cuarenta vados,
crucé en vano la mar amarga.
Mis noches son repechos rojos
y mis encantamientos, abras.
Canto dormida en picos de oro
los hosannas de las infancias
y en mi muerte daré tu máscara.
Me acostaron sobre tu lomo
y me clavaron a tu espalda.
Nunca tendré los llanos dulces
ni dormiré sobre las playas.
Llanos y dunas me miraron
en mí tus hornos y tus fraguas.

C R I S T O D E L C O R C O V A D O

Cristo blanco del Corcovado,
tienes la tierra además de tu cielo
y en el día nos das tus mil costados,
y por las noches te quedas suspenso.

Fruto del aire, viento arracimado,
y tan fantástico y tan verdadero
que no se sabe al verte sin tocarte
que ya no atina el pobre desvarío
si es que subiste o te descendieron.

Detrás de ti ya se agruma la selva
y tú persigues su viejo misterio,
y ella te ve como un extraño fruto,
y las islas echadas como un vuelo.

Ando yo por el llano y las dunas
cogiendo tus costados que no cuento
para que de uno baje tu relámpago,
y que por fin yo te reciba entero.

Duermo cortada de tu blanco filo
y antes de hallar al sol te encuentro,
y mi día de palmas y olas
me cortas a lanzadas de reflejos.
Y así, a mitad de la tierra y del cielo,
no sé bien si te tengo o no te tengo.

Me tumba, Cristo, tu señal erguida,
me tumban, Cristo, tus brazos abiertos,

no sé si eres la cuesta del subir
o la voz del quedar lo que te entiendo.

Miran tus espaldas y tus palmas abiertas,
y no te sabes el cerca ni el lejos,
y los brazos no saben sus rodillas
para bajarse, y te duran abiertos.

Ves el Brasil en gajos repartido
de agua, de cafetal y pastos lentos,
y todo lo disuelto y lo apuñado
te ve dichoso de tenerte entero,
fruto del cielo, fruto vertical
de aire lanzado y por aire sujeto.

Otros son, otros, el blanco del pan,
blanco de sal y blanco del invierno,
el blanco tuyo quema frialdades
con el calor de los brazos abiertos.

Toma mis ojos la flecha, tu flecha,
y azulados y verdes ya no veo
si el peñón sube o se abandona,
y tus brazos siguen abiertos.

Las nubes te sesguean o te cubren,
y el Corcovado se nos vuelve ciego.
Mas los ojos, amantes de costumbres,
tatuados de tu cruz, te siguen viendo.

No te iría sacando de cantera
como un vendado o como un prisionero.

En la fiebre de azul danzan a vernos
las colinas y todo va a tu encuentro.
Van las nubes, las islas y el bosque,
van sin saberlo a tus brazos abiertos.

Una alucinación tengo y se llama
el golfo santo de Río de Janeiro:
un hilo vivo de leche de madre
vuelve a correr por mis labios entero.
Libre venía y me doy siendo libre,
del Cristo blanco yo no me defiendo,
y carne, la mía, gaviota salobre,
cae a mitad de tus brazos abiertos.

En el puente de proa
con furia las destrenzan.
Por encima de mí,
silbando vuelan;
suben plateadas
y caen en llegando a la costa,
todo es un volar de cuerdas.

En la proa no las veíamos.
Dormían como culebras.
Las levantó el olor
de frutas y de especias.
Van a saltar a tierra
y a cargar toda la siesta
las naranjas, los carozos
y el plátano guayaquileños.

Las grúas rezongan,
las javas gimotean.
Ellas ríen voleadas
como ramas de hiedras,
cuerdas lacias y duras,
un día vivas, diez muertas.

Bajan como azogues
los indios por las cuerdas
y vuelven a subir.
Huele la proa toda
a cortezas y sudor.

Al cenotle negro van las mujeres
cuando la siesta rebrilla.
Bajan todas, una por una
como cañada que camina.

El santo cenotle mira las hembras
bajar la hebra cansina;
la madre, dueña de tres sorbos;
la doncella de dos, de uno la niña...

El cenotle que luz no se bebe
bebe mujeres en fila
y las toma y las recibe
en su bocanada fría.

De los cuarzos padecedora es
apuñados como agonía,
mana y mana el agua.

Tan oculto está el cenotle
que nunca se lo hallaría
y las mujeres lo persiguen
como si nunca alcanzaran
a la vizcacha huida.

El agua baja a los jarros
unos rollos de anguilas
y el costado pinturero
se sorprende y se calofría.
En los hombros sube ligera
y solo pesa llegando arriba.

En Yucatán nada es tan tierno
como el agua cenotla y fría.
Leche de cabras no es tan dulce;
tampoco la naranja, tampoco la cidra.

En Yucatán, no reúnen agua
los magueyes ni las olivas,
tan solo en los lagrimales
de los cenotes rebrilla.

Veo siempre, oigo siempre
como quien oye canturria,
oigo los cántaros yucatecos
llenando al mediodía.

Al morirme, laven mi cuerpo
en esa agua dulce y sombría.
Deje mi carne la cenotla
como piedra laja fina
para contarla a mi madre
de quien nunca fue bebida
y contarla agua que hizo
a la fuente de eterna vida.

Bajo en fantasma los jalones,
la boca negra que abajo brilla
y beben mis fieles sentidos
en la helada maravilla.

Cuando tengo sed en Tánger,
sed en la pampa, sed en Castilla,
me acuerdo de la cenotla,
de la cal padecedora
y seca como la agonía;

mana y mana el agua cenotla
igual de noche que de día.

El agua entra en las jarras
en un rollo torcido de víboras,
o corre en un paño doblado,
y cuando cae se escalofría.
Baja ligera, sube sin peso
y solo es carga llegando arriba.
Cuando me muera laven mi cuerpo
en esa plata materna y fija,
para contársela a la muerte,
a mis padres y al cielo a la bendita.

Juega, pero no lo enredes;
desovíllalo y ovíllalo,
que no quiero el hilo cortado.
Lo hacen cilindros duros,
rueda que rueda, el nido blanco.
No le rompen la hebra mágica
y a más vueltas, más copos esponjados.
Se me va, se me escapa, se huye
la liebrecilla, el ratón blanco.
En verano parece espuma,
en el frío calienta la mano.
Cuando mamabas yo no lo solté,
te cosquilleaba el enano.
No lo aprietas, no lo exprimas,
resuello blanco en vaho.
Como el volantín, como la cometa
en la cuesta lo subo y lo bajo,
con él te amarro, con él te cazo.
No se acaba, se parece
al canto con que te canto.
Teje y teje siempre te miro,
tira el hilo y recoge el hilo,
como a ti lo suelto y lo dejo.
Si de pronto se me acabase,
qué grito diese.
La mano se duerme en el rollo
y los ojos en el blanco.
A la izquierda tengo mi niño;
a la derecha, el huevo blanco.
Cuando estemos en la gloria
como en el pasto de este prado,

para acordarte de esta hora
allá estará, blanco, dorado.
Yo estaré fija, tú como ahora,
cázalo y cázalo.
Mirándome igual que ahora,
hijito mío, llévalo y tráelo,
la eternidad sirve a los juegos desovillados.

Bajó el mentón como un fruto
rehusándose a nosotros.
Ya no dijo casa, ya no dijo madre,
tiempo no dijo; tierra tampoco.

Deseado fue, tomado fue
como en cuento maravilloso.
Le sobran prodigios, ausente,
el camarada, el coloquio,
ya lo va llevando
y lo lleva rumbo a su gruta
su joyero maravilloso.

El espejo de su frente
ya no recibe nuestros rostros.
No es de ninguno y era de todos;
rompamos el cerco redondo.

Se nos quedó de repente
tendido en un cuarzo mundo
como el filo de los metales.
Supino, cedido, pronto,
lo carga rumbo a su gruta
su joyero maravilloso
y el espejo de su frente
ya no recibe nuestros rostros.

Suelten la mano que lo sujeta
como el cabo de un tesoro.

Cédanlo, álcenlo, entréguenlo.
Deseado fue, tomado fue
en repentino robo glorioso.

EL SÉPTIMO

Los seis hermanos se parecen
como en su año los venados
y las cigüeñas en el vuelo,
pero el séptimo no es hermano.

Recoge piedras coloradas
en la playa en que nos bañamos
y canta nanas traveseando
con este mar que juega al cándido.

Pesca tiene cuando no hay pesca,
rosas encuentra antes de mayo;
cazó el faisán que no cogimos
y encontró el agua en el peñasco.

Él trajo el vino a una boda
de Canaán con secos cántaros
y a una muerte de mendigo
sin costura llevó el sudario.

Mujer de fonda que le sirve
le pasa el pollo más dorado
y las viejas lo miran como
si sus pechos le amamantaron.

Cuando iba andando con nosotros,
las diez muchachas que encontramos
se fueron todas a su encuentro
como los ríos a su estuario...

Aunque nosotros somos seis
para la danza y para el cántico,
no danzamos si él no comienza,
y no cantamos sin su canto.

Y aunque somos trabajadores,
en la obra siempre esperamos
que llegue para hacer la casa,
echar la red, tumbar el plátano.

En cada gesto lleva oficio
y lleva un reino en cada mano;
pero no huele a las badanas,
a las maderas ni a los pastos.

Su nombre es nombre de nosotros,
pero es un nombre prestado;
como mujer que encuentra un niño
le dimos nombre sin nombrarlo.

En el tiempo de nuestra alianza,
en lo que dura nuestro lazo,
dos hermanos murieron, dos
se partieron y regresaron.

Él no se ha ido, pero va
en sus noches donde no vamos,
donde no baja la fatiga,
ni se hacen cabellos blancos.

Cuando yo, que tengo metales,
míro callada a mis hermanos,
sé que tal vez uno por uno
los amortaje por mi mano.

Y los acueste a los seis míos,
cocido el rostro de mi llanto;
le miro a él y yo me sé
que no tendré de amortajarlo.

Que se queda tras de nosotros
como el arco que echó sus dardos,
como el Zodíaco, como el viento,
van a quedarse sobre el llano.

Viviendo en corro de otros seis,
que le dirán también hermano,
cantando al sol bañado de oro
y con el mar jugando al cándido.

El traidor que no hizo la casa
y no canteó sus piedras,
granito rojo, lindo basalto,
careó las vigas y tumbó el muro
donde sus hijos dormían.

Volvió vinagre la miel
sobre la mesa de todos.
Abrió puertas a la iguana
y a la hediondez del coyote,
y el coyote corre sesgado,
y corre las malas bestias
donde hervían las palmas.

Regaría con yodo el patio
y con sal gema el plantío,
que la tierra pisada quema
y en las manzanas mordidas
el diente se hunde en ceniza.

Y ahora va loco y huido,
con treinta rodelas de escarcha
castañeteándole en el pecho,
latigueadas las corvas
del viento suyo, del viento oeste.

Y le seguimos la espalda
color de polvo de ruta,
y no vuelve atrás la cara,
solo su espalda color olivo.

Nos ha dejado ofendidas
a las cosas que son fieles:
el vino, igual en los odres;
el metal que no se funde,
y el ruedo de las estaciones,
fiel como Dios y nuestra sombra.

No lo llamen a las bodas
de su hija. No se allegue
a la vela de sus muertos,
y no lo mienten cuando nombren
ni a los vivos ni a los muertos.

Y no lo pongan en el recuento
de los que talan o riegan.
Muera corriendo en el filo
de la huida. Muera su muerte,
suelte la vida en llegando
y las marismas del norte se la recojan.

Cuando él caiga, se liberen:
su ángel que fue vendido,
el aire en que iba su aliento
y la luz que cortó su forma.

Orillas del mar salobre,
tengo ganas de llorar.
Me tengo yo mis patrias
del otro lado del mar.

Patria de la cordillera
y del árbol del pan.
Patria del indio eterno
y patria del maizal.

Orillas del mar demente,
tengo ganas de gritar.
Todos los bienes quedan
del otro lado del mar.

Están soles acérrimos
y lunas de metal.
Está toda la vida
en su bien y en su mal.

Orillas del mar sordo,
yo digo la verdad.
Entre mares yo tengo
el extranjero mar.

Del otro lado tengo
el dormir y el soñar.
Está toda la vida
y está la eternidad.

ENTRE RAÍCES

Ando metida entre raíces,
en nudos, ojos y en hebras perdida.
En cuanto puedo dejo el aire,
la estación de sol y neblinas,
y bajo por vericuetos
y agujeros de la tierra herida.

Son feas como Plutón
las santas raíces torcidas,
raíces de pinos, de eucaliptos,
sean rojinegras o blanquecinas.

Vivo hace tiempo entre raíces,
más vivas que hombres, más vivas,
encuclillada entre una y otra,
vertical o extendida.

Me cansé de la luz y del aire
en que pasé toda la vida mía.
Se me rindieron los pobres ojos
de ver colores que iban y venían.

Topándome con las raíces
yo no vi más que ceguera divina
y oí un silencio de negras estrellas,
estrellas con caída y en la mano frías.

Déjenme donde me estoy,
coman los míos becerros,
bailen sus danzas, peleen sus luchas.
Yo estoy de ochenta raíces cogida:

parecen una cabellera
que será la del mundo o será la mía.

Me acurruco entre sus manojos,
no tengo más voz que yo tenía,
no tengo cara ni nombre,
ahora en vano me llamaría.

Destrenzo nudos y nudos
como alguien que no acabaría.
Pero así callada y oscura,
¡qué noche me tengo infinita!

Cuando pasaba al sol y al aire
apenas las vi algún día
en pinos vueltos de revés
como grandes medusas o harpías.
Miraba desgano fresco y oscuro,
y no me hundí con las que me querían.

Con el cuerpo de Abel en el regazo,
se quedó en la mitad del paisaje.
El hijo desangrábase: ella supo
qué gran rojez salió de sus entrañas.

Gritó, gritó, sobre el llano extendido,
yacente en resplandor bajo la siesta.
La escucharon las rocas, como carne
que no puede acudir. Llegaron osos
y pequeños venados que aspiraban
el olor nuevo como un humus áspero.
Después, con grandes ojos,
mirando a Eva echáronse a su lado.

Vino la noche haciendo prodigioso
el mundo como gruta.
La madre estaba dentro de la noche
como una estalactita que en el pecho
otra cal de silencio sustentaba.

Llegó Adán junto a ella
y palpando no supo
que era la muerte, sino un gran pez suave
y esquivo, que saltaba de sus manos...

Subió el sol como Abel resucitado.
Eva no levantaba su semblante
mirando al hijo, que ahora la miraba
como las algas bajo de su hielo.

Se pudrió encima del regazo,
en gajos se rompió bajo sus ojos.
Ella lo abandonó como cuajada
que ha caído en la tierra.

Lenta en el paisaje
fue caminando como loba herida
y contra el viento, huyendo
el olor de su pecho.

Por cien días olió la corrupción
sobre los valles
y odió el lecho de Adán.
Anduvo errante hasta que el mar
saltó en el horizonte,
ancho de vida eterna.
Gritó, abriendo los brazos,
y le aventó los gajos de la muerte.

F Á B U L A

Hace cuarenta y cinco años
y parece fábula mía
que me dieron cuello de cierva,
también sienes, también mejillas.

Y hace el mismo torzal de años
yo era un vagido que tenía
cabellos de aire, mirada de agua
y andar que andar no parecía.

Me regalaron suelo y aire,
las estaciones y los días,
y hace tanto que no me acuerdo,
y tan poco que bien podría...

Rama del árbol del recuerdo
verdioscura como la oliva,
volteada parece plata
y en la quietud es tan sombría.

Cuéntame tú, la contadora
que juegas a imaginerías,
esta historia que es una fábula
con aleluyas y agonías.

Hace tanto que no me acuerdo
y tan poco que bien podría,
lo digo por entenderlo
y se me vuelve un cuento mío.

Vamos a ver los almendros
cómo están echando flor.
Esta es la vez primera
que los unos se hallan dos.

Es la vez primera que nosotros
veremos ver romper su flor,
casi rosada, casi blanca,
sin una gota de esplendor.

Vamos a ver lo que fue visto
cuando era menos esplendor.
Cuando ellos florecían,
no florecíamos tú y yo.

Florecían otros entonces
y esos cantaban la canción.
Nosotros oscuros andábamos,
piedras pardas y sin fulgor.

Como florecen ellos
y se vuelven lo que son,
sombrío en lo sombrío,
y más blancos en el blancor.

Ganas tengo de hablar
a quien pasa y me mira,
hablarles de mi hijo,
contarles maravilla,
regalarles su nombre,
soltarles mi alegría.

No quiero hablar del tiempo
ni cosecha perdida,
ni oír lo del granizo
ni saber de sequías.

Dicen que ando embobada
y vivo distraída,
al higo dejo cáscara,
al pan le dejo migas.

Pero cojo la fruta
y en la fruta él me mira,
y en lo negro del vino
él me mira y me guiña.
Si soltases un grito
yo me despertaría.

Y los que van pasando
me entienden agonías:
desvarío de mi hijo,
vaivén de mis rodillas.

Oigan hablar y paren
el hacha y la cuchilla,

el pico con que muelen,
la rueda con que afilan.
Sepan lo que no tengo,
lo que yo me tenía.

G R Ú A S

Las viejas grúas pelícanas,
las grúas yertas y entrabadas,
oyen los carros de fruta
y se vuelven a lo que aman;
aman las javas de vainilla
y el trascender de naranjas.

Paradas, duermen como murciélagos,
oscuras, yertas, dobladas
y parecen de perdidas
que ya nunca más bajaran.

Pero la silban los cargadores
y ellas vienen, acuden, bajan.
Toman las jabas por la cintura,
las pulsan felices, las alzan
y locas las llevan consigo
como huevos de una nidada.

Los negros caribes ríen;
las burlan, gritan, las atrapan.
Alcanzaron a aspirar
la esencia de la naranja.

Casi las tuvieron, casi las llevaron
las pelícanas, arrebatadas.

Ahora las sueltan en la proa
desnuda, ahora se paran;
cabecean, vacilan, niegan
y al fin las sueltan, humilladas.

Después cargan sin deseo,
pelícanas encenizadas.
Van cargando frías, cargan mudas
como seis viejas esclavas.

Pican su pecho de pelícanas, castañetean
y se quejan, las frías santas.
Bajaron con sed de pelícanas
al festín de las naranjas.
Vinieron con su vieja hambre
y otra vez fueron despojadas.

Ciegas de niebla marina,
perdidas otra vez callan
en la noche salobre del puerto,
vuelven a ser sueño, burla y fantasma.

Vuelta su cara tumban las limas
y no oyen rodar las naranjas,
y se quejan las frías santas.
Pican su pecho, castañetean
y otra vez vuelven acongojadas.

Bajaron con sed de pelícanas
para ser otra vez despojadas.
Ciegas de niebla marina callan,
duermen soñando fruta de fuego
Gozo de Dios, cosa abrasada,
y en la noche salobre del puerto,
vuelven a ser sueño y fantasmas.

H A B L E N L A S C O S A S...

Hablen las cosas que quieren lengua
hablen tomando toda mi habla.
Digan lo suyo las cosas tímidas
que cuando yo hablo se me callan.

Cuento contado en el invierno,
historia loca de mi vida,
si no lauento no la creo
pero contarla ayudaría.

Hace cuarenta y cuatro años
de alguna parte se venía
una montaña se tocaba
y en una madre se nacía.

Me regalaba suelo y aire,
me acordaba las estaciones,
y yo miraba y no entendía.

Hace cuarenta y cuatro años,
yo era un vagido que tenía
cabello de aire, mirada de agua
y voz que voz no parecía.

Parece fábula que digo
y por fábula me la querría.
Ha veinte años tenía marcha
arrebatada y sangres vivas.
Volteadura de la memoria
a los olivos parecida:
ha diez años tenía marcha
y huella herida.

³⁴ Este poema toca el mismo tema que el poema “Fábula” de la presente selección y de “Hace sesenta años”, de *Lagar II*. (N. de los Eds.).

Río loco de la memoria
que repecha sus aguas vivas,
corre absurdo, corre, no para,
loco salmón peñas arriba.

Ha veinte años tenía amor
y como una selva que ardía,
de un envión yo subía en oro
del otro en ceniza yo caía

Alumbraba todo mi valle
y del otro lo enceguecía,
y el que yo amaba, ese no marcha,
selva que solo de él ardía.
Hace tanto que no me acuerdo
y recordarlo me fatiga
como juntar los granos
que ya volaron de la espiga.

Pero tal vez haga muy poco
de mi niñez estremecida
que yo ni tengo más azoro
que la niña recién nacida.

La tierra que está viva
no da ningún vagido.
Ninguno asierra leño
ni da la tierra brillo.

La puerta no es la puerta
donde gatean niños;
la vacada no es roja
ni el aroma amarillo.

O es que se fueron todos
o no somos los mismos
para que en hojas tristes
estén todos caídos.

Ninguno ha ido lejos
y solo se han dormido;
dormir es la derrota,
igual que estar herido.

Cada día la muerte
cae a los valles, hijo,
en refrán y en imagen
de la muerte de Cristo.

Y el sol así aguardamos,
fajados y vencidos,
en lienzo y en congoja,
y muertos, siendo vivos.

Inutilidad del mundo
que no pedía que me dieran,
que yo he devuelto y que no toman,
que me ciñe y que yo aviento.

Inutilidad de la tierra:
viejos ríos que no navego,
caminos donde nada busco,
praderas donde ya no juego.

Plata que es para plateros,
tela que es de horadadores,
madera para torneros.

Inutilidad de este mundo,
metal que perdió el uso y el precio,
cargado altar, cargado muro,
al cual mi mano no alza dedo.

Porque ya me gasté los viajes
y me bostezo los senderos,
y echo ojo laxo a los metales,
y quemé los pastos tiernos,
y ya abandoné la forja,
y con madera nada asierro.

Mi mundo está como baraja
que perdió el as de su juego,
alumbrado de oros de pega,
sumido mi oro verdadero,
gobelino tijereteado

en el punto en que era mi cuerpo
y con el leño de mi roble
ardiendo rojo en otro fuego.

El alma divina cayó al cuerpo
y entró como a su casa,
tan ceñida y extravagante,
tan regalada y tan extraña.

Y entraba y salía por juego,
adentro jugaba a la noche,³⁵
y afuera a tener las mañanas.

Supo que el día tiene abejas
y que la noche es muy callada.
Vio volar mariposas, vio
las golondrinas alanceadas.

Y supo que él no volaría
ni sobre trigos ni cañadas.
Vio nadar peces en la fuente
y supo que él se ahogaba.

A su madre vio haciendo el pan
y cosiendo su bata blanca,
y pensó en el otro país
sin pan ni ropa cortada.

A su madre besó riendo
de haber madre humana;
la tocó sobre el cuello dulce,
oyó su nombre que cantaba.

35 Aquí, falta un verso, que resultó ilegible, para completar el cuarteto. (N. de los Eds.).

Tocó su cuna de árbol seco
y en la almohada su propia cara;
y dijo que no más tendría
dos ojos claros, manitas blandas.

Y cuando la madre acabó
la canción en que lo nombraba,
lo encontró y ya no lo encontró,
y gritó como loba en trampa.

Preguntó a la luz y a la luna
que no le respondieron nada,
y gritó su propio despojo
hasta la noche, hasta la albada.

En la ladera de la colina
donde es mi vela y es mi sueño,
día y noche marchan los pinos,
pinos abetos y pinos cedros
que nos cuentan o se cuentan,
ajetreados de viento o sin viento.

Mi colina tiene un regazo
en el que caben pueblo a pueblo
que doce niños carga y cría
para que sirvan al Santo Grial
en sirvientes y caballeros,
y alimenta a tres vagabundos
que conversan con tierra y vientos.

Y tienen a Filimón y Bancis,
también a Marsias y a Teseo.
Tres perros corren por la colina:
uno nevado, dos color fuego.

Bebemos la misma agua
hombres, pinos, pastos y ciervos,
y sin sabernos más que el nombre,
mano a la mano nos tenemos,
y nos trocamos a su hora
vidas, y muertes, y alimentos.

Los más viejos nunca bajan.
Los niños suben castañas.
Los mozos hacen alianzas y casamientos.

El aleluya y los himnos
los da un mozo ojos de fuego,
y echados por la ladera
van rodando de pecho a pecho
de las mujeres y los niños,
y de las piedras y el ciervo, y los corderos.

Nuestra colina no tiene
ni ladrones ni embusteros.
Cacica y cacique no engordamos.
Para los niños tenemos dunas;
para las bestias, pesebre.

La muerte se viene a buscar
a los mejores con paso lento.
Dormidos nos toma del tallo del sueño,
nos acomoda, nos persigna
y el alma se va por los pinos esbeltos,
y el cuerpo ahusado en astilla,
tapa con resinas de pino cedro
que cantan agudo o que mascullan
algo grave como un juramento.

Tú no te vayas si viniste,
 tú no te acuerdes de tu patria
 ni de tu madre. Si llegaste
 a país mío de llanada,
 no reconozcas más los valles,
 yo así lo mismo renegara.
 Olvida río de otro sabor
 y de otro cauce y mimbrerada.
 Patria y mujer eran palabras,
 gentes y oficios eran fábulas.

Tú no te vayas, aunque te acuerdes,
 mejor si nunca recordaras,
 quema las cosas que te duran,
 por nombre tuyo acarreadas,
 los amigos y las amantes,
 y viga y puerta de tu casa,
 quémalos todos como zarzas
 y las quemas en tu mudez
 o bien las quemas abjuradas.

Como no fueron nunca la dicha,
 dice y repite que eran la nada.
 Desde el loco día del gozo,
 quemé cuantas no fueron dadas,
 quemé costumbre, rompí gestos
 de mocedades y de infancias.
 A cada vez que tú me miras
 de mis raíces rebanadas,
 me oigo y siento la morera
 que se llena otra vez de ramas.

Yo vivo aquí, yo soy mujer.
La tierra no es para mí marcha
si yo no puedo irme contigo
a tu lado como el fantasma;
quédate aquí, toma mi llano,
toma mi lengua, toma mi casa
y olvida toda tierra nombrada.

O no podré dormirme nunca
y seré como la corneja
y como el agua desvelada,
celando noche, celando día,
y con mis ojos como las lanzas.

La tierra tiene montes y cuestas.
La tierra no es como sabana.
Te escondería con un árbol,
con una bestia o lumbrarada.

Yo soy pequeña para alcanzarme.
Me borro como tu bocanada.
Me pierdo antes de que te pierdas
enjugada antes que tu lágrima.
A tus espaldas yo me quedo
de fuego mío calcinada.

LA CASA DEL SEÑOR

Para la casa del Padre que alzamos,
cede tu alicerce tenaz, leñador,
dame tus pinos que intensos trascienden,
tus robles de más leal corazón.

Que como en aquel tiempo bíblico, el pájaro
tiene su nido en la rama con flor
y la alimaña su cueva con musgo:
¡mas rueda en polvo la casa de Dios!

Dichoso el pino que abrigará el cáliz
y el roble que siga el clamor de David,
yo para Él me trocara estas carnes,
yo aquí en columnas fijara el vivir.

Y para el lírico bronce doliente
de la campana, pondrás, forjador,
los cobres más encendidos del monte
con los estaños de gris corazón.

Dios les da en ella a los pueblos sus hablas,
en la campana de humano plañir,
como una madre la voz de sus hijos,
Él las mil voces sabrá distinguir.

Vacía los cobres color de la sangre
que la campana aullará de emoción,
vacía el estaño color de las lágrimas,
¡mezcla, batiendo, dolor con dolor!

El leñador dio los robles inmensos,
el forjador dio el más casto metal;
ahora, cantero, quebranta las rocas
y que ellas auguren un templo eterno.

Y tú, labriego, separa la espiga,
la más morena y que dé más blancor;
vendimiador, echa el rubio racimo
que escancie en el vino un aliento de flor.

Esto que alzamos al viento y al cielo
es mucho más que la casa de Dios,
el seno donde escondido el semblante
en llanto vertimos acerbo dolor.

Turbias ya son de luxuria las casas,
la ciudad toda trasciende a lagar,
tan solo el templo han dejado virgíneo
para David, Isaías y Juan.

Tiene el Señor unas hondas ternuras,
erige el árbol y amasa el metal;
pero prefiere pedirlo a los hombres;
cédeles Él la ilusión que hoy le dan.

¡Qué van a dar si Él espesa la selva!,
¡qué van a dar si Él les dará el trigo!;
¡que no les tiemble en la mano la dádiva;
que Él no les sienta un instante dudar!

Mientras se eleva a las nubes el templo
como un gran roble de copa con voz,

cuenta Jesús, sonriendo, los leños,
mira los mármoles y mide el sudor.

Y buscando el rostro de los que acudieron,
besa la mano en que no hubo temblor;
y en la hora última dirá, al recordaros:
este dio el bronce y aquel el amor.

¡Oh, mi Señor, yo no tengo una selva!
¡Oh, mi Señor, yo no tengo un trigal!
Tú me pusiste en la lengua armonía.
Tú me curvaste en placer de adorar.

Como la viuda de los Evangelios,
cubro mi rostro, quemado en rubor;
no tengo más que este ramo de cantos:
déjame aquí para ser tu cantor.

Yo vine a la fiesta,
pero vine traída:
vine sumisa
como pájaro o ardilla.
¡Ah, fiesta regalada,
bosque y praderas finas,
y color y colores
que se iban y venían!

¡Cuántas cosas llevaba
mi tropa, mi cuadrilla,
y yo como hoy, desnuda,
solo el soplo traía!

La fiesta era tan ancha
que no tenía orillas
y el abra de lo airosa
costera parecía.

En bosque nos entrábamos
o tierras sembradías,
en sazones de especias
y en punto de vendimias.

Los pájaros marinos
en bandadas descendían.

Se apretujaba el cielo,
después todo se abría.

Andábamos las gentes
chocando maravillas,
trastocadas por plantas,
cascadas y avenidas.

¡Ah, fiesta, fiesta, fiesta,
tan alta y tan tendida!
Nada faltaba, nada
pero el dueño no venía.

Iban todos bebiendo
y yo me retenía
por el convidador
que no se aparecía.

Me mordía el deseo,
el ansia me comía.
Mis ojos por anhelo
busca que busca ardían.

De tantos danzadores
la casa se movía.
Que no era cosa eterna
yo entonces entendía.
Yo me puse a jugar
con mi aliento de vida
como madeja de agua
lo daba y recogía.

La bocanada poco
a poco obedecía
y canto me llamaban
la pura sangre ardida.

Se rindieron mis ojos
husmeando a las colinas
y me eché entre las gentes
por si lo descubría.

Tantos rostros pasaban
que me desvanecía,
pero el Rey de hombres
su rostro escondía.

¿Befa como esa befa
quién se la conocía?
El dueño hizo venir,
pero él no aparecía.

Todos los convidados,
aun ebrios entendían
que Él los quiso tener,
pero que no acudía.

Volví entonces la espalda
a danza y montería,
y tiré un grito loco
hacia las lejanías.

Mi voz me daba miedo
como cosa no mía,
saltaba cerro y cerro,
y nada me traía.

Se empina nuestra sangre
tanto que saltaría
de una divina prisa
por su postrimería.

Un gran amor de muerte
empuja a la salida,
corremos como hogueras
y viendo la tierra una
no se nos sueltan las manos.

Los que entendían todo
conmigo se dolían,
costado con costado
conmigo envejecían.

A veces del poniente
rumores me subían,
unos gritos de hallazgo,
de locas alegrías.

Detrás los fuegos arde
la hoguera no encendida,
detrás del mar espera
el dueño de las islas.

Estamos cual los novios
o las recién nacidas,
ahora que se acaban
gritos y montería.

Un gran amor de muerte
empuja a la salida,
mientras duró la fiesta
ninguno lo entendía.

Oíamos temblando
como el ladrón que espía,

y el lugar era el punto
por donde se partía.

Entendimos temblando
que el dueño allí vivía
que en trampa y en acecho
allí se descubría.

Perdimos cincuenta años
para saber un día
que el dueño nunca viene
por costa o serranías.

Que el que vino a buscarlo
lo encuentra a la salida
y que sobran la fiesta,
el ansia y la fatiga.

LA D E N S A N O C H E

Lo digo en la densa noche
como dulce cosa secreta.
Salta una edad, contesta un río
y yo tengo mi cordillera.

Él conoce viñas y olivos,
y no vio ceiba ni palmera.
Viene de lejos, si es que viene;
baja desde una cordillera.
Partiendo viene doce vientos,
no sabe casa y cae hasta mi puerta.

No viene a verme con otro nombre.
Sigue esperándome sin queja.
Vuela en la cara de mi madre
y sobre el dado de mi aldea.

Parece tela que no usaron
y dormita en devanadera.
Parece casa no pisada
y era la casa de mis fiestas.

No sé si al mar me lo llevan
a ver olas encrespadas
y a recibir el crepúsculo
más tierno que las albadas.

Tal vez oyen su regreso
y le abren la reja que habla,
tal vez de lentes no acuden
y lo dejan al relente,
y él se cuaja en sus espaldas.

No sé si encienden su fuego
y calientan su tizana,
y la lámpara le allegan
que hace la foja dorada.

Tal vez quedan a la escucha
hasta que sosiega su alma
y si es remiso su sueño
es que no le dan mis fábulas.

Tal vez no regreso nunca
si esta noche soy llamada
y si regreso le llevo
otro modo y otra gracia.

Tal vez el amor le llevo
que ama más, pero no salva
y lo salva ese amor próximo
quieto, mudo y sin jornada.

No sé si lo aman lo mismo
o de un pobre amor me lo aman
y me para en los umbrales
el miedo de su mirada.

Pero sé que mi alma eterna
pierdo con perder su alma
y sé que si él me perdiere
su alma eterna no lo salva.

Un pobre amor humillado
ardiendo está sin destino.
En el espacio del mundo,
lleno de duros prodigios,
existe y dura este amor
sin palabra y sin sentido.

Se cansa cuanto camina,
cuanto alienta, cuanto es vivo
y no se rinde ese friego
de clavos altos y fijos.

Junto con los otros sueños,
el sueño de ella Dios hizo,
y ella no quiere dormirse
del sueño que su Dios hizo.

La pobre llama demente,
lento arde y no cansino,
sin tener el viento oeste,
sin alcanzar el marino,
y arde recta y arde sin mirada,
aunque sea torbellino.

Mejor que caiga su casa
para que ella haga camino
y marche hasta caer
en los pastos o los hijos.

Ella su casa la da
como caña de carrizo,

da su almohada, da su lecho,
da su mesa y sus vestidos.

Pero ella no da su pecho
ni el brazo al fuego extendido.
Ni la oración que le nace
como un hijo, con vagido.
Ni da el verso rojo y blanco
que se nutre de su brío,
el árbol de azufre y sangre
cada noche más crecido,
que ya la toca y la lame,
y la toma para él mismo.

Ahora envejece lejos
la hermana del mismo nido,
con sabor de nuestras leches
en la boca sin olvido.
Yo me acuerdo, ella se acuerda
y estamos juntas cuando dormimos.

Todavía en mis rodillas
me acomoda como el crío.
Palabras que le decía
todavía se las digo.

La que se fue nos ve iguales
como el pino con el pino
y nos oye nuestra voz idéntica
de orillas del mismo río.

Ella de mi nacimiento
todavía oye el vagido.
Del racimo moscatel
me da el gajo más ardido
y me ve, escucha y tiene
en la casa del cuarto vacío.

Nada en sus manos fue perdido:
tiene el valle entre sus hojas,
los cerros, la viña, el río;

36 Poema del libro *El otro suicida de Gabriela Mistral*, de Luis Vargas Saavedra. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985. (N. de los Eds.).

de la madre, la leche dulce
y de mí el sabor salino.

Como somos una carne,
un solo pulso y respiro,
en cuanto cae la noche
el mundo es breve y cristalino:
ella me oye respirar
y youento sus latidos.

Los cerros se nos deshacen,
el ganado se ha perdido,
el sol se vuelve a su fragua;
todo el mundo se va huido.

Se borra el tendal de frutas
y la granja se ha sumido;
los higuerales se ruedan
por las cuestas y los riscos.

Hombros altos y voz ancha
del padre caen heridos,
y hasta yo, rota de sueño,
ya te canto sin sentido.

Las criaturas van corriendo
de soslayo hacia el olvido
y también los dos caemos
hacia la noche, hijo mío.

En el destierro del origen
 que no sé si me he dado o si me dieron
 para consolación larga y donada,
 la tierra tuve y la tierra retengo,
 y entre las manos me dura sin tiempo.

Tengo la silenciosa madre oscura,
 apuñada en su secreto,
 mi madre parda y dulce, y derramada,
 dueña de eternidad y de estaciones
 que me tocó como al niño perdido.
 Cuando la otra cayó, se hizo más ancha
 y su mirar me dio, y el pecho eterno.
 Urgiendo al cielo hasta el rasgón del alba,
 blancos del ansia y claros de rocío.

Ella está en aflicción, pausa y espera,
 buscándose hijas con ojos perdidos.
 Con el flanco en el flanco recorremos,
 mano a la mano en maizal contrito,
 dulces y tercos para urgir al cielo,
 buscándose hijos con los ojos perdidos,
 nombrándolos demente y sin hallarlos.
 Tal vez mirando un cielo de azabache
 que conspira a quemarle la esperanza.

Recemos sin palabra y con palabra
 por las patrias que caen alanceadas
 o se desangran como parturientas,
 diciendo “¡No eres!” a la vieja noche
 que nos finge la muerte y no mata.

Ya venía aventando los maíces,
llamados con palabra y sin palabra,
y así nos quedamos exprimiendo
el racimo del pecho sin usura,
y así es como estaremos esta noche,
y las demás, acudidos y fieles,
tú, el hombre con la lanza de conjuro;
yo, la mujer de sílaba incansable,
urgiendo al cielo hasta el rasgón del día,
pechos de amor, callando y recibiendo.

Cuando anda lejos y queda sola
como fue antes de su encuentro,
qué cubo tan duro y tan frío
se vuelve la casa que tengo.

Su blandura de golpe se empala
como la leche puesta al viento;
hacen dormidas lo que hacen
mis manos sin entendimiento,
porque solo devano y devano
su camino con ojos abiertos.

Aunque él su mar nunca atraviese,
para mí siempre viene lejos,
de países de puna y fiebre
llegándome como devuelto.
Y las tierras que él se camina
yo recelo con todo mi pecho:
de islas, de sierras y de los puertos.

No hay mentira que se parezca
a mi pobre casa sin dueño.
Se parece a la mondadura
de una naranja que yo enderezo
y a las ropas abandonadas
que esponjadas se fingen cuerpo.

Maté mi sueño hace tres noches.
Día no quiero, noche no quiero
porque mientras se va y vuelve,
vivo otra cosa que vida y muerte.

No he tocado los alimentos.
Cuando entre yo sentiré
la fatiga, el hambre, el sueño.
Me dormiré cuando lo vea
y reconozca vivo todo su cuerpo.

Qué busque siempre mi pan,
el pan nuestro yo no lo entiendo.
Nuestros años están heridos
de tantas muertes que no cuento.
No quiero que vuelva a irse,
no más partidas, no más regresos.
Para nuestro amor herido,
sorbo es el año, pobre es el tiempo,
porque tarde nos encontramos
como perdidos o como ciegos,
y en este alto de posada
los brazos ya tocan el término.

Si ahora llega todo lo sepa
por mis pulsos calenturientos,
por la pobre voz parada
como después de un gran aliento
y por mis manos que recorren
sin creer todavía tu cuerpo,
y ningún otro adiós yo diga
que el que diga al quebrarse mi tiempo.

LA TIERRA DEL AIRE LEVE

En la tierra del aire leve,
en la meseta del Anáhuac
el alentar parece dicha
y todo tiempo la mañana.

La montaña, chafalonía
y las anchuras esperanza.
En la tierra llena de espejos
que llaman agua, que llaman agua.

Las montañas chafalonías
no tienen ansia y dan el ansia.
La luz, delgada de pudores,
de los oros saca la plata.

Y los magueyes como el olivo
llevan plateadas las espaldas.

En la tierra que avienta brumas
la anchura llaman confianza
y a las frutas como al Glorioso
se les ve el cuerpo, se les ve el alma.

Los que anduvieron andan siempre
el cuerpo santo del Anáhuac.

Aquellos aires moverían
para que nunca se pararan,
aquellos cielos cortarían
con las alas y las espadas.

Van en hileras que no se rompen
como unos órganos que danzan
en la luz de chafalonía.

Siempre se ven las indiadas
en pespunte de caravana
o en apilados de magueyes
un nirvana que es una marcha.

Con un rebozo de arco iris
y dátil de oro a las espaldas,
ando yo siempre lo que anduve
o no sé qué es el Anáhuac,
hablo a mi niño caminando
y canto y marcha nunca paran.

Para ser digna ya la carne
se calla días si no canta.

La mano afila y oscurece
el idolillo de obsidiana
y se buscan mexicanos
la luz, el viento y el agua,
la bocanada de copal
y el frenesí de la pitahaya,
y le encogieron la sed
con el silbo y la garganta.

LA TIERRA QUE FLOR PARECÍA

La tierra que flor parecía
ahora es un cactus inmenso,
corola y pistilos de hierro.

Una cactácea que suena
de las raíces al cuello enhiesto
y suena escandalosamente
a hierros chocados con huesos.

En el sol de Brasil lo miro,
en su noche lo sigo viendo,
llena de tierra anda mi sangre,
toma mi sueño entero.

(Por mi casa lo oigo,
lo oigo por más que no quiero;
paro de beber de que lo oigo
y miro fija porque lo veo).

Mi vieja tierra, olor de flores,
ahora se ha vuelto cactus inmenso,
aureola de lanzas, color maldito.
Desplazó palomar y viñas,
descuajó olivo y cerezo.
Creció en una sola noche,
en una sola tapó los huertos.

Oís el cactus gigante,
el duro aloe ceniciente
que dormido pide
en su sueño lacerado

volverse dulce, volverse tierno
mascando su trigo de acero.

Solo dormido se aprende dulce,
se sueña blando y dorado.
Todos quitan su vista del ácido
y el pobre cactus sigue pidiendo
el cuello dulce de los claveles,
que huele intenso y todo entero.

Un solo cactus, uno solo
de aire, de agua y tierra dulce.

Por el molino de sus lanzas
no duermen el niño ni el viejo.
O dormimos y nos soñamos
ahogados en su entrevero.
Hay un áloe, hay un cactus,
hay un molino de hierro
que no da pulpa, que no da leche
y da llama como resuello.

Que está echado sobre la tierra
y no da sombra para lecho,
que a la mujer deja sin hombre
y a los hijos sin nacimiento.

Un solo cactus mayor que los otros
que matamos y que murieron.
Canse al Señor, canse a la tierra,
mañana esté en el llano muerto.

La tierra que flor parecía
ahora es un cactus inmenso.

Llegamos por la nieve y con la nieve
a tu sepulcro blanco.
Las colinas y los pinos se abren a las mujeres.
Tu sueño bien nos acepta:
sin crujido de nieve nos consiente.

Recibe el amor, la palabra quebrada,
las gratitudes y el voto último.
No hay palmo de distancia de tu pecho a los nuestros,
ni divorcio de llama blanca y llamas rojas.
Nunca nos dieron más silencio
los pinares ni las landas,
ni fue tan fácil juntar
esta orilla y la otra orilla.

La nieve grande poco te pesa;
la piedra holgada te obedece.
Las cuatro mujeres esperan
como una sola mujer.
De lo juntos que están los costados
te cuesta ver cuál es la extranjera.

Brazo de dar los cuentos y dar las veras,
aún no sosiegues; escribe soñando;
escribe tú sobre nosotras
como en cuatro cortezas de pino,
un recado de este Noel
y de este trance del mundo.

Rectas, oscuras, lisas y fieles,
igual que abetos desnudos,

aquí nos tienes esperando
la escritura dulce, las órdenes fuertes.
Con resina, con tinta o con fuego,
escribe sobre nuestra carne
y nada calles, y nada te dejes.

Inspíranos hoy y siempre,
pero sobre todo ahora;
ve silabeando el mensaje
a vaho y vaho de aliento.

Haznos saber lo que nos falta;
rebana cuanto nos sobre.
Con oído de reno te oímos;
tu escritura conforta al igual que su lomo;
va penetrando la carne,
por los huesos se escurre y se adentra.

No te faltaremos, matriarca,
aunque la noche se nos cierre.
No fallaremos para que no caiga
tu escritura caliente en la nieve.

Solo si él cae y se pierde
tú tendrás muerte verídica;
y solo si se disuelve
nos disolvemos nosotras.

Ahora es un irnos sin dejarte,
sin volver el rostro ni alejar los pasos,
y sin desgranar adioses.

Regresaremos si somos dignas,
si cumplimos con rebosadura.

Si te fallásemos, matriarca,
no volveremos hacia tu piedra
y no cruzaremos la guardia
que hace tu bosque de abetos.

De montañas descendimos
o salimos de unas islas,
con olor de pastos bravos
o profundas y salinas,
y pasamos las ciudades
hijas de una marejada
o del viento o las encinas.

En el Cristo bautizadas
o en Mahoma de la Libia,
pero en vano maceradas
por copal y por la mirra.

La que en pastos de pastores
se llamaba Rosalía
y la nuestra del gran río
que mentábamos Delmira
y las otras que vendrán
por las aguas de la vida.

El olor de los lagares
en las sienes nos destila
o la carne en los pinares
desvaría en las resinas,
y nacimos y morimos
pánicas e irredimidas.

Nacemos en tierra varia,
en el sol o la neblina,
tú en ternuras de Galicia
y en el trópico Altamira
y como cien lanzaderas

que en el mismo telar pican,
a veces no nos hallamos
aunque seamos las mismas.
Somos viejas, somos mozas
y hablamos hablas latinas
o tártaras o espartanas,
con frenesí o con agonía,
y los dioses nos hicieron
dispersas y reunidas.

La canción de silbo agudo
calofría la campiña
o parece ritmo seco
de hierros en roca viva,
pero es siempre la mixtura
de Medea o de Canidia,
y Eva tiene muerto a Abel
y a Caín en las pupilas.

En los cielos sanguinarios
de praderas o avenidas
unas veces todas vamos
a país de maravilla
o venimos como Níobes
con la vieja cara mísera.

Las más fuertes son amargas
y las más dulces transidas,
las más duras son Déboras
y las más tiernas Rosalías,
y así erguidas o cegadas
todas una sangre misma
se nos rasga el secreto
de las sin razón venidas.

L A S P R I M E R A S V I O L E T A S

Las primeras violetas abrieron,
deben estar porque el aire se ablanda
de octubre y brisa anticipada.
Las busco y busco, y no las veo,
pero dan testimonio de su alma.
La hojarasca rizada las da
y no las da, jugueteando con mi ansia.
Camino y camino sabiéndolas,
y cuando paro ya no se exhalan.
Mi mano tal vez no es pura
para buscarlas encontrándolas.
En otro octubre será tarde
si no hay violetas por donde vaya.
Habrá salvia o tomillos
y faltará la amoratada.
Que mientras las busco,
niñas secretas y enrolladas,
me las tuve y no las tuve,
y regreso de niños burlada.

En la copa de leche fresca,
dejó el cántaro su oleada.
Yo la serví con estas manos
entumidas de la mañana.
En el pecho de la mujer
puso su vaho como la vaca
y la tengo caliente y viva
en paloma sin ronronada,
y entre mi pulso y mis aientos
va cuajando su flor de nata.

Yo me río mi sarga negra
con su relámpago de gracia;
me la mudo como a una niña
de una palma a la otra palma
y le digo burla burlando
luna llena, algodón en rama;
y la leche que yo no bebo
entra en mi pecho, toma mi entraña.

Yo me vuelvo mi propia madre
mirando la leche de mi infancia.
Me parezco a la que no ha visto
raya del mar, llanura de ascuas
y ahora llamo a las que corren
bocas de sal, nucas venteadas.

La copa es lo único que conozco,
la leche todo lo que me valga.
Soy la que huele en una copa
pastos bravos y avenas mansas,

que conoce en sonar del aire
ciega de niebla la vacada
y queda fija en el umbral
pura mirada y esperanza.

Y mientras venga el que la leche
bebe con sorbo de su garganta,
y me devuelva la mano libre,
y yo voltee de su habla,
la copa tibia de la leche
tiene mi cuerpo y tiene mi alma.

LOS CALAFATES

Para mí trabajaron los calafates,
crucé el mar en sus hijos, los barcos.
Mujeres de ellos nunca navegan
y otras navegamos en todos los barcos

Hacen cabales cascos y proas;
el leño aprietan como sus huesos,
sueltan los mástiles como sus alientos
y las proas llevan sus ceños.

Alabo barco en que navego,
palpo las copas y muevo las grúas
que los calafates sientan
en sus lomos viejos.

Que ellos se embarquen en otro puerto
y que se truequen en marineros,
no navegan quienes hacen los barcos,
no navegan los calafates.

En las canastas divinas
en donde están los que amamos
como están frutas y frutos,
creador de ojos abiertos,
creador, faltan unas manos.

Huelo como vieja loba,
palpo con calientes palpos.
Están todas las que estaban:
están las manos de harina,
la de lienzo y las de cáñamo.
Están las de la vendimia,
las de la huerta y las del jardín.
Manos que fueron piedad,
pero no sois mías, manos.

Cayeron en no sé qué aguas,
van corriendo por regatos.
Rodaron por las laderas,
van como rodajas de aros.
Van por los valles tendidos,
hechas abejas o pájaros,
manos sin nombre y sin patria.
Ahora ya nunca manos,
van en estrellas punteadas
en flores de cinco radios,
pasan en estriadas nieblas
en un gajo y cinco gajos
Van cerradas como grumos,
van abiertas como un canto,
van blancas y sin color,

van enjutas, van con llanto.
Van en el viento sin nombre,
van cayendo o van volando.
En prados de La Serena
erguidas dejé unas manos.
Miraba yo desde los mares
y las costas estas manos.
Escuchaba el mediodía,
y a la noche dulce o rapada.
Tocaba yo con mi frente
o mi pecho aquellas manos.
Volaban sobre mi cara
como triángulos cruzados.
El cañamazo tendido
de mi cuerpo lo pintaron.

Faltan en el aire, faltan
en la tiza de los llanos,
en las cosechas de frutos,
en los umbrales morados.
Entre guijas y maíces,
sobre mesas y rellanos,
en todo lo que es de abajo,
en cuanto mientan con nombre,
en cuanto marcan con años,
faltan dos manos, y van
allá por donde no vamos,
por ríos altos del aire
y por nidales de astros,
por las esferas sin sangre
y por el mundo sin tactos.

El eucalipto de su cuerpo
y de su alma me dio mi abuela.
He alcanzado ramas de árboles,
de los damascos y las higueras.

Antes que salte veo la luna,
pero mi luna fue la bermeja.
Como vuelta de madre
yo tuve mi cordillera.

No me cubre toda la noche,
siempre me alcanza alguna estrella.
No me abajan los maizales
y no me come duna de arena.

Me alcanzó siempre el enemigo
y un amigo salió a mi vera.
Cuerpo mío, cuesta llevarlo
y la que cuenta se lo jadea.

Si el persa lo hace pan de los pajares,
come de mi bandada entera
y si me queman ardo un día
en escándalo de hoguera,
y si lo pone en vaina negra
dura diez años perderme entera.

Me lo den rápido en otra ronda
cuando por hijo me lo devuelvan,
pero otra vez me lo den alto
para valle de cordillera

y sin defensas para morir,
muera fácil como la cierva.

Pero mejor si no lo tengo
y si es tu cuerpo quien me lleva,
como el dejo de tu lengua,
vieja santa, boca de salmo,
estampa buena para eterna,
metal hermoso de Atacama,
Isabel mía Villanueva.

Mi hijo aunque lo tenga todo
va a la zaga de su madre,
aunque tiene cien colinas
va soldado con su madre.

Aunque vaya a cielo abierto
tantea siempre a su madre,
me busca y me busca,
aunque vuelen las alondras.

Aunque corra el pasto verde
y aunque su río lo nade,
siempre será esto mismo:
seguirme y ansiarme,
aunque le den Zodíaco
y puntos cardinales,
le den padre y madre
en fuego, suelo y aire.

Sus vistás y sus tactos,
su oído amante,
costumbre mía tienen,
y sed y hambre
de mi ir y venir,
mi hablar y mi callarme,
de mi bulto en el patio
o en los umbrales.
¡La de su madre, de mí,
no más que de su madre!

Caen los gestos de los amigos
en la soledad de mi falda.
Los que murieron me los envían
y los devuelven como bayas.
Manuel cogía dulce la fruta,
Selma bebía lenta el agua
y mi madre mondaba como
las viejas reinas su naranja.
El bien querido caminaba
como su pecho, viva su espalda.

No querrán gestos en donde están
que así me caen a la falda.

Mi hijo no late esta noche
y no respira detrás del muro,
Mi hijo duerme bajo la noche,
pero la noche no es su madre,
que no le vale por mis ojos
y no hay viento mejor que mi hálito
para que él se despierte dichoso.

Anda mi hijo entre bocas de bronce.
Saca la cara de los relámpagos.
Va y viene entre olores ácidos,
sonando hierros y hurtando víboras,
y su trinchera le sostiene
con lodo y lodo los costados.

Todo lo trajo y pudrió
el sonámbulo sin noche,
el que no siega ni vendimia
y no ve dormir a su lado el hijo.
No tendría madre, dientes de leche.
No habrá jugado, no habrá cantado
y no habrá visto subir el sol,
prestado de Dios, puntual y divino.

(Guerra, vieja trotadora,
coyota de la media noche,
un cuadril vivo, el otro seco,
pasando viñas y villorrios).

Si me dais ruta, voy a buscarlo,
a hacerlo reír, o contarle el trigo,

a alabarle la mujer,
a decirle campos de fresas.

Búsquenle hierbas de sueño
por los campos provenzales;
cánsenlo rompiendo minas
o que tumbe pinos y pinos.

Cuando él duerma, dormiremos.
Pero sueño solo le da
El Judío que anda la noche
dando perdón y rocío.

Vamos haciendo ruta,
tú y yo, mi Señor Jesucristo,
pasando dos mil centinelas
y cuarenta muros hasta su puerta.
A hacerlo dormir
y a hacer de nuevo su sangre.

Me voy como en secreto,
cuerpo y alma a buscar
la mujer de la proa,
la regalada al mar.

La hija del océano
mi lecho va a tomar.
La mujer vagabunda
toma la tempestad.

La mujer de la proa
todo su mar me da.
Le dejo yo mi lecho,
las naranjas y el pan.
Ella el viento, el sargazo,
las espumas, la sal.

Las dos nos conocemos
de diez siglos y más.
Mudamos el destino,
trocamos el afán.
Ella toma mi sueño;
yo le recibo el mar.

Toda la noche larga
tengo lo que me dan.
Las olas como Antígona
me enseñan a ulular.
El mar me enseña
doble muerte y eternidad.

Mitad mi cuerpo es ola,
Vía Láctea mitad,
mitad carne es estruendo,
media carne es coral,
el cielo es un besarme
y el agua un me entregar.

La que en mi lecho duerme
sueña tierra y casal.
Mi almohada le da patria
y madre y cristiandad.

Cuando el alba se venga
volveremos a estar
mi hermana aquí en la proa
y yo en el navegar.

Marinos, cuerda y mástil
ni saben ni sabrán,
y al cerrarse la noche
lo que ha sido será.

Ella en la proa dura
cuando se vuelve al mar
trae en la boca leche
y en las rodillas paz.

Yo ando con extrañeza de marcha
y de cantar pesada de algas,
de pulpo y ceguedad.
Mis amigos no saben
lo que se sabe el mar.
Cuarenta noches negras
velé desnuda el mar.

Miro su cara por los barrotes
y veo su frente rayada,
y también ella me cuenta
ocho rayos en la cara.
Su mirada me da hierro
y cae hierro de su habla.

¡Cómo será sin barrotes,
cómo serás tú, sentada
tejiendo lanas, comiendo uvas
o con un niño sobre la falda!

Cuando a la luz salgas libre
y yo mi puerta te abra,
llegarás entera, hermana,
entrarás como una llama.

Me mirarás con tu rostro,
me bailarás con tus plantas
y entonces veré tu edad,
oiré tu culpa sobre tu patria.

Nosotras somos las de antes
para correr, para trepar,
vigilar y remar.
Aquí no temen los niños,
los viejos tampoco tiemblan
y las mujeres vamos con ellos,
con los vivos y los muertos.

Como resucitan los muertos
vamos juntos, todos con cuerpo,
saliendo de nuestras casas
y de nuestras sepulturas.

La tierra no quiere; el mar
no quiere; las peñas gritan.
Los osos suben los riscos
y los lobos bajan al combate:
Grecia es pura carne, Grecia
ya no es golfos ni olivares.

Defendemos el puñado
de olivas, la uva de Corinto,
la miel silvestre de los cerros,
los bailes de los nacimientos
y la danza de las bodas.

Por serranías que crujen
o de soles o de nieves,
corremos en arrebato
tejedores, calafates,
pescadores y cabreros.

No les daremos el agua
ni una mascada de hierba.
No coceremos su pan,
no les prestaremos lechos
ni dos tizones de fuego.
Bocado no tendrán, ni sueño,
en la península ardiendo.

No hemos de dormir en tanto
que ellos manchen las rutas
y que nos toquen las islas.

Nos llevamos a nosotros
y llevaremos a los muertos.
Vamos juntos y enlazados,
saliendo de nuestras casas
o saltando de las tumbas,
abiertas como las vainas,
para que salgan los muertos,
y llevamos un solo nombre
y un rayo de muerte en la boca.
¡Ea, Grecia, ea, ea!

No pararemos hasta ver
su polvareda al oeste,
la boa negra de los tanques
perderse como culebrilla
y los penachos de cacatúas
comidos del horizonte.

Del cordón de la frontera
los aventaremos, los lanzaremos
nosotros, los vientos griegos,
la maldición y las mareas.

Corred, remad y volad
vuelta la cara al Adriático.
Desde nuestros campamentos
solo os vemos las nucas
y los gallos voladores.

Nos quedamos en las quebradas,
en los cerros, en las lavandas,
alisando las hierbas,
a las peñas y a las bestias,
exorcizando las colmenas.

Y enterrando a nuestros muertos,
diez por cada griego, diez,
sepultando día y noche
al sol y a la luna, y contando
ya sin voz y ya sin número.

Latinos, hijos del griego,
decid tartamudeando:
decid si podéis Ulises,
decid Píndaro, gritad Homero.

Las cabreras de la Tracia;
las batidoras de cuajada
y zurcidoras de redes,
nosotras amamantamos
ayer a esos, hoy a estos,
latinos memoria quemada,
pueblo vuelto de revés,
que mamó de nuestros pechos.

Hay una carne nueva y el nuevo
vagido parte en la madrugada.
Hay unos lienzos agitados
en la humedad de la mañana.
Blanca el alba que oye el vapor
y la madre más que ella blanca.

N I Ñ A N U E V A

Novedad verdadera
y albricia brava.
Hay una niña viva
que ayer no estaba.

Enrollada estaría
o encuclillada,
pero en faldas ni brazo
se columpiaba.

No estaba en el granero
con la harinada
ni saltó de las cajas
claveteadas.

Estaban las Antonias
y las Preciadas,
y las Marías.
Ella no estaba.

Háganse guiños
y digan bufonada.
Ayer ninguna niña
aquí lloraba.

A esta aparecida,
a esta mandada
no ha visto entrar ninguno
por la majada.

Disparate de niña
descoyuntada
que en los brazos se dobla
de desgonzada.

Niña nuevita,
así estrenada.
Niña “suelta de talle”,³⁷
niña arribada.

³⁷ Expresión ya usada por Gabriela Mistral en su libro *Tala*, con una nota que ella misma puso para que lo entendiera el lector argentino, y que aquí lo hacemos para que la entiendan las nuevas generaciones: "Expresión popular chilena que quiere decir desparpajada y donairosa a la vez". (N. de los Eds.).

Madre, si te naciera hijo tuyo poeta,
alabarás a Dios que mira hacia su mundo,
que pone nubes sobre el monte sitibundo
y que prende en el risco montones de violetas.

Ama las cosas donde pondrá su corazón:
las velas anhelantes, esposas de los vientos,
las conchas de los mares, llenas de sus acentos,
las apretadas gomas ceñidas de pasión.

Cuando hagas la vendimia en la rojez de octubre
o al ordeñar tus cabras en la tarde morada,
acuéstalo en las hojas de la vid magullada
o ponlo bajo el vaho caliente de las ubres.

Y en la recolección de dátiles quemados,
de acendradas almendras o férvidas naranjas,
lo dejas en el patio dichoso de las granjas
dormir sobre los higos blandos cual tu costado.

Busca una isla suave, playa y cuesta,
para que el horizonte vasto rasgue sus ojos
y haces salir tu fábula de caracoles rojos
o haces arder el mundo cuando tu sol se acueste.

Te crece en una isla, se dora en una playa
y el jadeo del mar le mece los sentidos,

38 Poema manuscrito del Legado, sin título, al que le pusimos uno sacado de su interior.

serán como las velas de lino sus oídos
y escuchará tus venas cuando la mar se calle.

Huele las algas, huele las grutas donde dura
el hálito del mar que se seca en las velas
y desde los peñascos siguiendo las estelas
perfecta de los barcos, se muere de dulzura.

Y en las noches se clava como dardo en tu pecho
si la tormenta ciñe la isla de locura
y el mar como pantera tiene una piel oscura
ardida de relámpagos, y el seno es más estrecho.

Tu boca tiene sal y tu canción dulzura,
y tu fábula canta sobre la marejada,
y al otro día cuando la playa está esmaltada
de conchas, tu niño abre su ancha mirada pura.

Las islas viven, madre de floridas rodillas,
porque se hincha tu fábula como las grutas planas
y el mar sean los ojos disueltos de sirenas
y un niño tenga ojos densos de maravillas.

Madre, si te nace niño de canciones,
ese que te rinde el vivo regazo,
levanta en la luz cual ramos tus brazos
e hincha tu garganta con las bendiciones.

Bendición a los pinos que le darán la goma
para la suavidad de la estrofa callada;
bendición a la boca solar de la granada
que le dirá la vida de sí misma abrasada.

Bendición a la viña jovial y luminosa
por los mostos lo mismo que risa derramada;
bendición a la almendra como una joya breve
que es la sabiduría secreta, amarga y leve.

Bendición a los cielos con horizontes vivos
donde hallará tus fábulas en rojos y amarantos,
los piños de carneros y los reyes de mantos
de llamas, y tristezas de elefantes cautivos.

N I Ñ O S I C I L I A N O

El niño siciliano
nació niño y tintorero
entre dos bateas de tinte
o dos tanques remansados
de azul turquí y rojo siena.
El padre teñía; la madre estrujaba.
De un lado era el cielo, del otro la tierra.

Vive con ojos turquíes
y con la piel rojiquemada,
por los baldes sanguinosos
y los tendederos desenfrenados.

A todo cielo y medio pan,
medio alero y medio techo.
Ríe más que los niños de Francia,
de Australia y de las Antillas.

En mis faldas yo te tuve
en revolturas de rizos,
cuando mi dicha,
cuando mi Italia.

Ahora se han caído tus torres
doradas, puentes y acueductos.
Caería tu padre, vara de encina;
moriría tu madre, ojos de fuente.

La tintorería como tortuga
vuelta del revés, rota y desventrada,
dos patas azules, dos bermellones,

no se conoce ni te conoce.
Los tanques del tinte se secan al viento.

Ríe todavía, contra todo ríe,
ropitas de harnero, corvas pintadas,
niño duende del cielo, sazón de la tierra,
sentado sobre tizones
preguntando con todo tu cuerpo.
El cielo es el mismo, el mar está entero.

Toda la casa eran dos huecos
negros y el patio pinturería
cuando mamabas, cuando crecías,
lo mismo que el mundo hervías
y gritabas de colores.

En mis brazos yo te volteaba
esmalte de Cappella Reale:
íntegro, duro, corto y dorado.
Niño mío, pasó la guerra,
la de los otros, no la tuya.
La de Musso y zambra de Edda,
el calambre de los aviones.

Tenías bateas, lanas,
embadurnadas tu torre y tu madre,
y el casi nada casi era todo.
Las artesas quedaron abiertas,
vuélvelo a teñir como Dios Padre
con tus dos manos sollamadas
y tu lomo descalabrado.

Espera el barco y los zumos,
el cobalto, el añil.

Sigue cantando tu madre
en una banda de tu aire
y Mestre te da en el sueño
la receta y el juego de tintes.

Cayó todo y ardió todo,
menos tu cuerpo y tu risa
en el cogollo.
Siciliana y ensortijada,
flor de mi vista
que me endulza a mitad del llanto.

No te me acabes, no te me pierdas,
cosa mejor que Ghirlandaio,
gajo igual que italiano,
pámpano de oro.
Todavía estruja la lana
pintureada de mi vestido.

María, madre de Jesús,
yo no tengo para darte
en esta tierra extendida
no tengo sino el valle de Elqui.
Y cosa santa de dar
al valle de Elqui no tengo
sino a ti, Virgen María.
No tengo llanura de trigo,
tampoco bosque ni costa.
Te doy lo mismo que a mí me dieron.
Te regalo treinta huertos,
cuarenta cerros.
Te regalo cosas pequeñas
y oscuras que están ardiendo.
Ninguna fría ni muerta.
Tú no te rías, pero sonríe,
y sin responder acéptalo.
Aquí va el vino de las bodas,
aquí va un chorro de almendras.
Abriendo en las piedras está la fruta,
colorada, amarilla y prieta.
Aquí van refranes de arrieros
y va mi canción de cuna.
Voltea y hallas y coges
las dos manos de mi madre,
en dos casas de juguete
y la de Emelina.
Van los viñateros y los camayos.
Va una luna grande que parece loca,
y un día corto, una noche ancha
y montañas y montañas

ni río, ni mar,
ni montañas que gritan, madre mía,
gritan de Dios y gritan a Dios.
Es preciso que todo lo tomes,
lo recojas y lo recibas,
carne cristiana y judía,
tanta leche y tanta amargura.
Tan profunda y tan rasada,
tan clara y tan misteriosa.
El valle de Elqui te dejo.
Iba a morirme sin dejártelo dado.

P A C I F I C A C I Ó N

Ahora ya puedo dar la estrofa apaciguada
con este corazón otoñal que ya ha nacido

al nacer la esperanza. La vida fue vivida.
Ahora puedo cantar de todo liberada.

Liberada del ansia, liberada del alma
soberbia, la que quiso corregir el destino.

Ya todo fue cumplido y se acaba el camino,
y la que pobre odió, mendiga queda en calma.

Y al cantar me asemejo a los que están colmados.
Digo mi acción de gracias de lo que no he conseguido.

Parece que fueran
nuestras madres las palmas.
Que cabeceamos
como cabecean las palmas.
Que nos come el sol
como se devora a la palma.
Estaremos muertos
como se tiende la palma.
Y levantarse del millón de palmas
ligeros que somos
como la mismísima palma.
Nuestro baile suena
como en los cogollos la palma.
Ni bestia ni flor cristiana
valen más que la palma.

PAOLO Y FRANCESCA

Por el vacío van como dos lienzos
abandonados, Paolo y Francesca.
Van seguros de que no acaba el cielo,
van tranquilos de que pueden esperar,
van rápidos como su corazón
y más rojos se ven que las banderas,
eternos como si estuvieron siempre
condenados así de su condena,
como si ellos nacieron amarrados
del beso que las bocas no les suelta,
rodando entre las lunas y enseñándoles
beso de vivos a las lunas muertas,
palpitaciones al abismo huero
y cuerpo unido a las estrellas vueltas.
Van y van siempre Paolo y Francesca.

Inútil que florezca allá en tu patio
la rosa regalada. Ella es tan mía
como el sol de la cara de los muertos.

Inútil que tu casa tenga ahora
en la mesa el sonrojo de las frutas
que sé morder, exprimir y alabar.
Mi sed se vino y ha pasado el mar.

Inútil signo muerto
echado al viento sur inútilmente.
Cuando es tu día de mandar mensajes,
yo duermo lejos en piedra sin sueños.

Inútil que hayas aprendido ahora
palabras de salvar la hija de Jairo
y de hacer que el tullido entre en su casa.
Cristo no dijo: “Volverás mañana”.

Por el metro de la tierra
oigo cantar los pájaros
y veo volar las nubes.

En la hora del mediodía
dejaré pronto mi espacio
y la bajada de hierbas locas
que mordisqueo con mis labios.

Él los tome y los retenga
que yo no retuve lo dado...

Siento en el atardecer
que me recogen aire y espacio,
y que toma lo que me dio
uno que cruza callando.

Oiga el pino que yo dejo
vientos que parecen llantos,
beba el agua de mi sorbo
y el sorbo lo haga plateado,
y jueguen con él los niños
a voltearle los gajos.

Para eso yo te cargué
a la espalda, pino mío,
y te dejo lo que tuve
que fueron aire y espacio,
y te planto en huella mía,
pino de sierra, pino arrancado.

Me pasa que cuando llego
al cuarto de Doris Dana,
el cuarto está que rebosa
de juguetes, niños y algas.
Los juguetes duran el día;
los niños duran semanas.
Pero ocurre que entre losas
y muñecas destripadas
queda un bultito que se parece
a cosa viva y no mentada
que no es papel y es casi eso,
y a mí me intriga; a ella nada,
y me dice que no lo busque,
que es el aire y se vuelan sus páginas.
Pero vuelvo a preguntar
y Doris entonces ríe
de que se vuelvan duendes sus páginas.

Nunca yo me allego al ángulo
del cuarto en el que ella guarda
sus historias consumadas
y ella tampoco se allega
al infierno de mis páginas.
Sigo en dos tiempos dudando
y creyendo a mis miradas.
Y cuando es que ella se ha ido
sucede cosa más rara:
y es que aquello que allí estuvo
vuelve a estar más vivo y... anda.
Y viene hacia mí;
y no es uno, que son cinco,

y andan sí, ya todos andan.
Me estrego los pobres ojos:
vienen, y son pequeñitos
sí, señor, como una página.

Señor y Virgen María:
¿pero es que son duendes y andan
como Pedro por su casa?
Tan chiquititos eran, ¡tanto!
Me atrevo, si son fantasmas.
Y el vientecillo los echa
sobre mi cara. ¡Son páginas!
y son los cuentos de Doris
cinco niñas fabuladas,
tan vivas que de lo vivas
se echan a andar, alocadas.
Pero, ¿por qué no me dijo
que sus cuentos caminaban
y que tenían semblante,
y reían y lloraban
lo mismo que Juan o que Ana?
Y por qué las celó tanto
que no las supe, ¡cuidada!
Tan vivas son que llegaron
a contarse como enviadas
tan solo porque supieron
que ella se las renegaba.

Rak, rak. Cuántas eran, cuántas
las piedras que tiene el mundo.
Queremos romper las piedras
y el corazón de los hombres,
abrirlo, fundirlo, ver su color,
saber si era de carne o de piedra.

Tok, tok, tok, tak.
La piedra es roja, siena o granate.
Pero queríamos ver saltar el color,
el rojo asomándose
del corazón de los hombres.
Si es piedra va a partirse
antes del día en que muramos,
va a saltar y llegar al nuestro
el corazón de los hombres.

Nos ponen a romper cantera
como si fuera lo más amargo.
Rak, rak, rak, pero nosotros
cuando golpeamos o dormimos
dejamos el oído puesto
hacia el corazón de los hombres
a ver si suena, respondiendo
como las piedras cantadoras.
Chak, chak, tenemos paciencia
más que el furor los galeotes,
picapedrero.

Puede estar cerca y despertarse
el corazón de los hombres,

oír gemir, oír jadear
y decidir que ya paremos,
que tiremos los picos y hablemos,
y no se oye venir a los hombres.
Hagamos juegos, recemos juntos
y después durmamos con sueños.

Sabemos que no son de carne,
pero tampoco son de piedra
los corazones de los hombres.
Rocki, Rak —No sueltan oro
ni cobre, ni voz, ni nada...
Fue fábula que nos contaron
las mujeres que están locas,
que sus corazones cantan
a izquierda y locos de sangre.

Cava y cava, abriendo el mundo
saltara el corazón de los hombres.
Cada uno ha de tenerlo
porque lo tuvo Jesucristo,
las mujeres lo creen y juran.
Sabemos que el nuestro es de piedra,
¿pero de qué serán los otros?

Mejor no alzar la cabeza,
picapedreros, como piedra,
masca concha, muerde cascajos
y mira solo el grillete,
y el pecho que canta de huesos,
y ver el salto de los picos.

está donde esté cantando
los golpes de nuestros picos.
Cuenta, cuenta, Señor Jesucristo.

Con tus dedos y tus ojos,
tus gotas de llanto cuenten,
cuenten sudor y jadeo.

Rak, rok, oímos, oímos,
aun con los oídos rotos,
raak, raak, al que cuenta
y como cuentas el último,
y se te oye después de los picos,
seguimos para acabar,
y que tú acabes y que duermas,
y tú duermas, el contador
de dos mil años, Jesucristo,
galeoto ojos abiertos
y brazo alto como nosotros.
Raak, raak, raak.
Cava y cava, buscamos los hombres,
calla y calla.

REGIÓN

Esta región la amasó su demiurgo
desesperado, bregando y gimiendo,
y sus hombres no fueron niños,
cuellos de plata, brazos frescos.

Tienen la luz, no aman caminos:
llegan al mar, no son barqueros,
y no sacuden cuando es mayo
mazos de lilas o de almendros.

Esta región de lomos duros
mi sangre toma en refrigerio;
mi carne muerde por su sed,
mi fiebre afila como un cuerno.

Nos miramos como se miran
los esposos que odian su lecho;
mañana y noche nos miramos
con los ojos duros y secos.

Me hostiga con sequedades,
con la zarza y con el enebro,
y yo la ofendo con mis ojos
graves de pena y de silencio.

Raza mía por estas lomas
no dejó voces ni silencios;
husmeándola yo camino
y no me salta como cordero.

Pasaría sobre estas dunas
a países de limonero.
No paró en aguas, no dormiría
hasta caer sobre los huertos.

Salgo de alba por los caminos,
bato la enseña de mi cuerpo.
Grito mi nombre, dardo rápido,
piedra hondeada, nombre extranjero.

Pongo a remar mis pobres brazos;
antes que caigan como helechos
y en las mañanas acaricio
como a un halcón mi pobre cuerpo.

Pies míos, lealtad mía,
vamos bajando a valles nuestros,
y en las tierras que son felices
llevan mi cuerpo vivo o muerto.

Regreso de una patria
que ninguno cuenta.
Yo caí a golpes de azada
con mi madre muerta.
Se desmoronó mi carne
con la carne de ella.

Me habían cortado voz,
ánima y potencias
como cortan en mujer
dormida las trenzas.

En dos platillos bajaron
nuestras dos cabezas
como granada y granada
que sorbe la tierra.

Parece que me cortaron
mortaja, maderas,
y que midieran los palmos
que mi cuerpo entrega.

Me habrán alzado y traído
mis hermanas muertas,
mujeres del valle de Elqui
que en lo eterno juegan,

39 Poema tomado del libro *El otro suicida de Gabriela Mistral*, de Luis Vargas Saavedra. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985. Sin embargo, dejamos el primer verso como título para evitar la repetición con otro texto del mismo nombre en *Lagar*. (N. de los Eds.).

bailarían sobre mí
sus sayas eternas.

Mi corazón y mis pulsos
en arroyos suenan,
y un himno se canta en mí
que ya nunca cesa.

Como ser dueña de todo
en quedando sierva
y no comer ni beber
de no estar hambrienta.

Estoy como muy anciana
y como muy tierna.
La misma cosa reír
y llorar me cuesta.

Me regresan en tropel,
al pecho me llegan
mis gentes que de una
en una cayeron en tierra.

Maravilla que no saben,
Navidad tremenda:
haber estado en sepulcro
y volver entera.

RÍOS

Ríos los tuve, ríos los tengo.
Aguas suyas nodrieron
con mi madre mis sueños.
Han pasado los cuatro ríos,
han corrido sobre mi cuerpo
como sobre su propio lágamo,
y cuando muera he de venir
a probar abajada en ellos
el sabor de mi olvidada sangre.

Río de Elqui mi cuerpo lleva
hasta donde camina tierno,
color azul lleva mi cuerpo
como un álamo de siete años
y corre midiendo su valle
o corre persiguiendo a arriero.
Río de Elqui, tierno de cristal,
asustado de ver sus cerros
que son morados y rojizos.
El primero lleva mi cuerpo
como un álamo de tres años.

Río Aconcagua, el casi seco,
lleva mi cuerpo verdadero,
cuerpo cocido de fervor,
como porción de alfarero
bajado de nieve absoluta,
tinto va, tinto de mi diezmo.

Río de Pátzcuaro, tan blanco
que del fulgor los ojos cierro,

abriendo como el unicornio
los platanales con su cuerno.
Sierras abajo va silbando
entre la espuma mi secreto:
que el trópico era mi herencia
y que no más trópico tengo.

Ródano, río de las gentes,
mecedura de mi destierro,
fecundo como el toro sacro,
de una orilla a la otra orilla
tiene la sombra de mi cuerpo.
Mi semblante de cuarenta años
lleva rompiéndole los gestos.
Como no tengo tierra mía,
como no tengo pampa de sal,
que me guarde sin pudridero,
denme su lágamo y me dejen
su pecho grande sobre mi pecho.

RÍOS DE AMÉRICA

Ríos de América corren mi cara;
eran mi sangre y son mi sangre,
el Magdalena, el Aconcagua,
Maullín y Usumacinta,
signo y seña de mis entrañas.
Mares ajenos, ríos extraños,
los navegué vuelta fantasma.
Aguas de América llevan mi cara,
llevan mi cuerpo, llevan mis miembros,
llevan deshecha mi garganta.
Aguas inmensas y aguas vanas,
dulces aguas sacerdotales,
aguas que quieren demorarse
pero corren a su nirvana.
Al mentarlas huello sus limos
y oigo el grito de una piragua.
Unos son sangres adolescentes,
otros son sangres amoratadas;
los hay de leche demetérica
o sin color como palabras.
Cuando las vuelvo a ver les grito
como a mi madre resucitada.
A sus orillas los oigo y me oigo.
Viejos amantes que otra vez hablan
y cruzan rápidos peces quetzales,
deshacen y hácense algas trenzadas.
Cuando aparecen los reconocen
y saltan de ellos mis entrañas.
Brujas aguas que corren lentas,
lentas aunque vayan arrebatadas,
grandes, calladas y fatales,

y secretas y reveladas.
Aguas de América, cuerpo de dioses
que pasaron y que no pasan.

R I T M O

Un ritmo puro me persigue
esté dormida, esté despierta.
Cuando converso me perturba,
cuando camino me gobierna
y cuando duermo toma y tiene
estas potencias de mis venas.

En luz rasgada o en la pulpa
de toda noche de caverna.
Hermanos míos nunca tocan
así mi flanco y mi cabeza.

Un ritmo grave que es ligero
de mi espíritu hace su presa,
que así me adensa como un oro
o como un aire me aligera.

Entre las gentes me separa
y en soledades se me estrecha
tanto que si me falta me muriera.

Saltó de un agua que triscaba
o de las cribas de la tierra,
y ahora incansable me camina
por los hondones de las venas.

Que en la luz viva corra viva
o que en tristeza me disuelva.

Si como un préstamo lo dieron,
del donador su cara vea.

Y si mi sangre lo tenía,
era mi sangre mina ciega.

Nadie lo ve que va conmigo
que me converse y que me tenga,
y nadie sabe de los míos
que me posea y que me envuelva.

Voy a morirme con su mando
y su dulzura que gobierna,
y yo sabré si me acompaña
o se rezaga por la tierra.

Un ritmo casi criatura,
casi demiurgo y potencia,
me purifica y me devasta,
me da la paz y guerra.

En el silencio de los pinos
o sobre dunas de mi siesta,
maja mi cuerpo como torno
y me combate como guerra.

No es un arcángel ni un duende,
nunca su forma contornea,
pero sin cara me domina.

RONDA DE LOS ALTOS PINARES

La alta ronda de los pinares
nunca se cansa de girar.
Arriba, en la montaña, santa,
tocando las nubes está.

Ella subió en remota noche
la montaña blanca y mortal,
subió hasta colgarse en los cielos,
y no ha vuelto nunca a bajar.

Danzan arriba, sin descanso,
en cielo claro o tempestad;
el canto no se les escucha,
pero no cesan de cantar.

Otros pinares van subiendo
las cuestas en oscuridad.
¡Ay, jadean en los repechos
y se deshace su collar,
pero siguen subiendo siempre,
apretados de voluntad!

Arriba es la luz tan insigne
que el cuerpo se hace claridad
y en el aire fino comienza
lo leve de la eternidad.

Remota ronda de pinares
que no se cansa de girar.
Arriba, en la montaña santa,
llamando siempre, siempre está.

Solo doce muchachas en giro,
solo doce muchachas bailando.

Y el día blanquidorado
y el río rezongador,
y las muchachas atarantadas
de montañas con resplandor.

Solo diez por la costumbre,
las diez con nombre cantador:
Rosa, María, Luz, Amelia,
Florida, Violeta, Concepción.

Y las montañas respondiendo
como personas que ellas son:
Cerro del Fraile, Cerro del Viento,
Cerro del Río, Cerro del Sol.
Llamados, gritados y vivos,
respondiendo con bulto y voz.

Diez muchachas, diez, bailando
la Pascua de su corazón,
todas hijas del mismo río,
del mismo viento y del mismo sol.

Nos oigan los que no cantan
y vendimian bajo el sol,
y quieren ser acompañados
de un canturreo y un amor.

Las manos miman los racimos;
los ojos se vuelven al son;
a ratos paran y escuchan,
pronto corean la canción.

Y las montañas mismas gestean
con luces, sombra y resplandor.
Alargan de lo alto el día
sus cuellos altos del fervor.

Las contamos fracasando,
siempre la cifra es mayor,
doblan siempre con sus sombras
y sus frentes mudan con el sol.

Nunca, nunca las dejaremos.
Aunque Lucila las dejó,
va por las rutas, va mentándolas
blanca y roja de polvo y fervor.

SANGRE DE ESPAÑA

En la miel que comía,
miel de Alcarria,
yo veía el enjambre
de alas doradas
y el sol que arde
en romero y en salvia.
Delante de los ojos
él me volaba.

El enjambre de abejas
cuando la destapaba
me aleteaba en la luz
sienes y cara.
Ahora el enjambre
me punza las entrañas.

Tu color no lo veo,
color el que copiaste,
el de mis entrañas.
Un dejo me da ahora
la miel santa,
dejo de sangre viva,
dulce, salada,
sabor que nunca, nunca
la boca me tocara.
Me pesa en mano diestra
miel de la Alcarria,
en los pulsos me pesa
sangre y sangre de España.
Este peso mejor
nunca se levantara.

Cucharada de miel,
ay, tan mudada,
en mi mano te quedes
así parada.

Coman otros, los otros,
sangre de España
y así Dios les vea
mano y garganta.

No se ha contado antes
así su vieja fábula,
miel de Alcarria que muda
así su bocarada,
miel que salió perfecta
y que acabó en amarga.
No se ha contado el duelo,
nunca se le contara.
En mi boca se queda
en un pasmo clavada,
hostia así no se come
de sangre veteada.

El sol que se fue del mundo,
 que venga devuelto
 por detrás de la montaña
 en dorado ciervo.

¿Cómo jugamos ahora,
 tanteando como peces ciegos,
 si es que ya no vuelve?
 ¿Habrá trocado la ruta
 que aún no amanece?

A lo mejor con llamarlo,
 entienda y regrese,
 ¿o nos burla en fraudulento
 jugando a perderse?
 ¿Tal vez se está demorando
 con pulpos y peces?
 Somos el tahúr demente
 que lo perdió todo.
 Está el mundo como quien
 sumió sus tesoros.
 ¿Nos olvidó como fábula
 que cansa saberse,
 como a refrán, como a dados
 que quieren perderse,
 polvosos de muerte?

No te tardes, sube, sube,
 Padre frente de oro.

No te tardes en cubrirnos,
 sangre de nosotros.

Quien te retenga te entregue,
inca sienes de oro.

No te vayas trascordado
marchando con otros.
Álzate si estás caído,
amapola de oro.

Con el llamado se apura
el despeñado halcón de oro,
cubra sus doscientos valles
con amor de asombro,
pose batiendo sus alas
de amor y de gozo.

Como que viene y que viene,
como que se crece,
como que era trascordado,
como que aparece.
Mirar al nido del este,
esperar friolentos,
fijos, dulces y fieles.

Sube una clara frente,
una sien, un pecho,
un hervor hacia el oriente,
un disco, un incendio,
un nidal del fuego,
y somos hermanos todos:
valles y bestias y gentes.

Estaban con nosotros, aquí estaban
mezclados como la uva en el racimo;
con sus espaldas y su pecho juntos
en el lagar de gajos confundidos.

Ellos no resbalaron de las barcas
ni cayeron en flechas al precipicio.
No quedaron tendidos en la cuesta
ni se quemaron en fuegos y fríos.

Nos soltaron las manos en la ronda,
se escaparon en liebres por los trigos.
Nos dejaron tendidos lecho y cena,
y en nuestra sábana el calofrío.

Su semblante cortaron de la tarde,
se rasgaron en lienzos los sentidos
y fueron a país donde no iremos
en que ellos son en otra luz distintos.

Si encontraron ahora otros hermanos
y sentados están a su convivio,
contarán mordisqueando nuestra fábula
el cuento de este valle anochecido.

Y de los que aquí labramos, hostigados
como de tábano, por el destino
o que estamos, costado con costado,
desvariadores y blancos heridos.

Sus camaradas, locos de confianza,
que no los pongan a velar dormidos
ni les entreguen mina de diamantes
y no les acuesten al regazo un hijo.

Ellos se fueron como el vagabundo,
limpiando el beso, ya acabado el vino,
y han roto el cuerpo de su madre,
como piel de culebra en unos riscos.

Huyeron en regato y torrentera,
o en un viento ahijado del abismo,
y sin saber se quedó la noche
a su espalda, punzada de gemidos.

La noche que sopló secretas cosas,
que eran disolución, a nuestro oído
nos ablandó la peana del mundo,
nos sorbió la mejilla de vivos.

Resuena como de galope
el bosque de hayas y de pinos,
le jadean los canteadores
con esa anchura de gemido.

Y antes de verlo lo he tenido
como la madre se lo sabe
antes de ver bulto de su hijo.

Sonámbula me vine andando
como llamada por un silbo
y era mi bosque que caía
como el Isaac desvalido.

A cornada de toro cae
el bosque duro sin caminos.
Caen las hayas como Dianas
y los pinos como unos hijos.

Cada tumbo viene a mis pulbos
y me divide cada filo.
Del leñador y de las hayas
duelen el hacha y el vagido.

Me suena en una sola sangre
y me juegan en mi latido
la canturía de las hachas
con el rumbarse de los pinos.

Ya mañana nos hallaremos
el bosque abierto de caminos.

Estará como la granada,
cuando yo la abro y multiplico.

Desconcierto de la vista
y desgarrón de los sentidos.
Como el hallarse los muñones
de los brazos con que he mecido.

Va la resina por el aire
con los vilanos esparcidos,
del aire roto la fragancia
con vergüenza me la respiro.

Como el lienzo de la Verónica
el pobre lienzo que se viene,
me para el aire los sentidos,
pasa la sangre voladora
del Cristo roto de los pinos.

Dura el día de largo fuego
para mirar lo aborrecido,
dura el día de leñadores
que nacen junto con los pinos.

Volveremos muy silenciosos,
yo con ellos, ellos conmigo,
tanteando ramas degolladas,
los leñadores que se llevan
ojos y rostro de Longinos.

Caminaremos tan callados,
mujer y hombres desvalidos
y golpearemos a las casas
que son del haya con el pino.

No sabemos arar, arder en fragua,
 ir y venir, solo tañer telares,
 cantar su canto en vez de nuestro canto
 con lona y algodón vuelto y devuelto,
 mecidos de despiertos y mecidos
 de telar blando, al caer en el sueño.
 La lana es dulce, el algodón es manso,
 los dos son mejores que los hombres,
 cosquillean las palmas, modosean,
 en el telar parados, otra vez corren
 en río loco, y no acaban nunca.

Nos sentamos aquí con gozo y risa,
 nos miramos en lanas y algodones,
 sin seguir el arado envejecemos,
 la muerte va a cogernos donde estamos.

Canta el telar, los diez, los cientos.
 Nunca se rompen, nunca, sus gargantas,
 nosotros nos rendimos antes de ellos.

Ya el blanco nos cansó; dennen los otros,
 tráiganos los azules y encarnados,
 y el azafrán que da espaldas doradas.

Ya os sabemos, telares, ya os sabemos
 el mimar, el silbar, el canturreo,
 el ahilarse, el urdir y la tramoya,
 mudan colores y no muda el silbo.

Lana, algodón, el cáñamo, el lino,
pasa la oveja, pasa el Cristo pobre
del algodón, la cabra cachemira
suele pasar, y el lino en frío de aire.
Canta, telar, contigo cantaremos
todo lo que nos colma y nos reboza,
canta tus cuatro seguidas palabras,
tus cuatro sueños y tus cuatro veras.

Por calles, casas y campos
se cantan amores, dichas, odios y deseos.
Nosotros una sola cosa eterna:
vellones y manojos agotados.
Y otra vez llenos, dados y devueltos
los cestos consumidos y de vuelta,
y la encía sin bulto de castores,
y las agujas de avispas sin muerte.

Ganados y ganados sin mugido.
Un Cristo eterno que nace desnudo
toma sus ropas y las suelta en cayendo.
Corre vestido, se muere desnudo.

Olvidaremos la marcha y el grito,
el mirar cielos, el correr los pastos,
el alzarnos, el luchar y postrarse.

Pasa, algodón, corre a tu muerte rápida
como nosotros somos diecisiete,
más tú, la lana, el algodón, el lino,
parados y corriendo hacia la muerte.

Pero al pasar el negro son los ojos
de nuestros niños y nuestras mujeres.

Corre con brillos húmedos de peces,
de pechos golondrinas, todos lucios.

El lino va sin sus ojos de niño
corriendo sin arrugas y sin viento,
y sin su azul y sus pies bailarines.

Descansen las lanas, los algodones
así arrollados y desenrollados.
Soñar es dulce. Sueñen los costados
de la oveja, el terrón, el casco roto.
Sueñen manantiales, hielos, rocíos,
y gritos de pastores y el puñado
de las recogedoras, y la brazada.

También nosotros vamos a dormir
para soñarnos erguidos, enteros,
salvos de muela y agujas heladas,
vivos y enteros, dioses disfrazados
jugando al tejedor, haciendo el siervo
cuando despiertos y reyes en durmiendo.

Hace tiempo que existo
como una sombra,
como un brazo
entre nubes.

Me gusta el reposo
de los viejos jardines,
donde la savia recita
el secreto de mil vidas.

Quedarme oyendo
el rumor de la sangre...
Crece aunque yo no quiera.
Allá va ella
entre cañaverales,
llevando en su oscuridad
un perdido cesto de mimbre.

Como la egipcia
recogeré al niño
y será su nombre:
Hijo de la Sangre.
Jugará a mis pies
con piedras y arena,
y a los que le encuentren
algún parecido,
les diré: a nadie
se parece el niño,
hijo perdido y hallado
en oscuro río.
Con hojitas secas

jugará a mis pies
mientras murmura mi sangre.

A nuestro lado pasa
el viejo que habla solo,
aferrado a su alma
hasta la aberración.
Mira al niño y se aleja
como la sombra de un árbol nuevo.
Nos miran las mujeres,
las que arrastran su vientre.
Tantos años, tantos,
sin haber visto un niño,
un rostro surgido
de sus entrañas mismas,
sin ver más que Londres
sin cara.
Entre mis pies, el niño
no se parece a nadie.
Lo alzan y lo alaban,
y se alejan temblando.
De pronto se eleva
con extraña pureza
el credo gregoriano,
hilo desgranado
en púrpura y violeta
a través de los siglos.
La procesión lenta
de los sacerdotes
avanza, se acerca,
lleva a un Cristo de oro.
Han visto al niño,
lo han visto
y no lo han reconocido.

Hijo mío, jugando
los dos, aprendimos
la forma de la rosa,
el sabor de la tierra,
la hebra larga y dulce
de las hierbas.

La tierra y el aire,
el agua y el fuego.

Hijo, jugando
los dos aprendimos
a Cristo verdadero.

Yo nací en la sierra alta
 donde golpean las estrellas
 y los aires son muy agudos,
 en donde la piedra es mucha
 y en su lomo la flor es poca.
 Poca la flor, poca la miel,
 poco el trigo, angosto el pan,
 alto el hombre y la mujer alta,
 y el niño rojo como el cobre.

Cuando vine a la tierra baja
 conocí el olivo, el ganado,
 pisé la víbora, toqué la iguana,
 olí el aguardiente en los hálitos
 y con ojazos de asombro
 oí silbar a la mentira.

Bajé a ver cómo ellos vivían,
 cómo querían y rezaban,
 mas no me he aprendido sus casas
 ni sus pobres besos distraídos,
 ni su oración de migas rotas.

Como arriba era feliz,
 y se va acortando mi día,
 me vuelvo a mi patria de roca,
 al cielo martelado de oro,
 al agua que para el aliento
 y al viento es igual que una llamada.

Vuelvo a mi país filoso
quieto, eterno, blanquipardo,
de piedra seca y sin resuello,
con neveras y sin río
ni mugido de animales
donde durar, donde dormir.

Rezaré por unos cuantos
que me quisieron y ayudaron,
y tiraré piedrecillas
para llamar a los niños.
Volveré a callar y a oír,
y me dormiré con la Osa
en mi cara tendida.

El frío nocturno aguará
como el taladro y la flecha,
y el sol fuerte va a comer
la carne inútil y sobada
hasta que ya no parezca
guijarro rodado.

Y cuando salte me iré del todo
sin dejar sobra de ceniza
chupada y veloz como aire.

Para no sesgar en el suelo,
para no volver y caer muy recta
en la piedra imán, en la piedra última
que me cogerá, que me atrapará
si yo vuelvo así desnuda.
Como caí, así de enjuta,
sin llevar marca de encía o de polvo,
y sin llevar nombre de dueño.

P R I M E R O S P O E M A S

Gab. Neustraly

Himno a la
Naturaleza

Madre Naturaleza,
ya nunca mas de ti jamás de separarnos
ni lo complejo ni lo artificioso
conforme a ti de nuevo tendré formarnos

Jamás haremos fueros,
a la manera como tri era pura;
con la pureza de la persona intacta,
de la donna del Andes con la real blanca.

Si ser fuero es ser fuerte,
así Dayet pequeño si ser sencillo
es ser hermoso, así la noble rosa.
Ser alegre es ser bueno: así los pajarillo.

Madre Naturaleza, jamás te olvidaremos
por la ciudad que huelas ^{que} mal ni por
vuestros hogares tibios: éstos los hij. el Pagan ^{he},

Yo No Sé Mis Añales Manos.

Yo no sé mis añales manos aquél dia que me quedé
sin torso recorriendo con dolorosa tambien,
los espacios deslumbrantes de tu amarilla túnica,
los iris de los ojos, la estrella de la sien,

que boraron la maza de la bellota, la laca de
i quejada de fruitero; i en su otra feria,
la multitud de perfumes, i hicieronle ^{entre} la
la señas de la oreja como a un mino al toro.

Rodolfo Salas Lirica

p. 167

1917.

X

llores alla abajo
el ardor delicado de la primavera,
a través de la tierra, i te llega
el olor apurado de las matarratas?

i te acuerdas, del cielo en las alturas,
del sentido de los ^{címeros} cielos, ^{los} puecas
del sendero con hojas tapizadas,
te mi mano placida en tu mano
tremula?

Este primavera en perfume, i afina,
el dulce licor de las venas,
i si bajas la tierra, pejata la tierra
(bella nos tuvieras!)

Al rasgo del río, a este apretadura,
se pone la primavera,
la tibia que tejo en la tierra
me justificará, basta i violenta.

Pero estás abajo,
bien secamente apurada de polvo,
la tierra.

Mr. Vierg.

La vida, este cuerpo mortal, la vida, pisa
hasta la muerte, de un cofín mortal y espeso,
cerca ~~que~~ ^{que} ha impuesto, sejos al
cerca mi cara desde el nacimiento.

X
Y teníq. una tienq que llagahe
de yol a siante el dote la q. ame.
Ahora la vilol cercara mi cara
mairang ^{simples} ~~casas~~, como me toca

Así sigilosa, silente i ~~peleando~~ ^{se rega},
era la muerte i parecio el ^{acecho}

Dulfera.

P O E S Í A D E L L E G A D O

La niebla.

Manas sueltas de la niebla,
largas manos tan eadoras,
quisiern ^{desear} tocar el mundo,
tocaron en ^{pequeña} ~~pequeña~~ redonda,
pero era duro el mundo
y ellas cayeron rotas.

Brazos largos de la niebla,
haz o de una danzadna,

Proverbios

Noble es el pase aceite ~~pena~~^{que} que corre por el ainc ^y por el ~~huelo~~^{lento} sin me mingo ^{con su ojo} caliente ^{me ardi dicu} y dorado de halcon ^{que el pase} que el pase que el mundo ~~cata~~^{causa} ~~es~~^{el} robarlo ^{es rica} permanentemente ^{genera} donada enjundia del dios ^{de la} ~~luz~~^{luz}

Bueno es el vino del lajar ^{que} profundo a donde cae el ocaos ^{solante} ~~solante~~^{sueltos} el vino de Boog, rosado ^{sueltos} que para Ruth ^{que} salio las ojos ^{que} y el de Mistral que lo bebió como leche de Arles ^{que} tomado por el ^{que} ~~que~~

Bueno es el pan, los panes ^{que} comis, el quemado como ^{que} indio ^{que} cataque, el que es blan ^{que} el ocaos como ^{que} almeja y el sin color, que siendo ^{que} sieno ^{que} el pan olo a Abel ^{que} olo a Leti ^{que} y ayo o sabo enternecel violento.

Pienso en todos los países que he
770 me fundo de agradecimiento.
Me separado y tengo tristeza ~~de otros~~
en mesa ajena como un ~~dijo~~
~~que de su condición~~ ~~que mis entrañas~~
~~recuerda~~
~~que él nació de tan amas entrañas~~
~~que nació~~
~~que me los naga se entremezclan~~
~~en una nota de miel y de fuego~~
~~en una larga noche de una miel de~~
Pienso en las naranjas de los
solos gozados
naranja de África que es mi naranja
naranja la de Uruapan cuya ^{piel} dulzura
si lo sencilla me rejuvenece;
naranja la ~~de Valencia~~ ^{que} ~~de Valencia~~
~~que es acerato~~
~~en tiempo~~
y da un olor de dulzura que
en pie me suenan y en el pie despierto.

—
Aceite, vino y pan, y fruta
También yo con el viejo quedarme ~~que~~
sin tocarla en las tierras y en los papeles
de las matemáticas
y que ellas pesen ~~que~~ ^{que} mis huesos toquen
con el peso real que yo no toque
y el hermano viejo que no ~~que~~ ^{que}
y el amante real que se me ~~que~~ ^{que} suena

Nov de 1987

Petrópolis

El Clavel del Aire. Brasil

En el Brasil se lo dan -- --
al que le falta o parte
y le dan su nombre loco
de clavel del aire.

→ No toca ~~as~~ orillas de agua,
la tierra no sabe
y no se seca en sequía
el clavel del aire.

de eventos han nacido
de risas de
el hablito riendo

el hotelans no rie q
se estrella contra la de aprobable
y se pone en otros lleno
el clavel del aire.
los amantes se lo cortan
con manos de carne
se roban ~~corazon~~ sobre ellos
y voces sino es se voces
en pajaros o angel.

Yo me loquiero llenar
en mi boca
comiendo en el riaje.
Pero en el mar se me inunda
mi clavel de aire.
Yo digo q no se q en q
sea este halito ~~de amor~~ de abanico
para no dejarlo
que mi panta ~~que~~ se llena
de habla ~~que~~ de lleno
mi clavel de aire.

Nacim.
los muertos,
dura el ~~peso~~, la puesta &

7 Hace
Hay una carne mivra y ~~carne~~
~~muertos~~ en el alba esterñada
en tanto tiempo agitado ^{entre} ~~entre~~
volcero de ojos ~~se~~ lo bebe
y la madre pierde alivida

Alfonsina

Al delgado poy del Plata
 aguila en el estuario,
 las rumberas le despiudan
 la arena del atropado,
 y enjafan los pies desnuos
 que le escubre de aguado,

hundo poy ellos de lucos
 con el río ch'acha cada
 + del río de catedros indios
 + siguió a la cría del Atahualpa
 • y nadó mas tosca
 para cañadones ser salvado,

C O L O F Ó N

Obra reunida de Gabriela Mistral incluye sus textos más importantes y significativos, aquellos que se podrían denominar como canónicos, editados en vida por la autora, y que han sido publicados en libros individuales y en diversas compilaciones anteriores, y también una cantidad significativa de textos póstumos, inéditos y dispersos que estimamos acabados y no en proceso de escritura. La concepción de esta *Obra reunida* es, principalmente, la de una edición de divulgación para un público lo más amplio posible. El texto fue compuesto con la familia tipográfica *Biblioteca*. La forma de este colofón está inspirada en el trabajo que Mauricio Amster realizó en la obra *Impresos chilenos 1776-1818* (1963). Es un homenaje a su contribución al desarrollo del diseño y la producción editorial de nuestro país. Esta edición consta de mil ejemplares y fue impresa en Grafhika Impresores. Santiago de Chile, noviembre de dos mil veinticinco.



EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Director	Thomas Harris Espinosa
Diseñador	Felipe Leal Troncoso
Asistente editorial	Carla Salazar Núñez
Secretaría	Araceli González Cerei
Distribución	Nora Carreño Cepeda

UNIDAD DE PROGRAMACIÓN
Y DIFUSIÓN PATRIMONIAL SERPAT

Coordinadora	Valentina Orellana Guairelo
Mediación	Francisca Santibáñez Marambio
Diseño	Magdalena Derosas Contreras

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Impreso en Chile por Grafhika impresores



Ministerio de
las Culturas,
las Artes y el
Patrimonio

Gobierno de Chile



**Gabriela
Mistral**